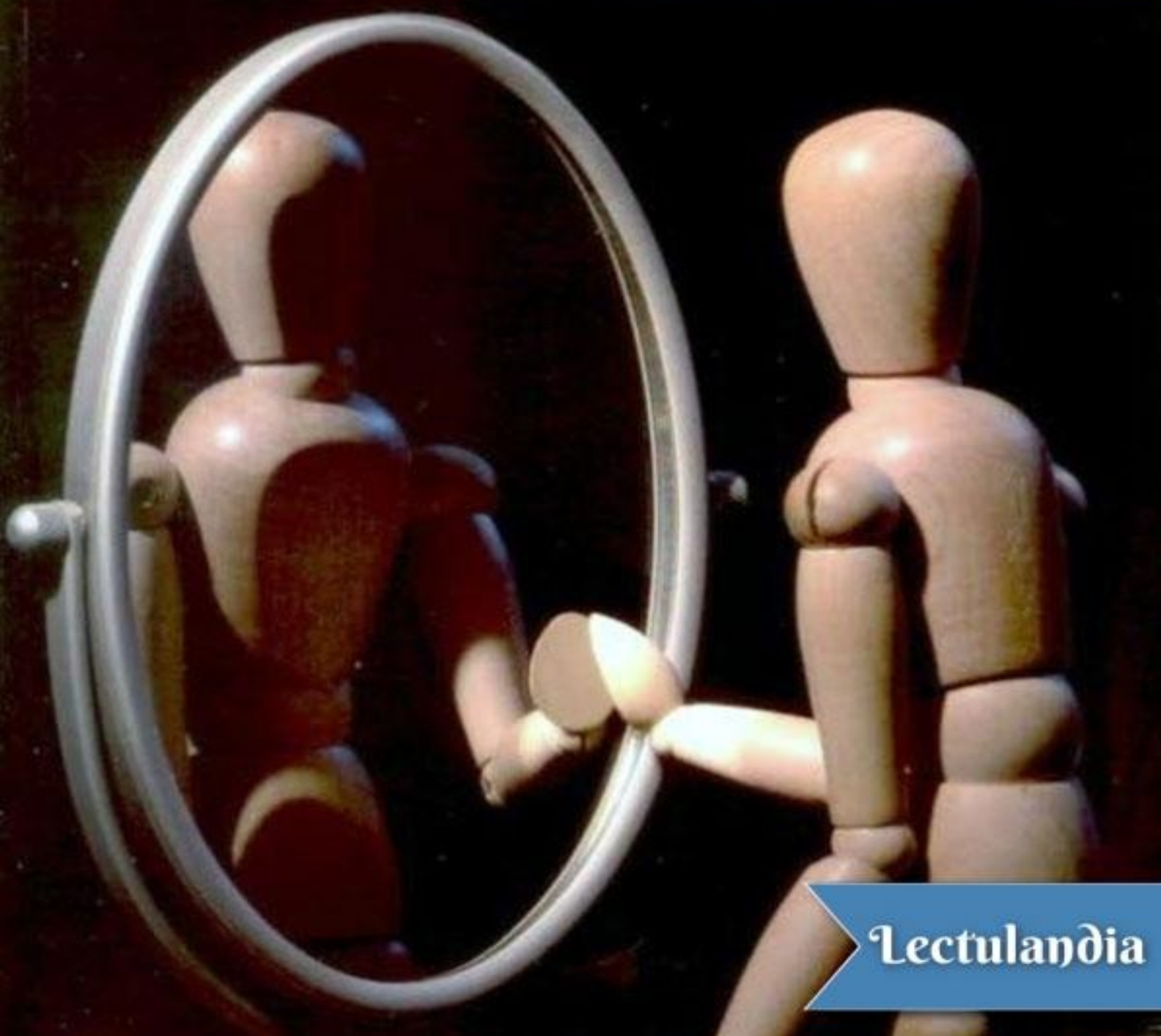


Andrés Ibáñez

Memorias de un hombre de madera

menoscuarto



Lectulandia

Esteban, un ebanista que disfruta construyendo relojes de cuco, se deja llevar por la curiosidad y entra en contacto con el Club de Buscadores de la Montaña. El protagonista y narrador de *Memorias de un hombre de madera* iniciará así un recorrido apasionante tras el misterio de su verdadera identidad. Visión personal y actual del mito de Prometeo, escrita con una prosa ágil que rezuma escepticismo y humor, Andrés Ibáñez ofrece en este libro una historia de sorprendentes giros, que ahonda con interés en las eternas preguntas sobre el sentido del mundo y el hombre, según ha destacado el escritor y académico José María Merino.

Lectulandia

Andrés Ibáñez

Memorias de un hombre de madera

ePub r1.2
Titivillus 15.01.15

Título original: *Memorias de un hombre de madera*
Andrés Ibáñez, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Un jurado compuesto por Blanca Berasategui, Juan Pedro Aparicio, José Manuel Cabrales y Dámaso López García, y presidido por José María Merino, adjudicó a *Memorias de un hombre de madera*, la cuarta edición del **Premio Tristana de Novela Fantástica**, organizado por el Ayuntamiento de Santander.

[1]

HACE ALGUNOS AÑOS CONOCÍ A UN hombre singular. Se llamaba Sebastián Hirschner y era, según creo, argentino, aunque por su aspecto parecía más bien del altiplano, quizá boliviano o peruano. Su acento era de ningún lugar e imposible de rastrear: sus eses y zetas no eran españolas, pero tampoco mexicanas, ni cubanas, ni argentinas, ni chilenas. Le conocí de la manera más extraña posible: a través de un anuncio en un periódico. No me pregunten por qué razón estaba yo leyendo esa sección donde se anuncian los cursos y los talleres de yoga, de tai-chi o de aromaterapia, temas por los que jamás he sentido el menor interés, ni por qué me fijé precisamente en aquel anuncio que no era ni más grande ni más llamativo que los otros. Decía algo así como «Club de los Buscadores de la Montaña. Se abre un nuevo grupo. Interesados, llamar al siguiente teléfono...».

Mi primera idea fue que se trataba de un anuncio de un club de montañeros, pero los montañeros no buscan las montañas, sino que suben a ellas, y tampoco, por mucho respeto que les tengan, suelen escribir la palabra «montaña» con mayúscula. Por otra parte, el anuncio no estaba en la sección de deportes ni en la de excursiones ni viajes, sino en la de «Esoterismo», que era donde se amontonaban los cursos de tarot y de I Ching, los de Cábala y Kundalini Yoga, Renacimiento y Constelaciones Familiares, Ayurveda y Musicoterapia y demás zarandajas (me decía yo entonces) propias de nuestro tiempo ávido de milagros y fantasías. Es posible que mi único motivo para recorrer aquella sección del periódico fuera, simplemente, sentirme superior al contemplar aquella galería de disparates. O a lo mejor fue *una fuerza* la que me empujó a hacerlo —claro que para hacer esta última afirmación habría que creer en las fuerzas, quiero decir en fuerzas distintas de las que conoce la física, tales como la de la gravedad, el magnetismo, etc.

Llamé al número de teléfono, y me contestó la voz de una mujer muy agradable, cuya dulce inflexión me hizo pensar al instante que sin duda su dueña sería adorable a la vista (no me equivocaba), y que me informó de que el nuevo grupo se iba a reunir el jueves siguiente, que el Maestro explicaría durante dos jueves consecutivos cuál era el propósito del grupo y que a partir de entonces el grupo quedaría cerrado, de modo que los que lo desearan podrían seguir asistiendo a las reuniones pero ya no podrían entrar nuevos miembros hasta el año siguiente. Sin embargo, yo tenía más preguntas. Le expliqué a la mujer que no sabía por qué me había sentido atraído por aquel pequeño anuncio, porque yo no tenía ni había tenido nunca intereses místicos ni esotéricos, y que tampoco sabía qué quería decir exactamente aquello de buscar una montaña. Le rogué que me disculpara si le estaba haciendo perder el tiempo, y le expliqué que por alguna razón aquello de los «Buscadores de la Montaña» me había intrigado sobremanera.

La mujer, que tenía el dulce nombre de Matilde, un nombre que siempre ha evocado para mí la imagen de una pequeña flor azul crecida en el reborde de un

descampado y mojada de gotas de lluvia (porque tengo una tendencia, quién sabe por qué, a transformar ciertos nombres y algunas palabras en imágenes), me escuchó con enorme amabilidad y me dijo que no importaba que nunca hubiera tenido intereses místicos, que el grupo del Maestro no era precisamente místico, sino práctico, y que la curiosidad era un motivo tan bueno como cualquier otro para unirse a los que buscan la Montaña. Ahora, reflexionando sobre esta conversación, me doy cuenta de que fue quizá el suave encantamiento de su voz, de su nombre, de su amabilidad con un perfecto extraño, lo que me hizo sentir más deseo de continuar aquella conversación y de participar en la reunión del jueves. Quizá en aquellos momentos lo que de verdad deseaba encontrar no era una montaña, sino una mujer. O quizá (esta es la versión que más les gustaría a los Buscadores) es que la voz de aquella mujer me estaba hablando en aquellos momentos desde las faldas de la montaña, y que la fascinación que yo sentía al oírla no era realmente la atracción completamente imaginaria de un varón célibe y demasiado solitario por la voz amable de una desconocida, sino el perfume distante, el rumor misterioso, el fulgor que baña apenas el horizonte, de la Montaña del Alma.

—La Montaña es solo una forma de decirlo, una imagen —me explicó la mujer llamada Matilde—. Lo importante es que, al leer esas palabras referidas a los «Buscadores de la Montaña», algo ha vibrado en ti. Y no importa lo que creas o no creas, no importa si eres religioso o agnóstico, nuestra búsqueda no es de ese tipo.

Le pregunté, por asegurarme, si no estarían relacionados de alguna manera con el alpinismo o con la geografía, es decir, con la ascensión a montañas reales o con la búsqueda cartográfica de montañas localizables en la realidad física. La mujer rio de buena gana y me dijo que no, que no exactamente, aunque el programa de trabajo del grupo sí incluía salidas al campo y trabajos en la naturaleza, y luego, quizá medio en serio medio en broma (no la conocía lo suficiente para saberlo), que la búsqueda de la Montaña en la que estaban implicados era algo muy real, y que no se trataba de nada simbólico. Le pregunté que cuánto costaba unirse al grupo o participar en las sesiones, y ella me dijo que nada en absoluto, que era todo totalmente gratuito o, como mucho, que me costaría el precio de un café. La razón era que las reuniones se iban a celebrar en un café en el que, como es lógico, los asistentes deberían realizar alguna consumición. Y luego añadió algo que me dejó la mar de perplejo:

—De todos modos, todavía no te has ganado el derecho a pagar.

Lo dijo con un tono tan amistoso y tan agradable que era imposible encontrar en aquella frase nada de inquietante, aunque lo que implicaban sus palabras estaba muy claro: que, en su opinión, un día daría tanto valor a aquello que me ofrecía el Club de Buscadores de la Montaña, que estaría más que deseoso de poder pagar para seguirlo disfrutando.

[2]

SUPONGO QUE NO HABRÁ INCONVENIENTE en que explique que la primera reunión de los Buscadores de la Montaña tuvo lugar en el café La Flecha, situado en la confluencia de las calles Juan Bravo y General Oraa, en pleno barrio de Salamanca, el barrio más burgués y elegante de Madrid. Se trataba de uno de esos grandes cafés madrileños de maderas oscuras y latones brillantes que tienen una rutilante pastelería en el centro y cuentan con una clientela fija de señoras recién salidas de la peluquería y jubilados enamorados del dulce. No es, ciertamente, la clase de lugar que uno asociaría con las altas aventuras del espíritu ni con lo misterioso ni lo romántico. Tengo que confesar mi desconcierto al llegar al lugar, caminando tranquilamente desde el metro de Núñez de Balboa por el bulevar de Juan Bravo, plácidamente arbolado de acacias. No conocía bien la zona, y al llegar a la esquina del café La Flecha y otear a través de los cristales aquella clientela de señores y señoras mayores (¡si hay alguien libre de prejuicios, que tire la primera piedra!), aquella colección de corbatas de pintas y de peinados de peluquería, aquel ambiente de tortitas con nata y torrijas espolvoreadas de canela, sentí que se me caía el mundo a los pies. ¿Sería aquello una gran broma?

Los Buscadores de la Montaña habían reservado una larga mesa situada justo en el ángulo de las calles Juan Bravo y General Oraa y lo cierto es que, una vez dentro, el lugar resultaba de lo más agradable. La Flecha es un local muy amplio, con bastante espacio entre unas mesas y otras, y disfruta de abundante luz natural gracias a sus generosas cristalerías. Desde aquella mesa se podía contemplar con toda comodidad el cruce de ambas calles, el bulevar de Juan Bravo, el plafón de la esquina opuesta, donde hay un pequeño jardincito y una iglesia y, en fin, la tranquila, grisácea, amarillenta luz de la apacible tarde de invierno. Es verdad que soy una persona especialmente sensible a las condiciones del espacio, a las distribuciones de los elementos en estas queridas tres dimensiones en que todo se acomoda en este mundo nuestro, un devoto del «genio del lugar», un obseso de la relación entre la luz y las entradas y las salidas y los cruces y los pórticos y los atrios. Pero no creo que fuera solo la feliz localización espacial de aquella mesa, el tinte misterioso que la luz adquiriría a una cierta hora de la tarde en una cierta esquina de un cierto café de un cierto cruce ciudadano, lo que me puso de tan buen humor nada más llegar allí. ¿Sería, ya entonces, la promesa de que la Montaña existe? ¿Sería la sensación de que aquella mesa alargada colocada en la esquina de una cafetería llena del rumor de conversaciones sobre yernos indeseables o nueras guapísimas, fortunas que cambian de manos, bodas, herencias, cacerías, no estaba realmente allí, sino en una de las salas del Monasterio de la Nube Anaranjada, o en la galería del Monasterio de la Cascada, o en la pradera rodeada de rododendros de la Puerta de Fuego?

Apenas había cuatro o cinco personas sentadas a la mesa cuando llegué, lo cual no es de extrañar dada mi tendencia a llegar con diez minutos de antelación a todas

partes. Una de ellas era la persona con la que yo había hablado por teléfono, Matilde, que era una mujer de cabellos rizados teñidos de rojo caoba, de unos treinta y siete o treinta y ocho años, vestida con un traje de pana color hueso, un pantalón y una chaqueta bajo la cual llevaba un top elástico de flores rosas abierto en un escote en V, un conjunto que le sentaba muy bien y le daba un aire enormemente juvenil. Me identifiqué como el curioso que había hablado con ella por teléfono tres o cuatro días atrás, y ella me recibió como si fuera un viejo amigo, y me presentó a un hombre muy alto y delgado, cuyo rostro rojizo se parecía vagamente al de un elfo, Joaquín, y a otro hombre algo corpulento y con barba gris muy recortada, de nombre Julián, cuyas negras gafas de pasta le daban aspecto de intelectual. Los otros se presentaron a sí mismos: no recuerdo exactamente quién estaba allí en esos momentos, y es posible que algunos de los que vi no volvieran a aparecer en las siguientes sesiones. En seguida apareció el Maestro, que estaba en esos momentos lavándose las manos, y se sentó, a petición de Matilde y de los otros, en el centro de la mesa. Alguien mencionó dos formas de presidir una mesa: la francesa, que consiste en sentarse en la cabecera, y la inglesa, donde el más importante se sienta en el centro. Sé que estoy siendo excesivamente prolijo con estos preliminares. Lo cierto es que no sé contar las cosas de otra forma. Las abstracciones temporales y las síntesis brillantes no son lo mío.

Nadie me presentó al Maestro, como si no hiciera falta, y él mismo me ofreció su mano, me dijo su nombre, Sebastián, y me dio la bienvenida y las gracias, como si yo le hubiera hecho un gran favor al presentarme allí. Nunca olvidaré su sonrisa ni sus ojos grises. Era un hombre de cerca de sesenta años, de aspecto enormemente cultivado y refinado aunque sus ropas fueran corrientes o, incluso, algo viejas y gastadas. Todo en él era bondad, amabilidad y distancia, y uno en seguida se daba cuenta de que debajo de la dulzura de sus ojos grises o gris verdoso, anidaba algo mucho más profundo, misterioso y *real* que la simple amabilidad y ciertamente muy distinto de esa cualidad algo pasiva y anodina que solemos calificar como «bondad», algo que no sé cómo definir, pero que a mí me pareció algo así como la atención sagital de un pájaro, la visión de larga distancia de un águila o un cóndor que es capaz de contemplar los más nimios detalles que suceden en la superficie de la tierra suspendido desde una altura de nubes o de cimas heladas. Había algo en aquellos ojos grises que parecía como el fulgir del oro en medio de las aguas grises de un arroyo, el brillo de una *inteligencia* de especial transparencia y rapidez, algo así como una conciencia de exaltada penetración que se escondiera detrás de la apariencia cansada y algo gris de un hombre que se acerca ya sin ilusiones a la vejez. Y entonces, si uno observaba por espacio de unos segundos aquellos ojos (y ciertamente, nunca solemos disponer de mucho más que unos segundos para contemplar los ojos de otra persona sin convertirnos en unos perfectos maleducados), uno se daba cuenta de que aquella amabilidad suya y aquella dulzura que era lo primero que uno sentía al conocerle escondía en realidad algo de casi temible intensidad, una atención (¡sí, esta es la palabra que llevaba un rato buscando!) acendrada, concentrada hasta el verdor del

diamante y el azul helado del cuarzo.

Aparte de las breves palabras que cambiamos al saludarnos, él no volvió a dirigirse a mí en toda la sesión ni yo tuve ocasión de decirle ni preguntarle nada, rodeados de gente como estábamos, pero cada vez que ponía los ojos en mí (y la impresión que me producía sentir los rayos invisibles de aquella mirada todavía no me ha abandonado), yo sentía que él había penetrado de una vez por todas mi Secreto. Frente a él era inútil fingir. Creo que él supo al instante quién era yo.

Matilde me pidió que me sentara. Como había sido uno de los primeros en llegar, pude hacerlo justo enfrente del Maestro. El camarero se acercó, pedimos cafés, alguien (creo que Joaquín) pidió una palmera de chocolate, y el Maestro una Coca-Cola *light*, y poco a poco fue llegando la gente. En seguida se me hizo evidente que algunos de ellos se conocían ya, bien porque eran amigos o incluso parientes, bien porque llevaban tiempo (supuse yo en un principio) trabajando en aquel grupo. Otros eran amigos de amigos, y unos cuantos, quizá cuatro o cinco, habían llegado a la reunión atraídos como yo por el anuncio que el Club de los Buscadores de la Montaña había puesto en dos periódicos madrileños, *El País* y el *ABC*. Recuerdo que estaban, además de los nombrados, dos jóvenes muy altas y con aspecto de modelos, Naila y Sulami, una muchacha llamada Paloma que trabajaba en el aeropuerto, una mujer llamada Rosa que vestía un traje de chaqueta muy elegante, otra llamada Ángeles, que tenía una extensión azul en el pelo, una pareja joven que se llamaban Pablo y Ana, una mujer muy morena y muy atractiva llamada Cristina, una mujer muy elegante y con una larga cabellera dorada que se llamaba Clara Luisa, un hombre muy moreno llamado Bonifacio, un grupo de jóvenes que parecían amigos, Paco y Jesús, Antonio e Ismael, una señora con el pelo corto y teñido de henna que se llamaba Josefina, y unos cuantos más que no volvieron a aparecer o que yo no recuerdo. La edad media de los asistentes era de unos cuarenta años.

El Maestro Sebastián, comenzó a hablar. Explicó, en términos muy vagos y hablando muy despacio y en un tono de voz muy bajo, que todos los hombres se pasan la vida poseídos por una gran nostalgia. Resultaba extraño estar hablando de aquellos temas en aquel café ruidoso y lleno de ancianas que cotilleaban sobre sus hijos y sus nueras y lo poco que le había tocado en herencia a la pobre de Marita, y con humo de cigarros e incluso de puros en el aire. El tono de voz del Maestro era tan tenue que yo estaba convencido de que los que estaban sentados a partir de la mitad de la mesa no podrían oír ni palabra de lo que decía. El Maestro explicó que el sentido de la vida humana es lograr convertirse en un hombre, y que nosotros (un nosotros que le incluía a él, por supuesto) no éramos todavía hombres verdaderos. Alguien dijo «y mujeres», y el Maestro sonrió como siempre solía hacerlo, y pidió disculpas y dijo que por supuesto, cuando hablaba de «hombres» se refería a todos, no solo a los caballeros presentes.

Habló largo rato, y cuanto más hablaba, más grande era mi decepción. Mi decepción y mi ansiedad, por cierto, porque aquellas cosas de las que estaba hablando

eran las que más me preocupaban en aquellos momentos, y también las que más me preocupan ahora. «Ser real», decía el Maestro, «nosotros deseamos ser reales. Deseamos vivir de verdad nuestra vida, y no podemos hacerlo porque no somos reales. No estamos presentes en nuestra propia vida. ¿Os habéis parado a pensar lo que esto significa? Nuestra vida está pasando como una serie de acontecimientos que, simplemente, *sucedan*. Suceden las cosas a nuestro alrededor, nos suceden cosas, eso es todo. Tenemos la creencia de que tomamos decisiones y cambiamos cosas y tenemos una vida real, pero la verdad, la triste verdad, es que pasamos la mayor parte de nuestra vida dormidos. No estamos presentes en nuestra vida. Siempre estamos en otro lugar. Nunca estamos aquí. Nunca vivimos ahora. Nunca. En realidad, no somos personas, somos máquinas. Y somos tan libres y tan conscientes como lo podría ser una máquina».

Aquellas palabras me impresionaron mucho, y me impresionaban tanto más cuanto más aumentaba mi sorda desilusión. Porque aunque aquel hombre hubiera sabido poner el dedo en la llaga, y señalar con unas pocas frases sencillas el centro de mis propias obsesiones, lo cierto es que tenía todo el aspecto de un jubilado de esos que van a todas partes con una camisa azul de manga corta y unas zapatillas de casa para andar más cómodos. No es que fuera vestido de forma descuidada: era su aspecto general de persona aburrida y triste, de sesentón que se distrae contando anécdotas de sus años jóvenes y al que se le escucha por amabilidad. Ese brillo sagital de águila en vuelo que yo había creído ver en sus ojos al conocerle, me dije, debía de haber sido una fantasía creada por mí para dar más interés y más misterio a esta extraña *séance* de café.

[3]

ESA SEMANA NO TUVE MUCHO en el taller, y pude reflexionar sin prisa sobre todas las cosas que se habían dicho en la reunión del jueves anterior. Lo más extraño era que Sebastián, el Maestro, apenas había hecho referencia a la famosa Montaña que era, en teoría, lo que todos deberíamos estar buscando. Me obsesionaba y casi me enfurecía que hubiese dedicado tanto tiempo (y hablando siempre tan despacio, y en un tono de voz tan bajo) a hablar de temas generales, y que se hubiera extendido tanto sobre asuntos tan vagos y tan infinitos como la nostalgia de la plenitud, la sensación de que pasamos la vida dormidos o la idea de que el hombre es un proyecto evolutivo inacabado. Todo aquello me parecía cháchara místico-religiosa, y no descartaba la idea de que todo aquel montaje de los Buscadores de la Montaña no fuera otra cosa que la tapadera de alguna secta, y que dentro de poco no estuvieran pidiéndome que hiciera un fuerte desembolso económico o que me suscribiera a alguna publicación carísima o que comprara una capa mágica para hacerme invisible o unos cristales de cuarzo que me permitirían alinear mis cuatro energías internas (si es que son cuatro). Sin embargo, si se podía acusar de algo a los Buscadores de la Montaña era precisamente de lo contrario: de ser demasiado normales y corrientes, de carecer en absoluto de morbo y de misterio.

Mi único amigo en Madrid era Sabino, el dueño de la librería que había al otro lado de la calle, con quien solía desayunar y también tomarme algún que otro café a lo largo del día.

—¿Tú eres feliz? —le pregunté uno de aquellos días.

—Solo los imbéciles son felices —me dijo—. Los imbéciles, y los cabrones.

—Vaya, eso es muy descorazonador.

—Mira, Esteban —me dijo—. En este mundo hay tres clases de personas y solo tres clases: los imbéciles, los cabrones y los mierdas. Ninguna es mejor ni peor que las otras, aunque cada uno tiende a preferir una sobre las demás. Yo, como soy hombre de izquierda, prefiero a los imbéciles que a los cabrones y a los mierdas. Los de derechas saben que son unos cabrones, y les encanta. Y los mierdas se pasan la vida acojonados e intentando no meterse en problemas y acomodarse al viento que sopla. Y así va el mundo. Los imbéciles son los mejores, creo yo, porque a pesar de que son imbéciles, o quizá por esa razón, se pasan la vida intentando hacer cosas imposibles.

—Entonces supongo que yo soy imbécil también —dije yo, por seguirle la corriente.

—Es lo más probable —dijo él.

—De todos modos, si solo los cabrones y los imbéciles son felices, entonces son felices más o menos los dos tercios de la población. No está mal.

Sabino se rio, como siempre que yo le pillaba en un renuncio a causa de mi obsesión por comprender las cosas al pie de la letra. Estaba fumando uno de sus

puros malolientes, como siempre. En su librería apenas se podía entrar por el intenso olor a puro que lo impregnaba todo. Yo en mi taller lleno de serrín y de virutas no le permitía fumar, como es natural, y por eso casi nunca se quedaba mucho tiempo por allí: asomaba su gran cabeza roja, adornada con gafas de mucho aumento, mostacho gris y puro encendido, y me invitaba a pasar un rato a la librería o a tomar algo en el café.

—Don Quijote es un imbécil —dijo, persiguiendo las ramificaciones de su teoría—. Sancho, un mierda. Y el resto de los personajes, con notables excepciones, una panda de cabrones.

—¿Y el caballero del verde gabán? —pregunté yo.

—Un imbécil también.

—¿Y Rocinante?

—Imbécil.

—¿Y Dulcinea?

—Nada, porque no existe.

—¿Y Marcela?

—Una cabrona clásica.

—¿Y el primo?

—¿Qué primo?

—El que conocen en las bodas de Camacho, que les acompaña a la cueva de Montesinos.

—Ah, sí. Imbécil.

—¿Y Sansón Carrasco?

—Al final, un cabrón.

—¿Y Cervantes? —pregunté yo.

—Cervantes yo creo que era un héroe —dijo Sabino—. Pero eso rompería mi clasificación de los seres humanos en tres rígidas categorías, por lo que tengo que decir que Cervantes primero fue un imbécil, luego un cabrón y finalmente un mierda.

—¿Cuándo fue imbécil?

—Fue imbécil cuando se ofreció voluntario para luchar en Lepanto, cuando estaba indispuerto y sus superiores le dijeron que se quedara en su camarote. Fue imbécil cuando se subió a una barca y se metió en lo peor de la lucha y acabó lisiado de por vida. Y fue un mierda al final de su vida, cuando se dedicó a trabajar de recaudador de impuestos y tenía una mujer que debía de engañarle con todo el que pasaba y una hermana ligera de cascos... A las mujeres que vivían en su casa las llamaban, con mucha rechifla, «las Cervantas»...

—¿Y cabrón?

—Tuvo que ser muy cabrón para salir con vida del cautiverio, ¿no te parece? Además, con varios intentos de fuga. ¿Por qué no lo mataron? Los turcos empalaban por mucho menos que eso.

—¿Y Lenin? —le pregunté.

—¡Ah, Lenin! —me contestó—. ¡Vladimir Ilich! ¡Casi nadie al aparato! Vladimir Ilich era sin duda un cabronazo como la copa de un pino, pero de una clase muy especial de cabrones, un cabrón de izquierdas, clase humana muy necesaria para combatir a los cabrones de derechas.

Sabino padecía una afección muy curiosa y que yo no acababa de entender: era comunista. Esto quiere decir que pensaba que el sufrimiento de unas personas no era igual que el sufrimiento de otras: los que sufrían la persecución de los regímenes fascistas eran *víctimas*, mientras que los que sufrían la persecución de los regímenes comunistas eran *traidores*. A mí me recordaba a esas personas que tienen un defecto en la vista y son incapaces de distinguir los colores, el verde del azul, el rojo del verde, aunque el problema de Sabino era, precisamente, que diferenciaba los colores en exceso, y que los torturadores azules le parecían abominables, mientras que los torturadores rojos le parecían heroicos y admirables. Cuando hablábamos de política siempre acababa enfadándose conmigo, y me decía que no tenía perspectiva histórica y que estaba pez en marxismo. Claro que, ¿para qué necesita saber nada de marxismo un constructor de relojes de cuco?

[4]

TENGO TREINTA Y SIETE AÑOS. Soy ebanista de profesión y constructor de juguetes y relojes de cuco por vocación. En la época en que comienza mi relato nunca había estado con una mujer, era todavía virgen. Era virgen, célibe y también, me temo, casto. Llegué a Madrid a finales del siglo XX, procedente del sur de la península. Supongo que soy una persona algo triste. No he tenido una formación académica y lo único que conozco verdaderamente es mi oficio, pero siempre he sentido un apasionado interés por la lectura. Todo me interesa: la historia, la poesía, la biología, la paleontología, la filosofía, especialmente la filosofía aunque me cueste mucho entenderla, porque me intriga el enigma del ser humano. Siento que no soy una verdadera persona, que siempre he sido algo así como un proyecto de persona inconcluso, una aproximación, algo en camino de convertirse en persona. Y sí, verdaderamente siento una enorme nostalgia como por algo que hubiera perdido y que no sé lo que es, ni qué podría ser. Siento el deseo de buscar algo que es mío y que no sé si alguna vez lo tuve, una especie de plenitud anterior, una sensación de haber sido feliz en otro lugar. Mi amigo Sabino me dice que todo eso son recuerdos de mi estancia en el útero, como lo son todos los sueños y mitos relativos al «paraíso perdido».

—Salvador Dalí, que era una mierda de pintor y un franquista cabrón, pero un escritor como la copa de un pino, lo explica muy bien en sus memorias. Recuerdos de la estancia en el claustro materno, amigo Esteban. También la psicología lo explica.

—¿Recuerdos de la estancia en el claustro materno? —digo yo, asombrado, casi escandalizado por el reduccionismo biológico de mi amigo.

¿Será eso, entonces, lo que buscamos a lo largo de nuestra vida? ¿Será ese el jardín de rosas, el *hortus conclusus* de nuestra nostalgia? ¿Las rosas son en realidad la sangre de la madre, el árbol del paraíso el árbol del útero y el jardín cerrado la placenta, esa cómoda y cálida vivienda que se encuentra en el centro del cuerpo femenino, el lugar en el que una vez vivimos flotando en una paz infinita, rosada, amniótica, de dulces colores de amapola y vagas músicas distantes, presidido por los ecos de la voz de un Ser sobrepoderoso e infinitamente bondadoso que nos da su calor y nos permite vivir en su interior?

¿Y será eso también lo que buscamos en las mujeres? Pero entonces, ¿qué es lo que las mujeres buscan en los hombres? ¿Será cierto, entonces, que lo que buscamos en las mujeres es la enramada de sangre rosa del paraíso perdido, mientras que las mujeres buscan en los hombres a un compañero valiente que las ayude a vivir en este mundo hostil?

Cuando le comuniqué estas reflexiones a mi amigo Sabino, torció el gesto, y me dijo que me estaba metiendo en complicaciones jungianas, sospechosas de ser patriarcales, misóginas e incluso algo nazis, y que él despreciaba esa visión mitológica del ser humano. Que lo importante no eran esas sutilezas ni esos

recuerdos, o falsos recuerdos, de imaginarias existencias prenatales, sino el hecho de que unas clases sociales oprimen a otras, y que él era un hombre de la ilustración que despreciaba el lenguaje del mito, que no es más que una creación de la clase dominante para mantener su sistema de opresión sangrienta sobre los bobos y los ignoros.

De cualquier modo, yo sé que esa explicación que identifica la nostalgia del paraíso con la estancia en el claustro materno es falsa.

Al lunes siguiente, me tomé la libertad de llamar a Matilde de nuevo. Le pedí disculpas por abusar de su amabilidad y le dije que la reunión con el Maestro Sebastián me había dejado bastante confuso, y que si sería posible hablar con él a solas, aunque fuera media hora. Ella me dijo que el Maestro estaba fuera de Madrid y que no volvería hasta el miércoles por la noche. Pude haberle preguntado si sería posible que nos viéramos el mismo jueves en algún momento antes de la reunión, pero no lo hice porque me parecía que ya había forzado demasiado las cosas, y que si ella no me sugería eso mismo era porque no era posible o no le parecía adecuado. Le pregunté que por qué el Maestro Sebastián no había dicho ni una palabra de esa Montaña que se suponía que todos estaban, estábamos, buscando, y Matilde rio y dijo que con el Maestro las cosas no siempre eran como uno esperaba, y que no debía tener expectativas cuando me acercara a él. Aquello no lo entendí. ¿Qué sentido tiene hacer algo, aproximarse a alguien, si no se espera nada de él?, le dije. ¿Cómo es posible «no tener expectativas» pero sí deseo de comprender, de encontrar, de alcanzar, de tocar? Ella me explicó que estaba confundiendo la *esperanza*, eso que los cristianos consideran una virtud teologal, y que tiene que ver con una disposición interna, con la *expectativa*, que consiste en otorgarle todo el poder al futuro y también a algo que está fuera de mí. La esperanza es infinita, me dijo Matilde, pero la expectativa busca la satisfacción inmediata, juzga, y se siente satisfecha o desilusionada, y todo eso, la búsqueda de una satisfacción, el juicio, la satisfacción, la desilusión, son solo estados de la mente, estados condicionados, estados cambiantes, que solo traen inquietud e infelicidad. Pero la mente es todo lo que tenemos, le dije a Matilde. Y ella me explicó que no, que estaba equivocado, y que lo que pretendían los Buscadores de la Montaña era, precisamente, ir más allá de la mente.

—La mente es más poderosa en las zonas bajas, en los valles, en las llanuras, cerca del mar —me dijo, y no creo que estuviera hablando en broma—. A medida que se asciende, la mente se hace más débil. Por eso nosotros buscamos la Montaña. Por eso los grandes acontecimientos espirituales suelen tener lugar en la cumbre de las montañas, y por eso los monasterios y los templos y las cuevas de los que buscan la libertad suelen estar situados en las cordilleras más altas e inaccesibles.

[5]

AL JUEVES SIGUIENTE VOLVÍ a dirigirme al café La Flecha. Iba caminando hacia allí, he de confesarlo, lleno de prejuicios y de vocecitas en mi cabeza que me aconsejaban que me alejara de aquella pandilla de chalados y que afirmaban que todo aquel asunto de reunirse en una cafetería para tomar café con leche y palmera de chocolate y hablar del sentido de la vida era completamente ridículo, que era posible incluso que aquella gente tuviera un plan oculto, que fueran timadores profesionales, e incluso llegué a pensar en que los quince o veinte participantes, incluida Matilde, mi contacto, y el Maestro Sebastián, estaban todos de acuerdo para engañarme, aunque no podía imaginar qué podrían desear obtener de mí. Mi mente, como es de ver, trabajaba a un ritmo envidiable. Tales «ataques» de pánico, esos sombríos presentimientos de que existe una conspiración universal, o al menos personal, son totalmente normales, según me explicarían más tarde los Buscadores de la Montaña, una consecuencia más (al parecer, aunque este tipo de explicaciones siempre las daban con una equívoca sonrisa de buen humor) de vivir a tan poca altura con respecto al nivel del mar, aunque los seiscientos metros de Madrid son mejor, por ejemplo, que los cero metros de Valencia o Barcelona. México D. F., según ellos, era un lugar mucho mejor que Madrid, debido a que se encontraba a una considerable altura. Era inútil recordarles o argüirles que México D. F. es una gran megalópolis llena de contaminación, pobreza y violencia desatada, en la que diariamente, y a pesar de encontrarse a unos dos mil metros sobre el nivel del mar, se cometen raptos, violaciones y asesinatos. Ellos decían que sí, que esto era cierto, y que México era un mal lugar para vivir pero un excelente lugar para trabajar. Cuando hablaban de «trabajar» o de «el trabajo» se referían, claro está, al trabajo espiritual. Por mis lecturas sobre temas esotéricos, relacioné en un principio esta idea de «trabajo» con la «opus» de los alquimistas, la «opus nigrum» (y también, cielos, con la «opus Dei», la obra de Dios de esos horrendos esbirros del Poder de este mundo, en un espasmo de inquietud y terrible sospecha), la obra alquímica que debería conducir a la fabricación de la piedra de los filósofos. Sin embargo, como comprobaría más tarde, los Buscadores de la Montaña no tenían ninguna relación directa con la alquimia, aunque en ocasiones utilizaran algunas de sus metáforas o de sus símbolos.

El Club de Buscadores de la Montaña había reservado la misma mesa del jueves anterior, la de la esquina del establecimiento, con sus dos paredes acristaladas que daban al cruce de las calles Juan Bravo y General Oraa, pero en aquella ocasión éramos tantos contertulios que hubo que añadir sillas y sillas hasta que ya no cabía ni un alfiler. Éramos en total veinticinco personas, hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, aunque el término medio de edad debía de andar por los treinta y dos o treinta y cuatro años.

La segunda reunión de los Buscadores de la Montaña fue todavía más decepcionante que la primera. El Maestro Sebastián seguía hablando muy despacio y

muy bajito, tanto que varias voces del fondo de la mesa se alzaron para pedir, por favor, que elevara el tono de voz. Él, por supuesto, pidió disculpas de la forma más graciosa, y siguió hablando exactamente igual que antes. Los camareros nos miraban con ojos abiertos como platos, porque éramos la mesa más grande y nutrida de todo el café y también la más silenciosa, y tengo la impresión de que muchos de los que estaban en las mesas cercanas no hacían más que intentar escuchar lo que se hablaba en la nuestra. Nuestro camarero, Maximiliano, parecía tan interesado en lo que pasaba en nuestra pequeña reunión que uno casi se sentía tentado a invitarle a que cogiera una silla y se sentara con nosotros.

Gran parte del tiempo de la reunión la consumimos en presentarnos uno por uno, algo que no habíamos hecho la otra vez. Se trataba de decir, simplemente, el nombre de cada uno, y algo sobre nosotros mismos, lo que quisiéramos, quizá cuál era la razón de nuestra búsqueda. Así me enteré de que Rosa era una alta ejecutiva que se pasaba el día viajando, y que Clara Luisa era profesora de pedagogía en la Universidad Complutense, y que Matilde era actriz y ahora estaba pensando dedicarse a la ilustración de cuentos de niños, y que Joaquín era informático, y que Cristina era psicóloga transpersonal, y que Antonio estaba haciendo oposiciones para dar clases de lengua y literatura en enseñanza media, y que Jesús tenía un grupo pop, y que Paco era geógrafo, y que Ismael trabajaba en un periódico como corrector de estilo y que Paloma trabajaba en el aeropuerto, y cuando llegó mi turno, dije mi nombre y mi profesión, dije que me llamaba Esteban, y que era ebanista y me dedicaba a hacer muebles, armarios, escaleras, etcétera, aunque lo que más me gustaba era hacer relojes de cuco, y luego llegó el turno de Naila y de Nerea, que para mi gran sorpresa no eran modelos, sino estudiante de medicina la primera y controladora aérea la segunda, y luego el de Quique, que trabajaba en una pequeña editorial, y el de Pablo y Ana, que eran los dos actores, y luego el de Pierre, que a pesar de su nombre francés era español, era reportero y trabajaba para una agencia de noticias francesa, y luego el de Goyo, que trabajaba en una agencia de viajes y era un aficionado al senderismo y a los deportes de riesgo, y el de Carmen, que trabajaba en una oficina, y el de Julián, que era escritor, y el de Mayte, que tenía un pequeño centro dedicado a la terapia, y el de Ángeles, que no dijo a qué se dedicaba pero hizo una breve reflexión sobre la forma en que sus intereses habían cambiado en los últimos años y había pasado a poner muchas cosas en cuestión y a plantearse que la explicación que había dado hasta entonces a las cosas, una explicación completamente materialista y científica, parecía ser incompleta, y también el turno de Josefina, que era la madre de Matilde (tardé varias semanas en descubrirlo, tanta era la discreción del Club de Buscadores de la Montaña), que después de reflexionar con muy buen humor que ella era probablemente la más vieja de todos, nos contó que acababa de jubilarse y que hasta hacía un par de meses había sido catedrática de inglés en la Escuela Oficial de Idiomas.

En todo esto perdimos un tiempo precioso. Lo de presentarnos uno por uno fue

idea de Joaquín, cuyo papel dentro del grupo debía de ser más importante del que yo había imaginado en un principio, y no creo que fuera algo que al Maestro le pareciera especialmente necesario. ¿Qué importaba el nombre de cada uno, su apellido, su ciudad natal, su profesión, si lo que deseábamos era ir más allá de nuestra pobre y limitadora personalidad social?

—Venimos de muchos sitios distintos —dijo el Maestro, en parte recogiendo ese mismo pensamiento—. Los grupos de trabajo siempre son así. Personas completamente distintas, con intereses distintos, con vidas y experiencias distintas, con gustos y lenguajes distintos. Pero sin embargo, todos tenemos algo en común. Ese algo es la sensación de que hay algo que falta.

El Maestro se acercaba así, poco a poco, y frase tras frase, de nuevo hacia el corazón del problema. Pero entonces se produjo, por fin, un atisbo de crisis. Uno de los que habían aparecido ese día por primera vez levantó la mano con timidez y preguntó que si aquel no era un grupo de aficionados al senderismo. Era un hombre como de unos treinta años, de aspecto fornido y con un bigote oscuro y bien recortado, el llamado Goyo, Gregorio, que trabajaba en una agencia de viajes y era aficionado a los deportes de riesgo. A pesar de que había hablado con Matilde por teléfono antes de venir, era evidente que no se había enterado de nada.

—Yo pensaba que el objetivo de este grupo era hacer excursiones por el campo, hacer unas risas y pasarlo bien —dijo, muy azorado.

—Lamentamos mucho la confusión —le dijo el Maestro—. Aunque pasarlo bien, en el sentido más amplio, es también lo que nosotros buscamos.

—Ah, ¿sí? —dijo el hombre llamado Goyo, que era algo zoquete y no entendía.

—Este es un grupo de trabajo personal interior —le dijo Joaquín con un tono algo cortante—. No es un grupo para hacer excursiones a la sierra.

—O sea que esto es como una secta o así, ¿no? —se asombró Goyo—. Pero entonces, ¿eso del Club de Amigos de la Montaña, a qué viene?

—Sí, algo así —le dijo el Maestro, que siempre se adaptaba a la forma de hablar de su contertulio—. Somos una pequeña secta. Un pequeño grupo de locos, que buscan una Montaña.

—Sí, Sebastián —dijo entonces Cristina, que tenía esa agradable soltura e insolencia que es propia de los bellos o de los ignorantes—. Háblanos un poco de la Montaña, hombre.

Era un giro de la reunión que, supongo, todos estábamos esperando. Y entonces el Maestro nos habló, por fin, de la Montaña.

Aquello fue lo más extraño de todo. Lo más extraño de todo. El Maestro comenzó a hablar de la Montaña como si fuera un lugar real situado en el mundo físico, pero al mismo tiempo su lenguaje tenía tal vaguedad e indeterminación que a uno le resultaba difícil entender de verdad lo que estaba diciendo. Según el Maestro, encontrar la localización exacta de la Montaña debería ser nuestra tarea a partir de entonces, y para lograrlo deberíamos utilizar todos los medios a nuestro alcance.

Dado que allí había personas de profesiones muy distintas, deberíamos aprovechar esa cantidad de recursos y usarlos todos en todas las direcciones posibles. Deberían leerse libros antiguos, consultarse atlas y archivos, visitar bibliotecas y hemerotecas, hacer salidas al campo y exploraciones diversas, intentar averiguar lo que sabían las autoridades (si es que las autoridades sabían algo), leer los periódicos entre líneas, desarrollar capacidades internas de intuición y «percepción extrasensorial», utilizar ramitas partidas como los zahoríes, acudir a los recursos ofrecidos por la ciencia tales como brújulas, sextantes y anemómetros, investigar las líneas del magnetismo terrestre especialmente en los puntos en que dichas líneas se cruzan, acudir a asociaciones de vulcanólogos y meteorólogos, no despreciar ciencias antiguas como la astrología y la geomancia, investigar en los topónimos y en las etimologías de los topónimos, reunir, en fin, todos los conocimientos posibles relativos a orografía, mineralogía y vulcanología y no solo eso, sino plantearse además que la búsqueda sería larga y costosa, ya que la Montaña podría estar situada en algún país lejano, y que probablemente en un futuro deberíamos realizar algún viaje todos juntos, para lo cual necesitaríamos tiempo y también dinero, claro está. ¿Qué sucedería, por ejemplo, si la Montaña estaba en China, o en el África ecuatorial, o en el norte de la India?

Lo que estaba claro es que debíamos olvidarnos ya de una vez por todas de ideas blandas y bienintencionadas del tipo «la Montaña está en todas partes y en ninguna», «la Montaña está allá donde tú la busques», o incluso «la Montaña eres tú».

Al final de la reunión, el Maestro Sebastián nos propuso un ejercicio para hacer durante la semana. Consistía, simplemente, en mirarnos a los ojos en un espejo durante cinco minutos, tres veces al día. Inmediatamente comenzó la ronda de preguntas. Unos querían saber para qué servía el ejercicio; otros, si debían decir algo mientras se miraban; otros, por fin, preguntaban a qué distancia exacta debían ponerse del espejo, o si se podía utilizar un espejo de mano. El Maestro Sebastián sonrió, como si estuviera acostumbrado a tales explosiones de confusión, y levantó la mano para pedir silencio.

—Simplemente —repitió—, simplemente, se trata de buscar tres momentos al día en los que estemos tranquilos, y durante cinco minutos, mirarnos a los ojos en un espejo. Eso es todo.

[6]

UNO DE LOS POEMAS DE Wang Wei, titulado «El monte de los bambúes», contiene las siguientes líneas:

*Por el sendero que lleva al monte,
contemplo la vieja cumbre y avanzo cantando.*

Y este monte de los bambúes, me digo, ¿será la Montaña del Alma? La antología de Wang Wei que tengo (una recomendación de Sabino, por cierto, que a pesar de su devoción por Lenin y el marxismo-leninismo no carece de sensibilidad para la poesía metafísica) se titula La montaña vacía. ¿Será esta «montaña vacía» la Montaña del Alma? No me resisto a transcribir el último poema de la antología, uno de los más bellos de Wang Wei desde mi pobre e ignorante punto de vista, que se titula «Visito el monasterio de la comprensión», y dice así:

*El sendero de los bambúes comienza en la pradera;
desde la Cumbre del Loto se eleva la ciudad imaginada.
Por la ventana, los tres Chu reunidos;
junto al bosque, nueve corrientes se unen.
Sentados, piernas cruzadas, sobre la hierba fresca,
entre enormes pinos resuenan nuestros cantos.
Residiendo en el vacío, más allá de los principios,
Contemplamos el universo esperando no renacer.*

Sin duda el Monasterio de la Comprensión no es realmente un edificio, sino un estado de la mente, del mismo modo que la Montaña no es una verdadera montaña, sino un lugar en el interior. Sin duda la «ciudad imaginada» es el estado supremo del hombre. Sin duda los enormes pinos crecen en las alturas de las montañas de la poesía, aquello que nos es dable imaginar en los momentos de amor, amor por la vida, amor impersonal por la vida en la tierra, por las criaturas y las semillas, por los bancales y las nubes pasajeras que se reflejan en los grandes estanques artificiales del valle. Yo soy amigo de las nubes. Soy amigo de las altas rocas donde anidan las águilas. Soy amigo de la soledad y del silencio. Oh, mundo, cómo me gustaría vagar por encima de ti igual que una nube o un pájaro para contemplar desde la celeste distancia tu belleza rutilante y tranquila. ¡Desde la altura de las nubes, donde los hombres y sus actos son invisibles y solo la hermosa tierra resplandece en el reverdecer de la primavera!

«Más allá de los principios», sumidos en el Ser, en el vacío total de la mente. La montaña es la mente: sus escarpadas laderas están llenas de resbaladeros y de precipicios. La montaña es lo que conduce a lo que está más allá de la mente. En ella hay carreteras de piedra, hay establos para el ganado, hay monasterios, hay estanques y ciudades, hay murallas que escalan en zigzag en dirección a las nubes, y atraviesan

las nubes, y siguen subiendo por encima de las nubes, hay ventisqueros, hay glaciares solo hollados por los yaks. La montaña es grande como el mundo. Todos vivimos en la montaña, todos somos la montaña. La montaña es como una guirnalda de flores y es como el pistilo de una flor, es como el diente de una niña y como la pezuña de un búfalo. La montaña es mi cuerpo, yo soy la Montaña del Alma. Cuando la serpiente suba hasta lo más alto de la montaña, yo también podré entrar en la médula del saúco del Monasterio de la Comprensión. Entonces podré ver el centro del loto y comprender el universo. Entonces, por fin, sabré quién soy.

TENGO QUE CONFESAR QUE NI El jueves ni el viernes hice el ejercicio del espejo, y que me sentía convencido de que todo aquello era una estupidez y, quizá, una gran tomadura de pelo. Pero tomarnos el pelo ¿para qué? ¿Para obtener qué? El Maestro Sebastián parecía tan serio, tan profundo, tan intenso, tan convencido, tan misterioso, y los antiguos del grupo, los que sin duda le conocían desde hacía años, tan comprometidos con cada una de sus palabras, que resultaba difícil simplemente encogerse de hombros y decir, «¡vaya necedad!». Y había algo, además, mucho más profundo y convincente que sus palabras, su ademán o la devoción de sus discípulos antiguos, y era esa especie de rayo de claridad o de inteligencia ultraterrenas que yo había creído percibir en sus ojos grises el primer día. Claro está que el rayo no había vuelto a repetirse, y que lo que más había visto yo en él a partir de entonces era el cansancio y el aire ligeramente rancio y pasado de moda de un jubilado que desprecia el mundo «moderno» y sigue creyendo que tiene mucho que aportar. Y me odiaba a mí mismo por tener pensamientos tan cínicos.

De modo que el sábado por la tarde, después de cerrar el taller, me dirigí a mi habitación para cambiarme, y allí me encontré con el espejo. Me acerqué al curioso rectángulo que recreaba dócilmente todo lo que tuviera enfrente, y me puse a mirar al hombre que había allí. Dios mío, ¡qué viejo me vi! ¡Qué triste, qué cansado, qué desilusionado de todo! Me miré a los ojos, y vi en aquellas pupilas huidizas a un hombre lleno de deseo y de nostalgia, deseo de vivir y poseer el mundo, nostalgia de no ser todavía una persona ni tener una verdadera vida de persona. Me dije a mí mismo que no podía ser que yo fuera aquel ser tan triste, tan lleno de carencias. ¿Estaba yo realmente tan frustrado como aquel que veía frente a mí? Vi a un hombre compacto, no carente de atractivo personal, aunque el atractivo, supongo, que relacionamos con un tío de la familia o con el ebanista que trabaja en el taller que hay cruzando la calle. Vi a un hombre que me miraba como pidiéndome ayuda. Vi a un náufrago agarrado a una tabla, a un prisionero encadenado a una pared, a un soldado herido en el campo de batalla que me pedía ayuda y me decía desde el fondo del mundo «¡sálvame!».

«Tengo que hacer algo», me dije. «Esto no puede seguir así.» Pero ¿qué podía hacer yo, un pobre hombre de madera, un muñeco de madera que desea ser *un niño de verdad*? «No te preocupes», le dije silenciosamente al hombre que había en el espejo. «Yo te ayudaré. Saldremos de esta. No te preocupes.»

Me parecía adivinar en el reflejo, por detrás de mi imagen, la forma y la presencia de una montaña oscura.

LA TERCERA REUNIÓN FUE, en cierto modo, la definitiva. Hubo muchos menos asistentes que a las anteriores, y algunos sitios del final de la mesa quedaron vacíos. Guardo un recuerdo muy feliz de aquella reunión. Éramos pocos, y todo el mundo tenía la sensación de que el Club de Buscadores de la Montaña había fracasado o estaba a punto de fracasar. Finalmente, a todos nos vencía, creo, una suave e insidiosa sensación de ridículo. Era como si solo los más tontos, los más crédulos, los más desesperados hubiéramos aparecido ese jueves en La Flecha, mientras que las personas más prácticas o con ocupaciones más serias o importantes hubieran volado a otros lugares. Como para perseverar en esta sensación, la mayoría de los asistentes encargaron pastelitos, bollitos y meriendas variadas. Matilde pidió un sándwich vegetal, y Joaquín de nuevo una palmera de chocolate y un café con leche en vaso, Rosa unas tortitas con nata y Antonio un pepito de crema, un bollo, según nos explicó, que no había vuelto a comer desde que era pequeño. El Maestro pidió solo una manzanilla, pero aceptó gustoso un trozo de la caracola de Cristina, que estaba sentada a su derecha. En la mesa de al lado, dos de las típicas señoras del barrio de Salamanca hablaban sobre la suerte que había tenido Lolita, la sobrina de una de ellas, al casarse con un ingeniero naval de una familia estupenda de Santander.

Me sorprendió encontrar allí de nuevo a Goyo, el joven amante de la montaña que trabajaba en una agencia de viajes y había equivocado el Club con una reunión de amigos del senderismo. Por supuesto, nadie le preguntó qué hacía allí, y todos entendimos que aunque lo que le había llevado al Club había sido la casualidad, luego se había sentido intrigado y curioso.

A continuación, el Maestro nos preguntó qué tal nos había ido con el ejercicio de la semana, y todo el mundo comenzó a contar sus experiencias frente al espejo.

Que solo en parte eran parecidas a las mías. Resultaba fascinante, al oír a Matilde, a Joaquín, a Julián (que evidentemente, ya habían hecho el ejercicio otras veces, quizá durante largos períodos de tiempo, o que hablaban como si lo hubieran hecho), a Pierre, a Bonifacio, a Clara Luisa y a todos los demás, comprobar lo diferentes que son las personas y la forma tan peculiar que tiene cada uno de ver las cosas. En general, el Maestro detenía en seco a los que comenzaban a intentar interpretar o teorizar sobre su experiencia, y siempre, con palabras suaves, ponía de relieve ciertos aspectos o ciertos temas que surgían. Algunos se habían mirado a sí mismos y se habían sentido de pronto en presencia de un extraño; otros se habían dado cuenta, de pronto, de que eran ellos mismos los que estaban allí, como si al mirarse en el espejo se hubieran dado cuenta de pronto de que ellos existían de verdad y estaban vivos; varios hablaron de la sensación tan turbadora que había supuesto mirarse a los ojos, y de las cosas que habían visto en sí mismos: tristeza, desilusión, miedo, nostalgia, frustración. Esto mismo era lo que yo había sentido el primer día. Esto, y la sensación de que yo deseaba ayudar a esa persona tan desdichada que tenía frente a mí.

—Y sin embargo, existe la Montaña —dijo el Maestro—. Cuando nos observamos a nosotros mismos, vemos que en realidad no somos más que una cáscara vacía, y que todo lo que tenemos es prestado. Somos sueños, pensamientos, deseos, miedos, reacciones a estímulos, pero ¿qué somos *nosotros* realmente? ¿Dónde estamos? Pasamos la vida *preocupados*, consumidos por la ansiedad, esperando siempre algo del futuro. Estamos convencidos de que *algo sucederá, algo pasará*, y entonces, a partir de ese momento, todo irá bien. En esto ciframos toda nuestra esperanza, toda nuestra felicidad.

»Y toda nuestra vida tiene el sabor de lo falso. Los momentos reales son raros, y a medida que avanzamos en la vida, cada vez más raros. Las sensaciones nos llegan como acolchadas, como amortiguadas: nos damos cuenta de que cada vez sentimos menos, que cada vez percibimos menos. Ya no nos sentimos vivos. Ya casi no sentimos.

»Pero buscamos la sensación de lo real. Buscamos la sensación de la vida verdadera. Recordamos que una vez, muchos años atrás, nos sentimos vivos, y deseábamos volver a sentir lo mismo de nuevo. Y todo lo que hacemos, grande o pequeño, sublime o ridículo, tiene por objeto volver a encontrar la sensación de estar vivos, la limpieza de las percepciones, como cuando éramos niños y los sencillos colores de unas flores o de unas luces eléctricas parecía transportarnos al país de la verdadera realidad, un reino de felicidad sin fronteras en el que todas las sensaciones eran cristalinas, el frío, el sabor del agua, el crujido de la nieve bajo los pies, el olor de la tierra mojada con la lluvia, y en que nos sentíamos en contacto con nosotros mismos y la vida era una aventura plena de sentido y consecuencia. Por eso deseamos encontrar la Montaña del Alma, porque deseamos ser reales, porque deseamos ser felices, porque deseamos volver a entrar en contacto con el ser.

Un gran silencio siguió a sus palabras. Los que estaban en las mesas cercanas nos miraban con extrañeza, y justo en ese momento el camarero, uno de los amables camareros de La Flecha, se acercó a nosotros y nos preguntó si todo estaba bien. Era una pregunta profesional y rutinaria, por supuesto, y el buen hombre (que se llama Maximiliano) solo quería saber si alguien deseaba pedir otro café, pero de pronto sus palabras nos sorprendieron y sacudieron a todos.

—Sí, sí, todo está bien —le dijo Matilde.

A continuación, el Maestro nos explicó que al día siguiente tenía que salir para Ginebra, donde le reclamaban unos asuntos familiares, y que no sabía cuándo podría volver. Todos nos sentíamos muy impresionados por sus palabras, y entonces habló Goyo:

—Pero entonces, ¿cuándo vamos a hacer una salida al campo?

—Las haremos —dijo el Maestro—. Pero antes, es necesario practicar.

—Claro, claro —dijo Goyo—. Pero algunos ya hemos practicado bastante, no te creas.

—¡Por supuesto! —rio el Maestro, siempre con esa exquisita cortesía suya que le

impedía desairar a nadie—. Pero ten en cuenta que la Montaña puede resultar muy empinada, a veces peligrosa... hay que practicar la escalada, el descenso en *rappel*... hay que aprender a caminar por el hielo...

—Claro, con grampones —dijo Goyo—. Hay que tener equipo.

—¡Exacto! —dijo el Maestro—. Goyo tiene muchísima razón. Sin equipo no se puede hacer nada, por mucha buena voluntad que uno tenga...

—Botas, cuerda, saber encordarse, gafas para el resplandor de la nieve... la leche, vamos —dijo Goyo—. Pero es cosa de ponerse.

Yo estaba bastante asombrado por esta conversación tan prosaica después de las elevadas palabras del Maestro, y busqué en los rostros de mi alrededor algún signo de desconcierto. Julián, el hombre de las gafas y con aspecto de intelectual, sonreía vagamente como perdido en sus pensamientos. Joaquín estaba muy serio, como si la conversación entre Goyo y el Maestro tuviera una enorme profundidad. Matilde me miró cuando yo la miré: estaba sentada justo enfrente de mí, sosteniendo su taza de té con ambas manos como para calentárselas, perfecta, plácida. Clara Luisa trazaba líneas imaginarias sobre el mantel con el dedo índice. Cristina tenía el ceño ligeramente fruncido. Pierre miraba a través de la ventana al cruce de las calles Juan Bravo y General Oraa, donde dos monjas caminaban por la acera charlando animadamente y una chica con un abrigo rojo cruzaba la calle del brazo de una anciana de pelo blanco que caminaba con una exquisita, casi mágica lentitud.

Pero entonces, ¿qué sucedía allí? ¿Estaba Goyo hablando simbólicamente? ¿O es que acaso el Maestro no se daba cuenta de que Goyo no se había enterado de una palabra de todo lo que había dicho y creía que estaba hablando simbólicamente? No, el Maestro no podía ser tan incauto. Pero entonces, ¿por qué le seguía la corriente? ¿Por qué no le sacaba de su error?

—¿Trabajo para la semana que viene? —dijo Joaquín entonces.

El Maestro asintió con una sonrisa. Evidentemente, los «antiguos» del grupo habían hablado antes, y ya habían decidido en qué consistiría el trabajo. El Maestro le hizo una seña a Joaquín como animándole a que hablara, y entonces Joaquín, que siempre se ponía muy serio cuando tenía que intervenir, nos explicó, con una terminología muy técnica y alambicada, que nuestro próximo ejercicio consistiría, simplemente, en «recordarnos a nosotros mismos» cada vez que cruzáramos una puerta.

[9]

RECUERDO QUE DESPUÉS DE aquella tercera sesión, me marché a casa completamente desanimado. «Recordarnos a nosotros mismos» cada vez que cruzáramos una puerta. Parecía una forma ingeniosa de intentar traer un poco más de atención a nuestra vida, dado que nos pasamos el día cruzando puertas, pero ¿qué tenía aquello que ver con encontrar una Montaña?

Por espacio de varios meses estuvimos practicando ejercicios similares al del espejo o al de la puerta. La relación de este tipo de trabajo con la búsqueda de la Montaña me parecía cada vez más tenue. El ejercicio de una semana consistía, por ejemplo, en poner la atención en las manos, o bien en poner la atención en nosotros mismos o ser conscientes de nosotros mismos cada vez que el reloj marcara una hora en punto, o bien comer más lentamente de lo habitual y poniendo atención en la comida, o bien darnos a nosotros mismos un «stop» interno y observar exactamente la postura en la que estábamos en ese preciso momento, lo que estábamos haciendo y lo que estábamos pensando.

Y cada jueves nos reuníamos en nuestra mesa de La Flecha, y cada uno pedía su merienda favorita, y la figura del Maestro, gris y cenicienta y vagamente dorada se recortaba contra los cristales morados de la cafetería (morados desde el exterior, transparentes desde el interior), y cada uno contaba sus experiencias de la semana, y el Maestro Sebastián hacía algunos comentarios, y volvía a repetir una y otra vez que existía una dimensión en nosotros que no conocíamos y que era la totalidad y la realidad de nuestro ser, y que nos pasábamos la vida viviendo en un rincón de nuestra alma, un rincón particularmente oscuro y limitado, y atravesados por una atroz sensación de nostalgia y un devorador deseo de libertad.

Y su figura se recorta, cenicienta, gris, cansada, contra las gruesas columnas de latón de La Flecha y el paisaje morigerado del barrio de Salamanca que se desarrolla a través de las apaisadas cristalerías de la cafetería ahora, en mi memoria, con la fuerza de un instante mitológico. Le veo sentado en su silla en el centro de la mesa alargada, sus hombros caídos, su cabeza muy erguida, sus manos morenas y quizá temblorosas sobre el mantel blanco, sus ojos grises y tristes mirándonos a uno o a otro, sus labios sonriendo, sus ojos ocupados en otra cosa. Entonces yo le juzgaba casi a diario. Le juzgaba en silencio, con una maldad que me sorprendía y que nunca había conocido en mí: me decía que era falso lo que decía, que no le creía, que él pretendía ser lo que no era, que si su misión era tan importante como siempre parecían implicar sus palabras, ¿cómo había acabado así, presidiendo un grupo de despistados y anhelantes y hablando de las profundidades misteriosas del ser humano mientras merendaba cruasán a la plancha en un café? Pero yo no entendía, no entendía bien. Es decir, mi mente no entendía (al fin y al cabo, ¿no es todo su trabajo no entender este tipo de cosas?), aunque algo en mí me hacía volver una y otra vez a las reuniones de los jueves, siempre para descubrir que casi nadie había sido capaz de

hacer el ejercicio de la semana y que por esa razón (no, él nunca dijo que fuera por esa razón, aunque yo lo entendía así) el comienzo de la preparación real de la expedición en busca de la Montaña debería retrasarse una semana más.

Porque casi nadie era capaz de hacer los ejercicios. Tomemos, por ejemplo, el ejercicio de las puertas. Era muy sencillo: «Cada vez que pases por una puerta», rezaba el ejercicio, «recuérdate a ti mismo». El concepto de «recordarse a sí mismo» puede resultar sorprendente, pero era uno de los puntales de la enseñanza del Maestro. «Nuestra gran tragedia» solía decir, y de estas palabras sí me acuerdo con exactitud, «es que no nos recordamos a nosotros mismos. Es decir, que no estamos presentes en nuestra vida».

Entonces pasaban tres días, y uno se daba cuenta de que no había hecho el ejercicio de la puerta ni una sola vez. Pero ¿cómo era posible? La única explicación es que uno «se había despistado», que las ocupaciones diarias le habían hecho olvidar tan sencillo ejercicio o, quizá, que en el fondo uno no daba la menor importancia a las reuniones de los jueves. Pero uno se proponía hacer el ejercicio de entonces en adelante. Al fin y al cabo, el ejercicio de la puerta tiene que ser sencillo, porque estamos todo el día cruzando puertas, y todos los sitios donde nos encontramos tienen puertas: nuestra casa, nuestra habitación, nuestro coche, nuestro ascensor. Recuerdo que en esos días estaba yo haciendo dos mesillas de noche en madera de cerezo, y que en una ocasión tenía que ir a la parte de atrás del taller para coger un tablón y pensé que era el momento adecuado para hacer el ejercicio; tenía que cruzar la puerta del taller, recorrer un breve pasillo, cruzar la puerta de la habitación trasera, coger el tablón y regresar, cruzando de nuevo las dos puertas: cuatro puertas, en total, que podría convertir en seis si antes de dirigirme al cuarto de atrás entraba en el baño para lavarme las manos que tenía cubiertas de polvo de madera. De modo que entré al baño, me lavé las manos, fui al cuarto de atrás y cogí el tablón. Y una vez allí, con el tablón en las manos, me di cuenta de que no había hecho el ejercicio ni una sola vez. Sorprendido, miré la puerta que tenía frente a mí y pensé: «Muy bien, esta vez no se me escapa». Me dirigí a la puerta, la crucé y puse la atención en mí mismo mientras la cruzaba, y luego, esa noche... Sí, amigos míos, exactamente: después de cruzar esa primera puerta ya no volví a acordarme del ejercicio hasta la noche, cuando al abrir la puerta de la nevera me acordé de pronto del famoso y desdichado ejercicio de las puertas. De modo que esa tarde, después de proponerme hacer el ejercicio, había cruzado cuatro puertas en sucesión sin acordarme ni una sola vez (la del baño, entrar y salir, la del pasillo, la de la habitación del fondo) y luego me había acordado, había hecho el ejercicio al cruzar la puerta que comunica la habitación del fondo con el pasillo ¡y un segundo después, simplemente, lo había olvidado de nuevo, y no había logrado acordarme cuando cruzaba la puerta siguiente!

Aquello me inquietó tanto que a partir de entonces puse todo mi empeño en acordarme de poner atención cada vez que cruzara una puerta. Pero me sucedía lo mismo cada vez: me acordaba antes de llegar a la puerta o después, pero raramente en

el momento en que la estaba cruzando. Iba caminando, veía una puerta frente a mí y me decía que iba a cruzar la puerta conscientemente y de pronto, me daba cuenta de que hacía media hora que había cruzado la puerta y que de nuevo había sido incapaz de hacer el ejercicio. Yo estaba convencido de que había algo que no funcionaba bien en mí. Todo aquello debía significar algo, y algo importante. Es como el que descubre que hay un tornillo suelto en el ala del avión en el que está volando. Es solo un tornillo, es cierto, pero cualquier tornillo debe ser de crucial importancia en las alas que nos mantienen en el aire. Había algo mal en mí, algo que siempre había sospechado: una carencia en el centro de mi ser, una falla, un defecto, un pequeño defecto seguramente, pero uno que lo cambiaba todo y que me aseguraba que para mí jamás sería posible la plenitud.

Sin embargo, para mi gran sorpresa, casi todos los del grupo habían tenido experiencias parecidas. Todos menos dos personas: Cristina y Clara Luisa.

—A mí me ha parecido un gran ejercicio —dijo Cristina, mirándonos a todos con sus bonitos ojos y con su labio superior característicamente fruncido—. Me lo he pasado bien haciéndolo porque claro, ¡hay tantas puertas! Uno lo puede hacer continuamente.

—Pero ¿lo hacías continuamente? —le preguntó el Maestro con curiosidad.

—Claro —dijo ella—. Cada vez que pasaba por una puerta. Que alguna vez se me habrá pasado, claro, si estaba hablando por el móvil o algo así, pero vamos...

La otra persona era Clara Luisa, que dijo, con una de esas suaves carcajadas con las que empezaba siempre a hablar como para suavizar cualquier posible efecto de sus, de cualquier modo, siempre suavísimas palabras, que el ejercicio le había gustado mucho y que se lo había pasado muy bien haciéndolo.

—Me ha servido para darme cuenta del nivel de conciencia que ya voy teniendo —dijo, respirando profundamente y sonriendo solo con un lado de la boca—. Me he dado cuenta de que ya no estoy en el nivel de atención corriente... De que soy capaz de controlar mucho mejor mi mente y que ya no estoy en esa especie de lío y de galimatías en que está metido todo el mundo... Me ha gustado... Me ha hecho sentir muy bien... No superior, claro, pero... que vamos, que una se va dando cuenta de que la iluminación no está lejos... —añadió, con una de sus suaves y quebradizas carcajadas suavizadoras.

El Maestro reconoció su gran triunfo con una suave reverencia y no dijo nada, nada en absoluto, por espacio de un largo rato. Luego estiró el labio superior sobre los dientes y bajó los ojos, señal de que estaba pensando profundamente.

—¿La iluminación? —dijo suavemente.

A continuación, Matilde contó su experiencia. Era muy parecida a la mía, con una diferencia: que Matilde, según explicó, ya había hecho este ejercicio en varias ocasiones muchos años atrás. Sin embargo, la dificultad de mantener la atención, la sorpresa de que resulte tan difícil hacer un acto, por trivial que sea, de manera consciente, eran las mismas que yo había sentido. Y muchos otros también contaron

cosas parecidas.

—Ahora ya podemos empezar a ver algo sobre nosotros mismos —dijo el Maestro—. Y también sobre los ejercicios. Los ejercicios no han sido diseñados para «hacerlos bien», y no se trata de «hacerlos bien o mal». Se trata de experimentar, de observar lo que sucede. Y si observo que mi nivel de atención es tan exiguo que no me permite ni poner atención al cruzar una puerta cuando estoy a punto de cruzarla, entonces no importa si «puedo» o no puedo hacer el ejercicio: es lo que soy capaz de observar en mí mismo lo que importa.

—Pero tiene que haber alguna explicación de que sea tan difícil —dijo Jesús—. Nosotros no somos tontos, no somos unos niños tampoco, tenemos trabajos complicados y con responsabilidades, muchos de aquí tenéis hijos, familia... conducimos coches, contratamos gente, tomamos decisiones... no es cierto que tengamos tan poca atención, Sebastián... si tuviéramos tan poca atención como tú aseguras, no podríamos hacer nada de lo que hacemos...

—Eso es cierto —dijo Rosa—. Yo no me he acordado ni una vez de poner atención cuando pasaba una puerta, eso tengo que confesarlo, *ni una sola vez*, pero me acuerdo todos los días de llevar a mi hija al colegio, y de ir al trabajo, y de coger las llaves del coche... me acuerdo de un montón de cosas, y planeo cosas y las hago, y cosas precisas a horas precisas...

—Es verdad que hay una explicación —dijo el Maestro—. Hay una explicación. Nosotros hacemos cosas todo el día. Tomamos decisiones, hacemos trabajos complicados... algunos de los que están en este grupo, muy complicados... tenemos aquí a un escritor, a varias actrices, a un informático, a una directiva de una empresa... y sin embargo, estos pequeños ejercicios no somos capaces de hacerlos. ¿Por qué?

—Eso, ¿por qué? —decían los demás.

Cristina y Clara Luisa nos miraban a los demás con gesto sorprendido, como diciendo: «Pero ¿es posible que seáis tan torpes?, ¿será posible que solo nosotras seamos seres evolucionados? ¿Qué hacemos nosotros, plácidas grullas, en medio de esta colección de patos y gallinas?».

—La explicación es muy sencilla —dijo el Maestro—. Somos mecánicos. Todo lo que hacemos todo el día son acciones mecánicas. Son las acciones no mecánicas las que tanto nos cuestan. Los intentos de ser conscientes cuestan siempre un enorme esfuerzo.

Aquella idea me sacudió como un mazazo. Mientras decía esas palabras, el Maestro se volvió a mirarme y posó en los míos sus amables ojos grises.

—Somos máquinas —repitió—. Somos máquinas que se creen personas. Y todos estamos igual: no hay ninguna diferencia entre «nosotros» y «los demás». Nosotros somos «los demás». No somos especiales, ni estamos iluminados, ni estamos en camino de estar iluminados. Somos exactamente igual que todas las demás personas: somos máquinas. Y si queremos avanzar, si queremos de verdad ser más conscientes,

lo primero que tenemos que hacer es darnos cuenta de que somos máquinas. Hasta que no nos demos cuenta de esta verdad terrible, no podremos avanzar ni un solo paso.

MATILDE, LOS OJOS DE MATILDE, sus manos, su piel, sus ojos castaños, uno de ellos ligeramente rasgado y más pequeño que el otro, la forma de sus labios, su color rojo ladrillo oscuro cuando se los pintaba y entonces su sonrisa parecía ampliarse y abrirse hasta abarcar toda la cafetería La Flecha y el cruce de Juan Bravo con General Oraa, y la iglesia que había al otro lado del cruce, y el celaje grisáceo, y todos los misterios de los bulevares, y ese aire plácido y misteriosamente grato que tenía su forma de sentarse, su forma de coger la taza de té con ambas manos como para calentárselas, su forma de mirar a los demás, como irradiando una mezcla de curiosidad, de ternura, de sensualidad, de simpatía, de bondad, como yo no había visto nunca en ninguna mujer (ni, a decir verdad, en ningún hombre). No era su belleza lo que me atraía de ella, es decir, sí era su belleza, pero no su belleza física, porque ella no era tan guapa (ni tan joven) como Naila, ni quizá como Cristina, ni tenía un rostro tan delicado y feérico como el de Clara Luisa, aunque a mí la belleza de Clara Luisa, de Cristina o de Naila no me atraían en absoluto... Dios mío, no sé cómo salir de este atolladero. ¿Qué era lo que me atraía de ella? Tenía que ser algo físico, porque yo disfrutaba mirándola, y sentía un placer que no sé cómo definir mejor que con la palabra «estético» al contemplar la elegancia de su postura, la suavidad de su compostura, la luminosidad como de hibisco o de gladiolo de su sonrisa, pero al mismo tiempo no era nada «sexual», si es que sexual significa deseo, el deseo de acariciar, el deseo de poseer, el deseo de tener relaciones sexuales, aunque en verdad no estoy seguro de haber sentido nunca un deseo así. Era un deseo más bien de que se me permitiera estar dentro del óvalo de luz color oliva que la rodeaba como un halo, un deseo de poder existir para ella en el cielo de su atención. Me hubiera gustado, no sé, acercarme a su cuello o a su garganta y oler su piel directamente, como olemos una flor o una mata silvestre, hundir los dedos en sus cabellos rizados, recostar la cabeza sobre su pecho y cerrar los ojos y sentir el ritmo pausado de su respiración. Escuchar el sonido de su voz me producía escalofríos de placer, y a veces, cuando hablaba muy suavemente y en el registro más grave, sentía que se me erizaba el vello de la nuca. Me agradaba contemplar su forma femenina, siempre notoria en una mujer atractiva por muy discreta que sea ella en su apariencia, el volumen del pecho, la forma de sus caderas, los tobillos esbeltos, la garganta rosada. Como Sabino y yo nunca habíamos hablado de temas personales, casi se sobresaltó cuando le hablé de que había conocido a una mujer que me gustaba.

—Pero tú eres soltero, ¿verdad? —me dijo.

Yo le dije que sí, y que nunca había estado casado, aunque no le expliqué (habría resultado demasiado embarazoso) que jamás había tenido novia, y que nunca había besado siquiera a una mujer. Él, Sabino, llevaba veinticinco años casado con una mujer francesa muy simpática, Sara, que venía de vez en cuando a la tienda. Tenían dos hijos, un chico y una chica, que estaban en la universidad.

—Tengo muy poca experiencia con estas cosas —le dije a Sabino—. O sea, que no tengo ni idea. Pero esta mujer me gusta mucho. Pero no sé por qué me gusta. Casi no la conozco.

—Pero ¿has hablado con ella?

—Sí, claro —dije yo—. Pero tampoco hemos hablado mucho. Es que me gusta cómo se sienta, cómo coge una taza, me gusta cómo se ríe, me gustan las cosas que dice. ¿Será esto estar enamorado?

—Eso es estar enamorado hasta las cachas —me informó Sabino—. Pero vamos a ver, y perdona que sea cotilla, que te pregunto simplemente porque tú me has hecho esta confidencia... te pregunto como amigo.

—Adelante.

—¿De qué la conoces?

—La conozco de... bueno —dije yo, confuso, sin saber cómo explicarle a Sabino mi afiliación con el Club—. Desde hace unas semanas, me reúno con un grupo de amantes de la montaña...

—Ah, ¿senderismo y cosas así?

—Sí. Y ella está también en el grupo.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé. Treinta y tantos, treinta y ocho o algo así. Soy muy malo para las edades. Pero es muy atlética, debe de hacer bastante ejercicio...

—Claro, si le gusta la montaña...

—No, no por eso —dije, sin poder sacar a Sabino de su error—. No por eso, por su ocupación...

—¿A qué se dedica?

—Es actriz. Da clase de teatro, y de danza según creo...

—Joder, tío, pues no sé qué te detiene —me dijo Sabino—. Es guapa, tiene una profesión la mar de interesante, es de tu edad, se te cae la baba cuando la miras... Adelante, macho.

—¿Adelante? —pregunté yo titubeante.

—Invítala a tomar un café —me dijo Sabino—. Habla con ella, empezad a conoceros.

—Sí —dije yo con un suspiro—. Pero ¿y qué pasa si está casada?

—Ah, coño —me dijo Sabino—. Pero ¿no sabes si está casada o no?

—No.

Sabino suspiró profundamente.

—Tienes que enterarte de cuál es su situación —dijo Sabino.

—¿Tú crees? —dije yo—. Para mí lo más importante, en este momento, es saber si esto que siento es simple atracción, o es que me estoy enamorando de ella.

—Pero cómo eres, macho —me dijo Sabino—. ¿A ti no te parece que es todo un poco lo mismo? Claro que te estás enamorando de ella, o acabarás enamorándote, porque te gusta... te gusta un huevo, y eso no es solo «atracción», o a lo mejor es

atracción física, pero esa atracción es lo que te llevará a enamorarte... pero ten cuidado dónde te metes, porque si te enamoras de ella y ella no se enamora de ti lo vas a pasar muy mal. Vete con cuidado, Esteban.

—¿Tú crees? —le decía yo una y otra vez, porque en estos temas soy como un niño.

Porque yo pensaba que aunque Matilde fuera una persona libre, sin marido, sin novio, sin ex marido (lo cual, en una mujer tan hermosa y tan vital parecía, bien pensado, más que improbable), jamás sentiría el menor interés romántico por el pequeño hombre de madera. Y pensaba también que enamorarme de ella, aunque fuera sin ninguna esperanza, sería una vida mucho más hermosa que no amarla en absoluto, y que vivir sintiendo amor, aunque fuera un amor no correspondido, era mejor que vivir sin querer a nadie. Pensaba que enamorarme de ella sería como vivir siempre en un jardín lleno de cerezos en flor y de mirlos cantores, y que desearía vivir siempre en el aire frío de ese jardín y en sus caminos de losas rojas aunque ni los cerezos ni los mirlos fueran míos, aunque fuera yo solo un jardinero que duerme en un cobertizo del fondo. Pensaba que era extraño que Sabino comprendiera el amor como un intercambio o como una especie de negocio en el que uno no debe invertir si no está seguro de obtener un beneficio. Porque yo estaba empezando a sentir las primeras punzadas del amor, solo las primeras, y me sentía ya como inundado de calor, de vida, de felicidad. Me sentía como un pruno cuando le llega la primavera. Vivía en una especie de permanente y delicioso estado de alerta: cuando me lavaba las manos, dejaba que el agua corriera largo rato entre mis dedos, disfrutando de su frío y de su velocidad, y cuando pasaba frente a la panadería me detenía para oler el aroma de las ensaimadas recién horneadas. Mi imaginación se llenaba de extraños y hermosos mensajes: imaginaba, quién sabe por qué, que pronto llegarían a la ciudad bandadas de flamencos rosas que se posarían sobre los árboles y en las orillas de los estanques de los parques. Imaginaba que sobre los edificios del barrio de Tribunal, donde tengo mi taller, se deslizaba lentamente un trasatlántico. Nada de esto se parecía en nada a un negocio, ni a una inversión, ni a una guerra. Era, simplemente, amor, el amor que yo tenía, y como lo tenía en mí, era yo quien era rico, era yo quien vivía lleno de dones. Me decía que yo no necesitaba su amor para ser feliz, que me bastaba con quererla yo. Porque no podía imaginar que ella me correspondiera, y hasta cierto punto no habría sabido qué hacer si ella me amara. ¿Besarla? ¿Abrazarla? ¿Decirle palabras dulces? ¿Pedirle que se casara conmigo? ¿Quedar para dar paseos y para ir al cine? ¿Invitarla a mi casa para hacer el amor? Y ¿cómo íbamos a hacer el amor? Aunque ella correspondiera mi amor, ¿de verdad se quitaría ella toda la ropa para mí, o me permitiría que yo se la quitara? ¿Sería cierto que sucedían esas cosas? Y ella ¿me desearía? ¿Y la desearía yo? No conseguía comprender la relación que había entre que yo me enamorara de ella o ella se enamorara de mí y que ella se quitara la camisa y el sujetador delante de mí, algo que me habría puesto violentísimo y que, imagino, tendría que ponerla violentísima a ella también. Imaginaba que ella

se quitaría el sujetador por la noche, cuando estaba sola en su cuarto y antes de ponerse el pijama, y solo imaginar una escena así, solo imaginarla, ya me hacía sentir que estaba metiéndome donde no debía. La imaginaba con los senos desnudos ante mí, la imaginaba completamente desnuda, sonriéndome como ella sonreía, rosada, pura, plena como la ninfa de un cuadro, y mi imaginación desfallecía, no podía ir más allá. Me decía que prefería que ella tuviera siempre la ropa puesta, que yo no necesitaba verla desnuda. Siempre la había visto vestida, y así me estaba enamorando de ella, y no necesitaba ver todo su cuerpo, y, menos aún, las partes del cuerpo que siempre están ocultas, las partes que esconden de nosotros hasta nuestros amigos más íntimos y nuestros familiares más cercanos. No necesitaba ver sus senos ni su pubis con mis ojos para conocerla, para saber cómo era. Todo aquello me confundía. Si lo que me atraía de ella era algo físico, ¿por qué no sentía el menor deseo de tener relaciones sexuales con ella? ¿Sería que había algo mal en mí? ¿Un defecto oculto, un resquebrajamiento interior en algún lugar especialmente delicado de mi maquinaria psíquica, algo relacionado de algún modo con mi masculinidad, o con mi capacidad genesíaca? Pero yo no encontraba esa resquebrajadura por ningún lado. Tenía la certidumbre de que la admiraba como mujer, pero no sentía el menor deseo (por decirlo de la manera más brutal y directa) de introducir mi miembro en ella haciendo extravagantes contorsiones, y solo imaginarme esa escena me hacía sentirme violento y disgustado. ¿Sería que mi amor era puramente «platónico»? Pero no podía separar mi amor de su atractivo, y era su feminidad, el hecho de que fuera una mujer, lo que me hacía amarla.

—Me da la impresión de que, y perdona que te sea tan franco —me dijo Sabino—, me da la impresión de que no tienes mucha experiencia en estas lides...

—Ninguna —le dije yo—. Ninguna, de ninguna clase.

Sabino me miraba sin saber qué decir, y yo sentía sus preguntas, las preguntas que le hubiera gustado hacerme.

—Supongo que te estarás preguntando... —le dije yo—. Te preguntarás dónde he estado metido hasta ahora.

—Tú sabrás lo que quieres contarme —me dijo—. Tú ya sabes que soy un oído amigo, y además Esteban, en confianza... que yo ya he vivido lo mío, no soy ningún crío, yo ya no me asusto de nada.

[11]

ES EVIDENTE QUE SABINO PIENSA que yo he estado en la cárcel. Es lo lógico, es lo que pensaría cualquier persona. En la cárcel desde muy joven, virgen o casi virgen, sin apenas experiencia con las mujeres o con ninguna, el oficio aprendido allí dentro también, un típico oficio de taller de prisión, la meticulosidad obsesiva del que tiene años por delante para pulir y lijar y abrillantar y burilar y barnizar, y con la imaginación corriendo libre como un carnero furioso (¿no es así como corre siempre?), intentando concebir qué clase de barbaridad habría hecho yo como para estar encerrado tanto tiempo, claramente rehabilitado, dado que ahora es una persona enormemente paciente y silenciosa (una paciencia y un silencio también aprendidos allí dentro, claro está), y parece incapaz de matar a una mosca... o quizá imaginando precisamente la otra posibilidad: una de esas personalidades apacibles, casi demasiado apacibles, uno de esos solitarios metafísicos encerrados siempre en sí mismos y contemplando durante horas el avance del caracol por el tallo de un bambú, pero que un día se vuelve loco, coge un hacha y trocea salvajemente a una niña... Sí, ¿quién podría culparle a él o a cualquiera por pensar las cosas más absurdas y extraordinarias del pequeño hombre de madera? La otra posibilidad, lo sé bien, es la del joven de familia humilde que entró en el seminario cuando era apenas un niño, y vivió allí, entre sotanas y palmeras, aprendiendo latín y horrorizándose de pecados imaginarios... Y ¿cuál de estas dos es la verdadera historia del hombre de madera? ¿Cuál de las dos es la historia de mi vida? Pero no puedo hablar, no puedo, y por eso no afirmo ni niego nada, sonrío vagamente como el que no entiende, le dejo a Sabino con su pregunta esbozada, me hago el tonto...

EL SÁBADO SIGUIENTE ME ENCONTRÉ con uno de los miembros del grupo en el Museo de Ciencias Naturales. Era Julián, el escritor, el hombre de la barba gris y las negras gafas de pasta. Los dos nos sorprendimos de encontrarnos allí. Yo le dije:

—Esteban, del grupo de los jueves —porque estaba seguro de que no se acordaba de dónde me conocía. Pero él dijo:

—Sí, claro, Esteban, por supuesto.

Iba con dos niños, sus hijos, uno de seis años que se llamaba Gabriel y otro de dos, Valentín. Nunca he hablado mucho con niños ni sé mucho de ellos (y por esa razón me intimidan), pero aquellos me resultaron simpáticos al instante. Gabriel era rubio, delgado, espigado, con unos ojos muy oscuros y llenos de curiosidad. Valentín era pequeñito, como un hombrecito en miniatura con su chaqueta de lana bordada, sus pantalones de pana y sus pequeños zapatitos. Se veía que los dos estaban muy unidos a su padre, que estaban acostumbrados a estar juntos y a hablar y a bromear juntos, y a él, a Julián, se le veía feliz de estar con sus hijos, no solo feliz sino orgulloso, y entonces sentí una punzada de envidia, porque sé que yo jamás tendré hijos.

Habían ido a ver la exposición de dinosaurios, pero hacía tiempo que no venían al museo y no lo habían visto desde la remodelación, y de pronto Julián estaba perdido entre viejos huesos y deslucidas plumas. Porque uno de los objetivos de aquella visita, aparte de ver el inevitable braquiosaurio del museo, era enseñarle a su hijo Gabriel el pájaro lira que se conservaba, dentro de una caja de cristal para protegerlo del polvo, en una esquina de la gran nave principal, pero ahora el ave había desaparecido junto con la mayoría de los animales de la antigua colección, y en su lugar había un enorme cráneo de triceratops, ya que ahora la nave principal estaba ocupada por una exhibición temporal dedicada a los dinosaurios. Julián se sintió melancólico: recordaba un ave del tamaño de una gallina, parduzco, ceniciento, con las plumas de la cola trazando la forma de la lira que le da su nombre, un ejemplar bastante viejo y apolillado, como casi todos los animales de la antigua colección. Y ahora los niños ya no podrían verlo, pero Gabriel parecía fascinado con el cráneo de triceratops que habían colgado de la pared en su lugar, una masiva máscara de hueso pálido erizada de cuernos. Pero ¿por qué quería Julián enseñarles el pájaro lira a los niños? Me explicó que ese pájaro era un personaje de uno de sus libros, aunque en el libro no era parduzco y ceniciento, sino rojo, de un brillante color rojo amapola, y dorado, y negro, un pájaro rojo que volaba de rama en rama por el bosque, y un príncipe lo iba siguiendo, un príncipe diminuto que venía de otro planeta...

Ah, pero ¿de ese tipo eran los libros que escribía Julián? Pero entonces ¿escribía libros de niños? No, me explicó, aquel no era un libro de niños, aunque él pensaba que también podían leerlo los niños. No era un libro de niños pero él lo había inventado cuando era un niño, cuando tenía nueve o diez años, y desde entonces

llevaba pensando escribirlo...

Me convertí en su guía dentro del museo. Explicué a Julián que la colección antigua, esa misma que él había admirado cuando llevaba pantalones cortos y venía al museo de la mano de su padre, había sido prácticamente desechada en su totalidad. Los animales estaban estropeados, comidos de insectos. El museo se había simplificado: ahora tenía una nave dedicada a los dinosaurios y a los fósiles, otra serie de salas dedicadas a la fauna mediterránea y una dedicada al calamar gigante. Esta última era una de mis favoritas, no exactamente por el calamar gigante conservado en un enorme tubo de vidrio lleno de formol, sino por el pasadizo de los calamares bioluminiscentes que se abre en uno de los lados. Gabriel, el hijo mayor de Julián, me cogió de la mano con naturalidad y entró en el pasadizo conmigo para verlos. Es un rincón misterioso, iluminado por una luz tan oscura que más bien parece oscuridad que luz, y allí, en el índigo profundo, flotan los negros calamares bioluminiscentes adornados con resplandecientes puntos luminosos de color rosa, plata, turquesa... Estas severas y silenciosas criaturas que flotan en medio de un océano negro, en el negro centro de la noche oscura del abismo más negro, adornados con signos de luz incomprensibles, me producen siempre la sensación de una advertencia ominosa. «Hay una luz», parecen decir, «que es mucho más peligrosa que la oscuridad». Y luego continúan diciendo: «Aquí estamos nosotros, vigilando cualquier posibilidad de felicidad que se produzca en las remotas alturas, en las luminosas cimas habitadas por los hombres. Desde el fondo de los océanos, nuestro trabajo es asegurarnos de que el dolor inunde siempre el mundo, y que las almas de los hombres que habitan los territorios comunes y el aire libre, vivan, sin embargo, aquí abajo con nosotros, donde las instruimos en infinitos métodos de tortura y desesperanza. Nosotros, los calamares abisales, somos los verdaderos dueños de la tierra, y desde nuestra eterna noche, apenas rota por nuestros fulgores crueles y efímeros, llenamos el mundo de desolación y de tristeza».

—No son de verdad —dijo Gabriel, que contemplaba las extrañas criaturas a mi lado.

—¿No? —dije yo.

—¡Hombre! —me dijo él con la convicción de sus seis años—. ¡Pues claro que no!

—Pero parecen de verdad.

—Son de mentira —dijo Gabriel.

Por supuesto, los calamares no eran verdaderos calamares abisales bioluminiscentes, que habrían de ser conservados en formol y que, de cualquier modo, habrían perdido toda su magia lumínica al ser extraídos del mar. Pero ¿cómo podía yo explicarle a un niño de seis años que aquellas criaturas falsas, realizadas en madera o en plástico, era difícil saberlo en aquella oscuridad casi negra, eran algo así como un símbolo de mi alma?

—Sí, ya sé que son falsos —le dije a Gabriel—. Pero me gustan de todos modos

porque son como yo.

—¿Sí? —dijo Gabriel mirándolos intensamente con sus ojos oscuros y luminosos.

—Son como yo por dentro, me parece —le dije—. No es que yo sea un calamar.

—Pues entonces... —dijo Gabriel poniéndose rojo y quizá un poco nervioso por el reto que suponía tener una conversación tan complicada con un adulto—. Entonces... debes de tener mucho miedo, porque estos calamares dan un poco de miedo.

—Y tú —le dije—. ¿Como qué animal eres tú? Tú por dentro, quiero decir.

—No sé —me dijo pensativo—. Cuando era pequeño me gustaban los leones y los caballos.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora también, pero mi padre y yo estamos leyendo un libro sobre el universo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Sobre el origen del sistema solar.

—Ah —dije yo—. ¿Ese tema te interesa?

—Me interesa muchísimo —me dijo muy serio—. Es que ¿tú sabías que estamos hechos de gas, igual que las estrellas? ¿Y que la mayoría de las estrellas viven en parejas?

—¿En parejas? —dije yo desorientado.

—Sí. Eso lo leímos ayer por la noche. La mitad de las estrellas de la galaxia —él pronunciaba «galatsia», pero aparte de eso su lenguaje era perfecto— viven en grupos de dos, y una da vueltas alrededor de la otra. Y muchas veces, una se come a la otra...

Julián se acercaba ya con el pequeñito de la mano, y le divirtió vernos enredados en una conversación tan complicada. Una conversación con un niño de seis años sobre la vida de las estrellas en el pasadizo de luz negra de los calamares bioluminiscentes. Le pregunté a Julián sobre las estrellas que vivían en pareja y me aseguró que era cierto. Todas las noches, antes de acostarse, padre e hijo leían juntos un libro donde se explicaba toda la historia del universo desde el principio, desde el *big bang*, y que estaba lleno de información sorprendente sobre las galaxias y sobre las estrellas y la vida de las estrellas, sobre los agujeros negros y sobre los quásars.

Pero Julián recordaba infinitas cajas de mariposas y de escarabajos, tarros de formol llenos de criaturas horribles... ¿dónde estaba todo aquello? Entonces les conduje al piso de abajo, al lugar donde están los restos de la Colección Real, la antigua colección de animales disecados.

Este es, en realidad, el corazón del nuevo museo. Se accede al lugar por dos altos pasillos descendentes adornados con centenares de cabezas de gacelas, leones, tigres, bisontes, cocodrilos, búfalos y antílopes, y con caimanes y peces espada y anacondas colgados de lo alto, y así se llega a una gran sala redonda, un lugar mágico y encantador que parece la sala de curiosidades del Nautilus, la galería de recuerdos de algún Phileas Fogg que hubiera recorrido el mundo con su rifle de cazador, su red de

mariposas, su piqueta de arqueólogo, su brújula de explorador del África austral, una fantasía victoriana con preciosos muebles de maderas nobles, armarios y gabinetes, chifoniers y vitrinas y campanas de vidrio en las que se guardaban curiosidades deliciosas y un imponente bargueño con gavetas muy finas que, una vez extraídas, revelaban colecciones de mariposas y de insectos tropicales.

En el centro de la sala había una vitrina cuadrada en la que una artista norteamericana había realizado una instalación irónica sobre el tema de Adán y Eva. El interior de la vitrina, que era un poco más alta que un hombre alto, estaba literalmente abarrotada de objetos, tanto naturales como artificiales, casi todos ellos simbólicos. Presidían la escena dos esqueletos, de hombre y de mujer, que representaban a nuestros primeros padres. Había a su lado una mesita en la que había una quijada (ciertamente no una quijada de asno), una serpiente en un frasco de formol y un recipiente lleno de manzanas. El esqueleto femenino que representaba a Eva tenía también una manzana en la mano, pero en el árbol seco que crecía por detrás de las dos cómicas figuras (las calaveras, al fin y al cabo, siempre resultan cómicas) no había ni rastro de la serpiente, aunque sí un mono que descendía por el tronco ágilmente, sin duda para indicar que el cuento del Génesis no es más que un cuento, y que en realidad nosotros *descendemos* del mono. En el interior de la vitrina se podían encontrar además diversos especímenes teratológicos cuyo origen estaba en algunas de las imágenes representadas por El Bosco en sus fantasías pictóricas, tales como una lagartija con dos cabezas, así como la mandíbula fósil de un mastodonte.

—Oh —dijo Julián señalando al árbol—. ¿Quién ha dicho que no hay serpiente? Sí, aquí está, mírala.

—Pero eso —dije yo confundido—. Eso es una lechuza.

En efecto, en una de las ramas del árbol que debía de representar al árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, había una lechuza disecada.

—En efecto, es un pájaro —dijo Julián—. No importa que sea una lechuza. Es un pájaro.

—Pero no es una serpiente —dije yo, aún más confundido.

—Sí lo es —dijo Julián con aire misterioso—. Así era la serpiente *antes* de la maldición divina.

Pero yo, de pronto, me había convertido en el guía de aquel Real Gabinete de Historia Natural. Lo había visitado tantas veces que me lo conocía casi de memoria. Y así les fui mostrando las innumerables curiosidades que se guardan en la sala: el ibis disecado; el puercoespín; los trozos de coral blanco y rojo; la mesa del siglo XVIII de mármol y piedras volcánicas en mosaico; la madrepora; el gorila disecado y su cría; el misterioso espejo inca de obsidiana (sin duda el objeto más mágico e inquietante de todo el museo); uno de los tomos de la primera edición de la *Histoire Naturelle* de Buffon; una jaula llena de insectos; un calamón de plumas negras y pico intensamente rojo; una caja llena de limenópteros tales como abejas y avispas; una balanza de precisión que interesó mucho a Gabriel, el hijo mayor de Julián; un

cangrejo gigante del Japón; un esqueleto de pez espada; un faisán *Tragopan Tennisekii*; una mariposa negra y amarilla *Papilio Zapeus Doubleday* junto con otras mariposas multicolores; un extraordinario árbol lleno de pájaros disecados; el primer tomo de *Papillons exotiques des trois parties du monde* de 1779-82; innumerables fósiles, grabados antiguos, ilustraciones de libros; la calcografía sobre papel verjurado de un bello escarabajo proveniente de la colección Van Berkhey; un tucán; un lagarto espinoso australiano llamado expresivamente *Moloch Horridus*; el esqueleto de un caballito de mar, el esqueleto de un camaleón; un armadillo; un poco de lava del Vesubio; la colección de instrumentos de Caballero y Vellido para el estudio de las diatomeas; una salamandra común; un camaleón; una tortuga *Testudo Graeca*; un trozo de pirita; un topo disecado; un trozo de malaquita, uno de cuarzo, uno de limonita, uno de azufre; varios loros disecados de bellísimas plumas verdes; un cuenco de ágata; un esqueleto de murciélago, un trozo de goethita, mineral oscuro y oleaginoso que recordaba a una reproducción en miniatura de la Calzada de los Gigantes de Irlanda y mi pieza favorita de la colección, un ave del paraíso *Parotia Sefilata*, negra como la noche, con el pecho dorado y largas plumas de finos cañones negros y desnudos brotándole de la cabeza.

—Pensaba que las aves del paraíso eran doradas —dijo Julián.

—Ah, tú te refieres a la *Paradisea Minor* —le expliqué—. Pero hay muchas clases de aves del paraíso. Pertenecen a la misma especie que las aves lira.

—Qué bien conoces este museo —se sorprendió Julián—. ¿Eres biólogo, o algo así?

—No, no —dije yo riendo—. Soy constructor de relojes de cuco.

—Ah, sí —se sorprendió él—. Y ¿tienes mucho trabajo?

—No, no mucho. En realidad, los hago más bien para mí mismo —le expliqué—. La mayor parte de lo que hago son muebles. Un día podríais venir al taller a verlo, a los niños les gustaría... Además, tengo muchos juguetes de madera...

Y quedamos en que un día vendrían a mi taller para ver mis relojes.

TRABAJO MUCHO EN MI TALLER, mucho, más de lo necesario. Quiero ocupar mi tiempo, quiero parar mi mente. Cuando llega la hora de comer, voy a buscar a Sabino, y comemos juntos en Paolo, el bar de la esquina. Y hablamos. ¿De qué hablan un librero comunista y un ebanista enamorado que desea encontrar la Montaña del Alma? La vida corriente siempre proporciona temas de conversación, incluso la lluvia, o las nuevas normas municipales, porque las personas no son amigas por lo que se dicen, sino por lo que hay detrás de lo que se dicen. Hablamos de nosotros, del trabajo, de un encargo difícil que tengo, de un cliente extraño de la librería que buscaba nada menos que las *Obras Completas* de Francisco Franco. Hablamos de libros, porque Sabino suele dejarme o regalarme libros, y luego los comentamos, y a él muchas veces le divierten (o le escandalizan) mis puntos de vista.

A veces se une a nosotros Alicia, la cajera de la librería, y entonces la comida es mucho más divertida. Alicia tiene treinta y tantos, tiene una hija de cinco años, está separada y vive obsesionada con emparejarse de nuevo. Es una chica muy atractiva, de piel pálida y largos cabellos despeinados de un rubio ceniciento; no creo que haya ido jamás a la peluquería ni que se haya maquillado jamás, y viste siempre unos vaqueros viejos y un jersey sin color y sin forma. Es una *hippy*, o fue *hippy* cuando era más joven, y tiene ese rechazo a lo artificial, al lápiz de labios, a la ropa elegante, y también (todo esto lo he aprendido de sus labios, claro está) a interpretar el papel tradicional de la mujer dentro de la sociedad, es decir, a estar muy guapa, a ser muy *sexy*, a enseñar las piernas. Sabino se ríe con ella, y le dice que es un soldado, y es verdad que Alicia tiene algo de soldado, con sus vaqueros descoloridos y su pelo rubio-castaño simplemente cepillado o recogido en un moño como para que no moleste.

Tiene un aire muy joven, a pesar de sus ojeras, a pesar del color algo apagado y verdoso de su piel, un color que se debe, supongo, a que se pasa el día en la librería sin ver el aire libre. Tiene los ojos grises llenos de una sensualidad dormida, y los labios se le tuercen en un gesto de tristeza. Pero ¿quién está libre de la tristeza en este mundo?

—Hoy tengo una cita —nos dijo uno de esos días, mientras comíamos en Paolo, quizá el jueves, que es el día que hay paella—. Esta noche, he quedado con un tío.

—A ver, cuéntanos —dijo Sabino soltando nubes de humo, porque ni siquiera mientras come es capaz de dejar sus puros malolientes.

—Na, un tío —dijo Alicia con desgana—. Me lo presentó una amiga hace unas semanas, en una cena así de amigos... Pero que yo lo tengo más chungo para encontrar novio... Esta noche se queda mi madre con la niña... Pero Vita se pasa el día con mi madre, si cuando salgo del curro me voy por ahí de copas, ya me dirás tú cuándo veo a la niña...

—¿Y este chico...? —preguntó Sabino, con ese tono medio afectuoso medio

humoroso que usaba siempre con su empleada.

—Yo qué sé —dijo Alicia pinchando una rodaja de tomate—. Es simpático, pero tiene bigote... Es una putada lo del bigote... aunque tiene una hija también, creo que de la edad de Vita... Pero bueno, que a ver si por lo menos hay algo de sexo, porque tengo unas ganas de que me den caña...

A mí me intimida un poco Alicia, porque a pesar de que está siempre como adormilada y es como una especie de gato pardo y tranquilo, de pronto saca unas zarpas inesperadas y dice cosas como «estoy hasta los ovarios», «hoy me ha venido el período» o «tengo ganas de que me den caña», cosas que a un solterón célibe y casto como vuestro hombre de madera le resultan siempre embarazosas.

—Ponte guapa —le dice Sabino, con tono paternal—. Píntate la raya del ojo.

—Me voy a ir a la peluquería —dijo Alicia—. Obligada por mi amiga Sole, porque yo odio la peluquería. Y me voy a poner guapa, sí, como tú dices... aunque uno cuando se encama se quita toda la ropa, ¿no? y ahí ya da un poco lo mismo... ahí ya no hay trampa ni cartón...

—Bueno —rio Sabino—, pero hasta llegar ahí...

—¿Qué tiene de malo el bigote? —pregunté yo, que llevaba unos meses considerando la posibilidad de dejarme un agradable mostacho castaño.

—¿El bigote? Yo qué sé. ¿Quién tiene bigote hoy en día? O la gente mayor, o los empleados de los bancos, o los de derechas. Y este tiene un ramalazo...

—¿Ramalazo de...? —interrogó Sabino.

—Que es de los que te sirven la bebida, tío, y de los que te abren la puerta del coche. Y va con corbata de rayitas y con chaqueta cruzada...

—¿Y todo eso no te gusta? —pregunté yo, curioso—. ¿Que te sirva la bebida, que te abra la puerta...?

Alicia pareció pensar unos instantes antes de contestar.

—Hombre, que te hagan caso y que te traten bien, a quién no le gusta... Hace unos años yo a lo mejor me habría sentido molesta de que me trataran así, como una princesita que no sabe hacer las cosas ella sola, qué sé yo... me debo de estar haciendo mayor... debo de estar empezando a añorar la seguridad burguesa... —añadió con una carcajada.

—Déjate querer —le dijo Sabino—. Y si el tío es de derechas, ¿qué importa? Puede ser buena gente.

—Sí —dijo Alicia—. Y además, te juro que yo tampoco querría meterme ahora en una relación... Si yo no me siento sola —añadió, y luego, como en un grito mudo, y bajando la voz para que no la oyeran en las otras mesas— yo lo que pasa es que tengo unas ganas de follar...

—Ah —dice Sabino—. ¿Y este de la chaqueta te pone...?

—Me podría poner, sí.

Pero yo creo que no es sincera, que juega a hacerse la dura, y también juega a comportarse como una odalisca voluptuosa delante de Sabino y del hombre de

madera, que no sabe qué cara poner cuando oye esa clase de cosas. Porque no es que ella no busque una relación, sino que le da miedo pensar lo difícil que es tener una relación cuando uno lo necesita tanto. Ella busca a un hombre del que se enamore, pero ese hombre ha de cumplir tantos requisitos, que ¿cómo es posible que sienta por él verdadero amor? Porque el amor es inesperado, loco, febril, inmoderado, y siempre viene a nosotros con una espada para cortarnos telarañas y ataduras.

En realidad, Alicia busca una cosa y solo una cosa. Busca el amor, claro está, pero busca algo más amplio que el amor. Busca la plenitud, busca la plenitud en el amor, busca el amor para poder sentir la plenitud. Busca el camino entre los almendros, entre los magueyes, entre los ojaranzos, entre los abetos, el viejo camino sembrado de agujas de pino, o de flores de agave, o de piedras redondas como huevos de dinosaurio, la vieja senda, la amplia autopista, el sendero terroso entre las sabinas, la avenida herbosa entre los zarzales, el cauce del arroyo seco que conduce serpenteando por entre los rododendros, busca la senda que conduce a la Montaña del Alma.

LOS EJERCICIOS SE IBAN HACIENDO cada vez más complicados. El grupo se dividió en grupos pequeños, cada uno con una misión especial: unos se dedicaban a reunir información sobre montañas sagradas de diversas tradiciones; otros a obtener mapas del ejército de ciertas zonas montañosas de la península ibérica; otros visitaban instituciones haciéndose pasar por arqueólogos o sismólogos (para lo cual, por cierto, tenían que ponerse a estudiar y aprenderse todo tipo de nombres extraños); mientras que otros grupos se dedicaban a la práctica de la meditación y de las «artes callejeras». El concepto de «artes callejeras» era bien curioso. El Maestro se refería a ellas como «el camino del zorro», y nos explicaba que consistía en aprender a moverse como un zorro por en medio del mundo. Los que practicaban el camino del zorro tenían que aprender a mentir y robar, a disfrazarse y a adoptar falsas identidades. Nada de esto se hacía con motivos espurios, claro está, ni tampoco con ánimo de lucro o de obtener beneficio alguno (por ejemplo, en el caso de robar), sino para tensar y acendrar nuestra personalidad, para aumentar nuestro nivel de atención, para librarnos de la mecanicidad.

—No se trata de convertirse en un ladrón —decía el Maestro—. Los ladrones roban porque son máquinas que roban. Cuando Matilde robó un lápiz de labios el otro día no lo hizo por mecanicidad, sino por todo lo contrario: para ir en contra de todas sus tendencias, para romper la malla de los hábitos que explican su mundo y lo congelan. ¿Lo pasaste muy mal, Matilde?

Hacía referencia a un extraño ejercicio que habíamos estado practicando unos días atrás, todos juntos, en El Corte Inglés.

—La verdad es que no lo pasé mal —dijo Matilde—. Estaba nerviosa, pero casi lo disfruté, tengo que confesarlo.

¡Ah, aquel famoso ejercicio! Era la primera salida, el primer «trabajo de campo» que hacía el Club, y creo que aquel día hubo varias deserciones. El Maestro nos citó a todos en la puerta de El Corte Inglés de la Castellana, unos grandes almacenes que se extienden ahora por el subterráneo de AZCA ocupando diversos edificios externos y subterráneos y deben de haberse convertido en la tienda más grande de todo el país. Supongo que el edificio principal, en cuya entrada estábamos citados, una mole cúbica de piedra blanca situada en una escénica eminencia en el centro de un vasto y abierto panorama ciudadano de parques, *parkings* y avenidas con bulevares, podía comprenderse como una especie de representación simbólica de la Montaña que tanto buscábamos. Pero ¿cuánto se puede estirar un símbolo? ¿Cómo podría ser El Corte Inglés una representación, en el sentido que fuera, de nuestra anhelada Montaña del Alma? ¿Habría una intención irónica en aquel plan del maestro de llevarnos a aquel templo del capitalismo y del lujo para realizar nuestro primer trabajo de campo? ¿Un golpe de efecto para desconcertar a los «espirituales»?

Era una mañana fría, y los que llegamos pronto a la cita (como fue mi caso)

tuvimos que esperar con las manos en los bolsillos y los cuellos subidos, intentando calentarnos con el sol tímido de los inviernos de Madrid, que nunca deja de lucir aunque apenas caliente, hasta que apareció todo el mundo. Fue Joaquín, el hombre de sonrisa de elfo, el encargado de dar las instrucciones de la tarea que nos aguardaba, cosa que hizo con gran sonrisa de satisfacción y de misterio.

—Camina por la tienda durante una hora, y roba todas las cosas que puedas sin que te cojan; pasada la hora, reúnete con el grupo en la cafetería de la sexta planta. Si te pillan robando, intenta explicar que era una apuesta y que estás dispuesto a pagarlo todo. Y pase lo que pase, obsérvate a ti mismo.

Julián robó un libro, solo un libro; Joaquín, unos calcetines, unos cordones blancos y un bolígrafo de uno de los empleados (que, de cualquier modo, no estaba en venta); Pierre robó un montón de cosas, diez o quince, no recuerdo, pero era evidente que él era el campeón; Naila robó un sujetador, cuyo tirante verde nos enseñó por el cuello de la blusa (ya que se lo había puesto) con las mejillas rojas; Bonifacio, muy serio y mortalmente pálido, nos mostró un cenicero de artesanía toledana, un salero y un mantelito bordado, y luego dijo:

—Y ahora, que alguien me explique qué recórcholis estamos haciendo.

En cuanto a mí, robé varias cosas pequeñas y también uno de esos muñecos articulados que suelen usar los dibujantes para componer posturas (es decir, ¡un hombre de madera!), y que resultó ser quizá el objeto más grande y ostensible de todos los recaudados por el grupo.

El Maestro dijo que yo había robado un hombre.

A Clara Luisa y a Rosa las pillaron, aunque Rosa se hizo la tonta, dijo que no se había dado cuenta de que se había llevado aquella libreta, pero claro, explicó mostrándoles su bolso de Gucci, su Cartier, su ordenador de bolsillo, no iban a pensar que una mujer que estaba tan forrada como ella y ganaba cerca de un millón al mes podía estar «robando» una baratija como esa, ja, ja, ja, y los empleados de seguridad también se rieron, ja, ja, y hasta le pidieron disculpas por haberla molestado. A Clara Luisa no le fue tan bien: la pillaron con tres objetos robados en el bolso, uno de ellos un frasco de perfume de Dior, y la llevaron a un cuartito donde le dijeron que lo sentían mucho pero que el precio de lo que tenía en el bolso constituía delito de robo (al parecer, lo que habíamos hecho el resto de nosotros no era un robo, sino un simple hurto), y que iban a llamar inmediatamente a la policía. Clara Luisa intentó actuar en plan gran señora, reírse y decir que en realidad todo aquello era una broma, que había quedado con unos amigos en la cafetería y que tenía intención de devolverlo todo a su lugar antes de salir de la tienda, pero en seguida perdió la compostura. El detective de paisano no tenía cara simpática, y el empleado de seguridad que estaba detrás de la mesa tampoco parecía muy conmovido con su historia de la broma y de los amigos que esperaban en la cafetería. Clara Luisa dijo que era profesora de la Universidad Complutense, que había escrito libros y publicado cientos de artículos especializados y había dado cursos y conferencias en las universidades de tres continentes y que no

tenía ninguna necesidad de robar un frasco de perfume. Finalmente, después de dar un pequeño espectáculo a base de lágrimas y jadeos que no eran en absoluto fingidos, pagó los tres objetos y subió a la cafetería de la sexta planta absolutamente furiosa y humillada. ¡Pobre Clara Luisa, que estaba convencida de que sentía ya en sí los preámbulos de la Iluminación! Cuando apareció por fin en el café de la sexta planta, casi todos estábamos ya reunidos con el Maestro Sebastián. Estaba nerviosísima y descompuesta, nos contó lo que le había pasado y Rosa, que estaba sentada a su lado, le pasó el brazo por los hombros para tranquilizarla. Y Clara Luisa dijo también, olvidando la suavidad angélica con que siempre solía decir todas las cosas, que aquello de las «artes callejeras» le parecía una tontería, y que el «camino del zorro» no era para ella, que aquellas no le parecían experiencias elevadas ni espirituales, que para ella el camino espiritual era otra cosa, y que no entendía por qué las personas más evolucionadas tenían que pasar por aquellas pruebas tan humillantes. Y el Maestro le dijo que sí, que tenía razón, que es cierto que ella era una persona muy evolucionada, pero que tenía que tener paciencia porque otras personas del grupo no lo eran tanto (siempre lograba decir estas cosas de forma que resultaban totalmente creíbles para aquel al que iban dirigidas, pero al mismo tiempo transparentes para el observador externo), y que lo que decía de las experiencias «espirituales» era también cierto, pero que las grandes experiencias no podrían llegar nunca si no empezábamos a trabajar antes en lo pequeño.

Clara Luisa alcanzó a calmarse con las mesuradas y cálidas palabras del Maestro, y comenzó a contar de nuevo la escena añadiéndole ciertos toques de humor y exagerando el terror que había pasado y también el desconcierto de los empleados de seguridad al darse cuenta de que evidentemente aquella mujer (tan guapa, tan elegante, tan segura de sí, con tanto mundo: todo esto no lo dijo pero parecía implícito en su relato) no era ninguna ladrona, y no saber entonces, los pobres, cómo salir del paso, y observó además, con una de sus suaves carcajadas suavizadoras, que en realidad ella era la que más se había arriesgado de todos los del grupo, la única que se había atrevido verdaderamente a robar, y que si ella hubiera robado un lápiz o una servilleta (en referencia al paño de cocina robado por Bonifacio) como habían hecho otros, seguramente tampoco la habrían molestado.

Y el Maestro dijo:

—Todos tenemos una imagen de nosotros mismos. Todos imaginamos que somos grandes idealistas llenos de hermosos sueños. Todos nos sentimos especiales, diferentes de los demás, ¡no, no *superiores*, simplemente *diferentes*! A todos nos asombra que nadie se dé cuenta de lo especiales que somos, que no nos tomen en consideración, que no reconozcan nuestro verdadero valor.

Clara Luisa asentía distraídamente, ¡sin darse cuenta de que el Maestro estaba hablando de ella, de ella precisamente!

—Y todos —continuó el Maestro—, todos interpretamos diversos personajes: la ardilla traviesa, el gran cisne lánguido, el leopardo valeroso, el sufrido búfalo de

agua, el lince que ve lo que está detrás. Pero somos más, mucho más que ese pequeño personaje. Podríamos interpretar otros personajes, muchos otros: este es el camino del zorro. Podríamos aprender a cambiar de personaje, vivir otras vidas dentro de nuestra vida y, lo que es más importante, podríamos aprender a distanciarnos de todos los personajes y darnos cuenta de que hay *otro* que es libre, *otro* que no interpreta personajes... Así es como el camino del zorro puede ayudarnos a alcanzar el encuentro con el *otro*... Hoy Clara Luisa se ha visto forzada hasta el límite de su personaje... Pero en el momento clave, ¿qué es lo que nos sucede siempre? Nos aferramos al personaje. Clara Luisa podría haber intentado observar lo que le estaba pasando. ¡Ella, una mujer tan digna, tan elegante, tratada como una vulgar ladrona! La experiencia debe de haber sido espantosa —añadió, mirándola con simpatía—. Y sin embargo, podría haberte dado un cierto sabor de la libertad...

—¿Cómo? —preguntó Clara Luisa. Y luego añadió, con una carcajada nerviosa —: ¡Si casi acabo en la cárcel!

—Distanciándote —dijo el Maestro—. Observándote a ti misma. Intentando recordarte a ti misma en el momento preciso. En esos momentos en que la identificación con el personaje es más intensa, en que el personaje tiene cosas que defender, es cuando tienen lugar las verdaderas oportunidades de trabajar... Porque si en uno de esos momentos fuéramos capaces de vernos a nosotros mismos, entonces sucedería algo así como lo que tiene lugar en el corazón de una estrella: una explosión de luz de ilimitadas proporciones.

Y la lección era evidente: que solo cuando lográramos librarnos del personaje, solo cuando lográramos ponernos en contacto con *el otro*, podríamos ponernos de camino a la Montaña. Porque no es el personaje el que puede caminar hacia la montaña, sino *el otro*.

Es posible que fuera allí, en la cafetería de El Corte Inglés, donde el Maestro nos habló del *otro* por vez primera. «El otro que sigue caminando», en palabras de Julián, aunque aquel era el lenguaje de Julián y no el del Maestro. El otro era, según el Maestro, ese que vive en nosotros como posibilidad. Ese que es libre. Ese al que buscamos. Ese que es quien nosotros verdaderamente somos.

He aquí un pensamiento: la Montaña está en todas partes (digan lo que digan los miembros del Club). Para nosotros, su primera encarnación física fue la Montaña de El Corte Inglés de Castellana, y todos logramos llegar a su cima, aunque algunos de nosotros, como Rosa y Clara Luisa, con algún que otro rasguño.

PERO YO A ESTAS ALTURAS YA SABÍA que mi amor absurdo, delirante, venático, no tenía la menor esperanza ni el menor sentido. Una tarde cualquiera, unos días después de mi encuentro con Julián el escritor y sus dos hijos Gabriel y Valentín en el Museo de Ciencias Naturales, aparecieron los tres en mi taller. Yo les había invitado, claro está, les había invitado cálidamente asegurándole a Julián que a los niños les gustaría ver los relojes de cuco, los juguetes y todas las demás cosas que tengo en el taller, pero no pensaba que fueran a aceptar mi invitación. Lo primero que vi fue la barba sal y pimienta de Julián, luego su chaqueta oscura, luego los dos niños con los ojos brillantes y las mejillas rojas por el frío, cada uno al extremo de uno de sus brazos, largos como si formaran una cruz. Era la imagen del padre entrando en el hogar del carpintero.

Gabriel, el mayor, estaba algo cohibido a pesar de la espontánea conversación que habíamos tenido unos días atrás a propósito de las estrellas y su vida en pareja, pero el pequeñito en seguida se puso a recorrerlo todo y a meterse por los rincones peligrosos, charlando sin parar y utilizando esas expresiones de la gente mayor que tanto les gustan a los niños muy pequeños, expresiones como «¡hay que ver!» o «¡Jesús, María y José!» que, una vez traducidas por Julián al español común, nos hacían a los tres partimos de risa. Les enseñé varios relojes de cuco terminados y pintados, e hice funcionar el cuco de uno de ellos, que se asomaba a la puertecita, abría el pico y decía «cucú, cucú, cucú» tantas veces como fuera la hora correspondiente. «¡Jesús, María y José!», dijo Valentín cuando vio aparecer al pajarito, porque se había dado cuenta de que aquello nos hacía a todos mucha gracia. Luego les enseñé alguna de las figuritas de madera tallada que suelo hacer, y le regalé un ciervo a Gabriel y un gorila a Valentín.

—Qué curioso —me dijo Julián—, yo suelo venir bastante a la librería que hay al otro lado de la calle, pero nunca me había fijado en esta ebanistería.

—Ah, sí —le dije yo, deseoso de darme un poco de importancia—. Sabino, el librero, es muy amigo mío.

—Es una gran librería —dijo Julián—. Lo malo es que ¡hay siempre tanto humo!

El hecho es que a Julián le gustaron mis muebles, y me dijo que si no estaba muy ocupado le gustaría encargarme un cabecero de cama con dos mesillas, que llevaban meses y meses buscando por las tiendas y no les convencía ninguno, o bien eran ridículamente caros. Yo le dije que sí, que tenía tiempo (lo cual era una verdad a medias), y quedamos en que me acercaría al día siguiente a su casa para tomar las medidas correspondientes.

Y allí estaba yo, el hombre de madera, no vestido con mi mono azul y polvoriento como sería lo habitual, sino con ropas de calle, una chaqueta acolchada para el frío, pantalones de pana, casi vestido como para hacer una visita social, en la casa de Julián, avanzando por el pasillo lleno de libros (toda la casa estaba, de un modo o de

otro, llena de libros), un piso bastante grande, todavía con el olor y el aire de provisionalidad y las paredes medio desnudas de las casas nuevas, muy agradable, con las desiertas paredes pintadas de amarillo y un ramo de rosas rojas sin abrir recostado en el mostrador metálico de la cocina, y una habitación con una alfombra azul llena de juguetes que era donde debían de dormir los niños, y Julián tocaba en la puerta del dormitorio que había al final del pasillo y decía:

—¿Podemos entrar?

—Sí, sí —contestó una voz desde dentro.

Cuando entramos, ella, la mujer de Julián, estaba sentada en el borde de la cama terminando de ponerse las botas, unas largas botas de cremallera, y se incorporó al instante para saludarme y salir corriendo, porque llegaba tarde a trabajar. Verla allí de pronto me produjo casi un sobresalto. ¡Allí! ¡Su sonrisa, sus ojos, allí! Ella dijo mi nombre muy alegre, porque casi siempre estaba alegre, bulliciosamente alegre, y me besó en las mejillas, y luego salió al pasillo, donde los niños la asaltaron diciéndole a dos voces que no se fuera, que se quedara con ellos.

Porque aquella mujer no era otra que Matilde. Pero ¿cómo era posible que yo no supiera a estas alturas que Matilde era la mujer de Julián? En las reuniones de los jueves, ellos ni siquiera se sentaban juntos, ¿cómo iba a saberlo? Y sin embargo, debería haberlo sabido. Es una de esas cosas que cierto tipo de personas averiguan a los cinco minutos de entrar en una habitación, después de lanzar un par de miradas atentas a izquierda y derecha y aunque no les va ni les viene, y que otros ignoran como bobos durante semanas aunque sea lo que más les interesaría saber en el mundo.

Por supuesto, Matilde estaba casada, y vivía felizmente con su marido y con sus dos hijos. Dios mío, ¡qué bobo, qué ridículo me sentí! Todas mis ilusiones desvanecidas, todas mis fantasías de solitario caídas por tierra. ¿Cómo era posible que una mujer de su edad, tan hermosa, tan deseable, tan llena de vida, no estuviera casada? Claro que también podría haber estado divorciada: bien sabido es que los peores hombres abandonan a las mejores mujeres.

Cuando ponía una rodilla en el suelo y sacaba el metro y la libreta y me ponía a dibujar un esquema y a apuntar las medidas, me temblaban las manos. Me puse a hablar, a hacerle preguntas a Julián, a explicarle cómo podríamos hacerlo, las distancias, los tamaños que me parecían más adecuados, todo el rato diciéndome con una especie de asombro o de terror religioso que aquella era su alcoba, que en aquel armario de aire japonés que estaba en la esquina estaba toda su ropa guardada y colgada, que en aquella cama, bajo aquel edredón de cuadros rojos y anaranjados dormía ella todas las noches, que sobre una de aquellas almohadas ella reposaba la cabeza para soñar, que todo aquel cuarto debía de estar impregnado de su olor...

Matilde llamó a Julián desde la puerta de la calle para que la ayudara, porque los niños se habían agarrado a sus piernas y no la dejaban salir de casa, y de pronto me quedé a solas en el dormitorio, tan helado, tan extraño, como un pingüino en mitad

del Polo Norte.

Y era cierto que había una suerte de olor dulzón en aquella habitación, un olor como de flores, como de sudor, como de cuerpo, como de perfume, como de limpio, de jabón, de champú, de ropa recién planchada, de carne rosa, de rosa, de desnudez, de mujer, de vida, que debía ser solo mi fantasía, mi erotomanía desesperada de célibe absoluto. Unos visillos amarillos traducían la luz exterior en una especie de baño de luz de oro. En una percha de la pared había una bata azul celeste colgada, y dos zapatillas asomaban por debajo de la cama. En la pared había dos acuarelas de flores muy alegres, y sobre el zapatero, una escultura de arcilla pintada de colores de algún dios indio. Aquí, en esta habitación, era donde ella dormía, donde se desnudaba, donde se vestía, donde hacía el amor. Sobre esa colcha resplandecería su desnudo como una gran flor de nieve, y en aquel armario se guardaría toda su lencería, sus medias, sus faldas. ¡Dios mío, la obscenidad de los castos!

Cuando terminé de medir, le pregunté a Julián si querían un cabecero y dos mesillas, o bien un mueble con los tres elementos integrados en una pieza, y él optó por la segunda opción, y hablamos brevemente sobre tipos de madera, sobre estilos. Como casi todo el mundo, ignoraba que esos colores oscuros y satinados del cerezo o del sapeli se deben a la aplicación de tintes industriales. Le dije un precio, que le pareció demasiado bajo (y lo cierto es que apenas bastaría para cubrir el precio de la madera), pero finalmente aceptó, sin duda porque no era consciente de que le estaba ofreciendo una verdadera ganga. Me preguntó si me apetecía un café y yo dije que sí porque me resultaba imposible marcharme de aquella casa donde todo me intrigaba y donde se escondían todas las respuestas a todos los misterios.

Sí, la respuesta a todos los misterios, porque aquella casa estaba llena de libros, estaba llena de niños, estaba llena de amor. Fuimos los dos a la cocina, donde el ramo de rosas había desaparecido (sin duda Matilde se lo había llevado), y Julián puso la cafetera y un cazo de leche en el fuego.

Así fue cómo el mismo día que perdí el amor (claro está que era un amor que jamás había tenido y que jamás habría podido tener, por lo que sería quizá mejor decir que perdí la ilusión de un amor), gané una amistad.

SOLÍAMOS CHARLAR EN SU ESTUDIO, que era en parte suyo y en parte mío, porque fui yo quien fabricó las bonitas estanterías de madera de cerezo que cubrían dos de las paredes. Nuestra amistad se desarrolló con la misma facilidad que nuestros encargos. Primero me encargaron el cabecero y las dos mesillas para su cuarto, luego las estanterías del estudio, a continuación unas estanterías para el pasillo. Cuando terminé de instalar estas últimas, ejecutadas en madera de abedul que iba mejor con el color de las paredes, nuestros cafés conversados eran ya una institución.

Y en una de las ocasiones, he de confesarlo, crucé la raya. Estaba solo en casa de Julián y Matilde, terminando de colocar en su sitio un trozo de rodapié que había habido que cortar para que el mueble de la estantería encajara bien, y de pronto un pensamiento extraño me cruzó la cabeza. Esperé a terminar la tarea, con la vaga esperanza de que alguien apareciera en la casa y me salvara. Pero nadie apareció, no fui salvado. De modo que entré en el baño, me lavé las manos y luego me dirigí al dormitorio de Julián y Matilde.

Estaba lleno de la luz dorada filtrada por los visillos, que se mezclaba con el rosa palo de las paredes en una especie de rubor luminoso. Estaba todo inmóvil, la cama hecha, la bata azul celeste colgada de su percha, las puntas de las zapatillas asomando tímidamente por debajo de la cama. Abrí las puertas del armario, y hundí mis manos en la ropa de ella, en sus jerseys doblados, en sus vestidos colgados, en su ropa interior. Cogí un sujetador y unas bragas y los olí, triste de mí, pero no olían a ella, sino a limpio, a detergente, a ropa planchada. Y a pesar de todo me parecía oler como por debajo y remotamente, el aroma de su carne. Fui a la cocina y busqué en la cesta de la ropa sucia, sintiendo cómo me envilecía, cómo descendía por una larga escalera de escalones de plomo, cómo mis manos ensuciaban lo que tocaban. Encontré ropa de los niños, pijamas, camisas, y también unas bragas negras orladas de encaje, y en ellas pude oler por fin el perfume punzante del rincón más extenuante y secreto de su cuerpo, su olor de mujer, tan suave, tan familiar, tan narcótico. Pensé en robarlas, pero me dio tanta vergüenza, me sentí tan ridículo, tan vil, tan sucio allí arrodillado en mitad de la cocina y oliendo como un animal las prendas de una mujer que... y a pesar de todo, volví a olerlas con los ojos cerrados, fascinado de que el olor de su vulva fuera tan delicado y me resultara tan familiar, tan próximo... quizá porque era muy parecido a mi propio olor, quizá porque todos olemos de forma similar... quizá porque eso quería decir que era todo cierto, que yo la deseaba, que estaba enamorado de ella como lo están los hombres de las mujeres, y que aquel deseo era tan fácil como beber agua o morder pan, igual de evidente, igual de dulce... y el sexo, que a mí siempre me había resultado arcano y lleno de oscuros peligros, me pareció de pronto algo tan fácil como paladear un helado u oler una flor.

«¿Por qué no puede ser mía?» me pregunté. «¿Por qué nada puede ser mío? ¿Por qué tiene que disfrutarla otro todos los días de su vida? ¿Qué queda para el hombre

de madera?»

Pensé cosas absurdas, delirantes. Pensé escribirle a Matilde, y decirle que una sola vez, una noche... Pensé decírselo a Julián... ¿Sería verdaderamente imposible? ¿No podría una situación así como la mía contemplarse? ¿No podría yo conocer el amor una noche, para volver a ser célibe el resto de mi vida? ¿Qué les robaría a ellos, que tenían el amor todas las noches y todos los días y todos los minutos de su vida? ¿No podría yo disfrutar de la sombra de un árbol un día, no podrían ellos hacerme esa gracia, ellos los dueños del bosque? ¿Qué leyes estaríamos rompiendo? ¿Las de la amistad? ¿De veras sería Julián tan posesivo, tan ingenuo, tan anticuado como para creer verdaderamente que su esposa era «suya»? ¿Suya también en sus fantasías, en sus sueños, suya todos los minutos de su vida? No, era imposible que él no se diera cuenta de lo complicado, de lo rico que era todo. Riqueza incansable, efusión infinita de sentimientos, de posibilidades, de lugares en la gran trama del mundo. ¿Pretendemos concebir el mundo, cuando ni siquiera somos capaces de ver al mismo tiempo todas las rayas de nuestra propia mano? Todo nos sobrepasa. La vida es más rica que nuestros prejuicios y que nuestros ideales, y su exuberancia invade como los árboles de una selva todas nuestras convicciones y pone brillantes flores rojas en nuestros límites. Porque, al fin y al cabo, yo estaba vivo, ¿o no? ¿No era yo un ser vivo, una «persona» con un «cuerpo»? ¿Y no tenía derecho, entonces, a experimentar los placeres como experimentaba las agonías de aquel mundo? Y ¿no vamos todos a morir? ¿No somos acaso animales destinados a esa enormidad de la muerte? ¿Y no tenemos derecho a disfrutar de estos breves días igual que los colibríes disfrutaban de sus flores? ¿Acaso no deroga la muerte todas las normas? ¿Acaso no es esto una fiesta enloquecida que se celebra sobre la nada? ¿Una cena cuyas viandas son cenizas, niebla y sueño...?

NUESTRA BÚSQUEDA DE LA MONTAÑA tomaba formas sorprendentes. Aunque me he referido antes a nuestro ejercicio en El Corte Inglés como nuestro primer trabajo de campo, lo cierto es que nuestra primera verdadera expedición tuvo lugar unas semanas más tarde.

Fuimos en varios coches, un grupo bastante grande: Julián, Matilde, Joaquín, Bonifacio, Clara Luisa, Rosa, Josefina, Goyo, Cristina, Pedro, Jesús, Naila, Ángeles, Pierre, descendimos por la M-30 y nos desviamos por la Casa de Campo, entre los grandes pinos, entre los pinos piñoneros que siempre se inclinan un poco, como para pensar en los vastos cuentos de los que parecen surgidos. A pesar de que era por la mañana y un día de diario, había unas cuantas prostitutas a lo largo de la carretera que se adentraba en el parque y luego corría paralela a la autopista hasta una rotonda de la que partían varias carreteras, algunas de ellas cortadas. Seguimos en dirección al Puente de los Franceses, por donde todavía cruza el ferrocarril, y donde al parecer se desarrollaron algunas famosas batallas de la Guerra Civil, y luego giramos hacia el interior del parque, hasta llegar a un amplio *parking* de tierra cruda donde había unos cuantos coches y furgonetas aparcados (las furgonetas, supongo, debían servir como hoteles en miniatura). La carretera que continuaba hacia el interior había sido cortada con unos troncos y no era posible ir más allá. Al parecer, la policía ha cortado casi todas las carreteras que cruzan la Casa de Campo para evitar que se extienda la prostitución, y con la prostitución el crimen y las drogas, y ahora la Casa de Campo es una zona prohibida en cuyo interior solo se adentran los *joggers* intrépidos y las parejas ilícitas y florecen sorprendentes especies de pájaros que no pertenecen a la fauna local.

Varias prostitutas muy jóvenes, desnudas bajo sus abrigos, nos contemplaban desde el borde del camino. Eran casi todas negras o hispanas, pero también habíamos visto muchachas rubias al borde de la carretera, seguramente del este de Europa.

—Esto es tan extraño —dijo Julián mirando a las muchachas-flor con gesto divertido—. Cuando yo era pequeño veníamos a la Casa de Campo todos los domingos. Ahora creo que solo vienen los inmigrantes a jugar al fútbol y a hacer *picnics* alrededor del lago...

Todos nos sentíamos un poco raros allí, supongo. El Maestro no estaba, y era Joaquín el encargado de la expedición, cuyo objetivo era muy simple: ascender a la cima del cerro Garabitas. Al parecer, también el cerro Garabitas había sido escenario de sangrientas batallas en la Guerra Civil española.

Desde los coches aparcados unos cuantos hombres que tenían gesto de halcón o de lobo nos miraban con gesto de sospecha. Debían de ser los chulos de las muchachas que ofrecían su cuerpo al borde de la carretera. Creo que nunca había visto tan de cerca a una prostituta. Eran jóvenes y guapas, pero con algo duro, descreído y despiadado en sus ojos y en sus gestos. Una de las negras se había

quitado el abrigo y se paseaba por el borde del camino con solo un sujetador blanco que sostenía su pecho temblón y unas gruesas botas militares; no era un día muy frío, uno de esos días tibios y soleados de fines del invierno, pero de todos modos uno se preguntaba cómo podía resistir así desnuda. Las otras hablaban con ella y se reían, algunas se repintaban los labios, otras nos miraban con los brazos en jarras y sus abrigos entreabiertos, mostrando un seno colgante, la mancha oscura del pubis, como sin acabar de convencerse de que nosotros no fuéramos clientes. Y luego los altos pinos, las laderas cubiertas de hierba rala y de matorrales color verde grisáceo, las urracas volando calmosamente de unas copas a otras...

Pierre se había acercado a una de ellas, una muchacha de piel oscura y profundas ojeras moradas, bastante atractiva, y le pedía fuego. Luego le vimos que comenzaba a hablar con ella, y que la muchacha adoptaba un gesto profesional y le contestaba, y luego hablaba él, y ella reía y nos miraba, y negaba con la cabeza, y los dos fumaban calmosamente y exhalaban nubes de humo azulado, y luego ella se encogió de hombros y se dirigió, caminando lentamente, hacia uno de los coches aparcados, y Pierre se unió al grupo de nuevo.

—¿Os molestaría si viniera con nosotros? —preguntó—. Le he dicho que la queríamos contratar para toda la mañana.

—¿Para qué? —preguntó Clara Luisa, la profesora de pedagogía, con ojos de horror.

—Pero cómo se te ocurre... —comenzó a decir Joaquín, también horrorizado.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Julián—. ¿Para qué la contrataríamos, exactamente...?

—Tranquilizaos, por favor —dijo Pierre—. Si no os parece una buena idea, le digo que no hay nada de lo hablado y en paz.

—Estás loco —dijo Matilde.

—¿Es demasiado para vosotros? —dijo Pierre—. ¿Es demasiado fuerte? Le he dicho que íbamos a dar un paseo, y que si le apetecía venir con nosotros le pagaríamos por su tiempo.

—Pero lo que estamos haciendo es serio... —se quejó Joaquín débilmente.

—¿No buscamos experiencias que nos saquen de nuestro centro? —dijo Pierre—. ¿No era eso lo que buscábamos, *salir de nuestro centro*?

—Sí, pero no de cualquier manera —dijo Joaquín.

La muchacha de las ojeras moradas se acercaba de nuevo a nosotros caminando pausadamente, y sin molestarse en cerrarse el abrigo, a través de cuyas solapas se veía su ropa interior color violeta nítidamente dibujada sobre su piel color café. Le hizo una seña a Pierre, que se apartó del grupo para hablar con ella.

—Dice que diez euros cada uno, mas cien entre todos —nos comunicó Pierre un rato después.

—Sería la primera vez en mi vida que le pagaría a una prostituta —dijo Ángeles, que parecía muy divertida con este desarrollo surrealista de la expedición.

—Ya te digo —dijo Josefina, la madre de Matilde, que se moría por hablar—. ¿Lo estás diciendo en serio, que le paguemos a una prostituta para venir con nosotros?

—Todos os sentís muy superiores —dijo Pierre—. Todos consideráis que Margarita es indigna de caminar a vuestro lado.

—Es una prostituta, tío —le dijo Josefina—. A lo mejor tiene enfermedades.

—Pues usa un condón si quieres estar con ella —le dijo Pierre con suave desenvoltura.

—¿Margarita? —le preguntó Cristina divertida.

—Se llama Margarita, y es de Costa Rica.

Puede parecer sorprendente, pero todos sacamos nuestras carteras y le dimos nuestros diez euros a Pierre, que dijo que los cien extras los ponía él por habernos metido en el lío, y Margarita se vino con nosotros.

Todos íbamos algo apesadumbrados, porque Margarita no paraba de hablar y de reír. Nos hacía preguntas, nos preguntaba de dónde éramos, si teníamos hijos, en qué trabajábamos, y nos contaba historias de la Casa de Campo, de cómo las ambulancias del Samur pasaban por la noche para entregarles cajas de preservativos, y de los controles de la policía, cada vez más agobiantes. No era una persona sensible ni sabia, y cuando tuvo ganas de orinar se apartó unos metros para hacerlo, pero de todos modos orinó a la vista de todos, y a continuación se limpió con un *kleenex* que sacó del bolso y que luego tiró al suelo despreocupadamente. Así fuimos caminando ladera arriba y luego ladera abajo por entre las encinas y por entre el sotobosque de encinas de hojas grisáceas y ásperas, hasta llegar a una especie de valle lleno de largas hierbas agostadas, salpicado de encinas y de pinos, y fuimos subiendo hasta llegar a una pendiente bastante inclinada en la que había un pino que, por alguna razón, había crecido de forma horizontal. Según nos contó Julián, esta era la zona donde él solía venir con sus padres, y en aquel pino se subían su hermano y él y sus primos, y lo usaban como balancín, como barco pirata, como nave espacial. Subimos por la pendiente resbaladiza agarrándonos a los matorrales y llegamos a una zona de juegos infantiles y de toscas mesas de *picnic*, una amplia extensión en la que había un enorme depósito de agua rodeado de verjas metálicas muy oxidadas y ahora completamente vacío, y que según nos contaba Julián él recordaba siempre lleno de un agua verdosa y plomiza. Ahora estábamos al pie del cerro Garabitas, y parecía que comenzaba verdaderamente la ascensión. Pero el cerro Garabitas no era muy alto ni tenía apenas pendiente, y llegamos a la cima en unos diez minutos, caminando tranquilamente por entre los árboles y asustando a nuestro paso a las bandadas de extraños pájaros que vivían ahora en el parque prohibido: especialmente cotorras verdes y chillonas, que volaban entre los pinos en abundantes bandadas, y también urracas, y también una especie de pájaro de patas largas y oscuras y finas alas azuladas que ninguno de nosotros supo identificar, y que emitía una especie de chillido agudo y tristísimo. A estas alturas, Margarita había quedado completamente

callada y como poseída por la melancolía, y caminaba a rastras, sin la menor gana, murmurando cosas en voz baja y apartándose insectos de la cara, aunque era invierno y casi no había insectos. Julián me señalaba las ondulaciones del terreno y me explicaba que eran los restos de las trincheras, y nos explicaba además que cuando él era niño todavía había *bunkers* de hormigón en la casa de campo, lugares hediondos llenos de excrementos y de basura, y que también era fácil encontrar viejos casquillos de balas entre la espuma de los pinos. Y siempre había la leyenda de un obús enterrado en algún sitio, o de alguna granada sin explotar.

Cuando llegamos a lo alto del cerro, todos estábamos en silencio. Joaquín, hombre precavido, sacó un par de sándwiches de su mochila y se apartó discretamente para comérselos tranquilo y sin tener que ofrecer a nadie. Eran sándwiches de Rodilla, de cangrejo y de queso azul supongo, sus dos favoritos. Julián, Matilde, Clara Luisa, Rosa y otros cuantos más, se sentaron en círculo sobre la hierba fría y se pusieron a meditar, o lo que es lo mismo, a intentar meditar. Era un día agradable, con sol tibio, sin viento, un día de paz absoluta solo rota por el rumor lejano de la M-30 y por los gritos desgarrados de las promiscuas cotorras, y ahora por el sonido del tren que pasaba por el extremo de la Casa de Campo dirigiéndose a toda velocidad hacia el Puente de los Franceses, como trazando la linde que separaba el bosque de la ciudad, y desde allí arriba, más allá de las vías del tren y de la autopista y del río invisible que separaban de forma invisible el parque de la ciudad, se veían los edificios de la Ciudad Universitaria, y la catedral de la Almudena, y el Palacio Real.

Yo no sentía el menor deseo de ponerme a meditar, y me alejé caminando, sin rumbo fijo, sin propósito, y comencé a descender por la ladera opuesta, dejándome llevar por las insinuaciones de la brisa y el azar de los matorrales y los taludes embarrados. Me habría alejado unos trescientos metros del lugar donde estaban los demás, en dirección a la vaguada densamente arbolada que había más allá, cuando sentí de pronto unos pasos a mi espalda, y una voz. Me detuve, y enseguida vi aparecer a Margarita, que descendía con dificultad por las pendientes embarradas a causa de sus zapatos de plataforma.

—Espera, no corras tanto —me dijo.

—¿Qué pasa? —dije volviéndome.

Ella se me acercó por la sombra de los árboles jóvenes que cubrían esa parte de la ladera, mirándome con su sonrisa triste. Olía a perfume fuerte, pero a pesar de todo no era un olor desagradable. Para mi gran sorpresa, apoyó la palma de la mano en mi entrepierna, y aquel contacto tampoco era en absoluto desagradable.

—¿Qué, hombretón? —me dijo mirándome con ojos insinuantes—. ¿Que no te has alejado del grupo porque querías estar conmigo?

—No, me he alejado porque quería estar solo —le dije, intentando no ser grosero.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces, ¿para qué me pagaron? —dijo ella, apartando la mano—. Si nadie quiere hacer nada, ¿para qué me pagaron?

Estábamos los dos en la sombra de los árboles, en medio de la hierba amarilla, en medio del canto de los pájaros salvajes de la Casa de Campo. A lo lejos se oían los gritos de un partido de fútbol que se estaría desarrollando en alguna de las explanadas que hay cerca de la vía del tren. Ahora el tren se oía cada vez más lejano, y los cantos de los pájaros y los distantes gritos de los jugadores cada vez con más claridad.

—Es complicado de explicar —le dije—. Estamos buscando una montaña.

—¿Una montaña?

—Sí.

Entonces oímos rumor de pasos que se acercaban. Nos quedamos callados. En seguida le vimos aparecer en lo alto de la cuesta: era Goyo.

—Ah, perdón —dijo Goyo cuando nos vio.

—No, no, ven —le dije yo—. Estamos hablando.

—¿Y qué tengo yo que ver con una montaña? —dijo Margarita, mirándonos a uno y a otro.

—La próxima vez, al Pardo —dijo Goyo, comido por la frustración—. Y luego a la Pedriza. Y así, poco a poco, acabaremos en el Everest.

—El cerro Garabitas no es una gran montaña —dije yo.

—Ya te digo —dijo Goyo, que estaba fastidiado y desilusionado en grado sumo—. Si no fuera por... Tío, Esteban, yo creo que ya no vuelvo. Esto es para viejas, no es para mí. El cerro Garabitas, tío...

—¿Tú tampoco quieres hacer nada? —le preguntó Margarita.

—No, preciosa, no —le dijo Goyo mirándola con el ceño fruncido, y después de entender el verdadero sentido de sus palabras—. Margarita, ¿no?

—Sí, Margarita.

—Yo soy Goyo —dijo él dándole la mano—. Encantado.

—Encantada.

—Y qué —dijo Goyo señalando al lugar de donde veníamos—. ¿Qué tal se da aquí?

—Bueno... —dijo ella—. Se hace lo que se puede.

—Duro, ¿no?

—Hay cosas peores —dijo ella.

—Dime una.

Ella soltó una carcajada.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Goyo, que debía haber reconocido alguna inequívoca señal maternal en el cuerpo de la mujer, una señal que quizá fuera evidente para cualquiera que no fuera vuestro tímido, inexperto hombre de madera.

—Dos hijos —dijo ella—. Me los cuida una amiga.

—¿Y tu amiga?

—Nos turnamos, vivimos tres amigas juntas, las tres tenemos hijos... Nos

turnamos. Las tres trabajamos aquí.

—Joder —dijo Goyo—. Qué vida más puta.

—¡Sí! —dijo ella—. Eeso es verdad.

Los tres reímos. Luego, regresamos a donde estaban los otros. Goyo le dijo a Margarita que si sabía que tenía derecho a llevar a sus hijos al médico si se ponían enfermos, y que no se preocupara si no estaba legal, porque los niños tenían cobertura médica aunque los padres no fueran legales. Yo estaba absolutamente asombrado. Goyo hablaba con aquella mujer como si fuera una persona, y hasta el momento era el único de todo el grupo que había hecho una cosa parecida.

—¿En Costa Rica trabajabas de lo mismo? —le preguntó.

—No, mi hijo —dijo ella—. En Costa Rica no trabajaba de lo mismo.

—Perdona si soy muy curioso, ¿eh? —le dijo Goyo.

—En Costa Rica trabajaba en una fábrica.

—Y ahora tienes que pagar una deuda.

—Sí, mi hijo, una deuda enorme, pero cuando la acabe de pagar... dentro de dos años, ya seré libre...

—¿Y entonces?

—Lo que gane será para mí. Casi todo para mí.

—Pero ¿seguirás haciendo lo mismo?

—Claro, mi hijo. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

—Puedes buscar un trabajo —le dijo Goyo.

—Ya tengo un trabajo —dijo ella.

Nos dijo que ya se volvía, que no podía retrasarse más. Entonces Clara Luisa, sin perder nunca su sonrisa encantadora, le recordó que la habíamos pagado por estar con nosotros toda la mañana y que no tenía derecho a irse, y Josefina, la madre de Matilde, dijo que estaba de acuerdo. También Rosa dijo que aquello no era lo pactado. Margarita las miraba con una maravillosa expresión de ironía en su bello rostro latino, mulato, indio, negro, oriental. Sin hablar directamente con ella sino refiriéndose a ella en tercera persona como si no estuviera allí presente, Clara Luisa sugirió que Margarita nos devolviera los cien euros extra que nos había pedido, ya que no había cumplido con su parte del trato, y ella dijo que no pensaba devolver nada, que éramos una pandilla de bichos raros y Goyo salió en su defensa, dijo que aquella mujer tenía cosas más importantes que hacer que estar con nosotros perdiendo el tiempo y que la dejáramos en paz, que bastante liada tenía ya su vida.

—Así es imposible meditar —protestó Julián—. ¿No podríais callaros un poco?

—No sé si hemos venido aquí a meditar —le dijo Pierre suavemente.

—A lo que no hemos venido es a hacer el indio —le contestó Julián, ya francamente irritado—. No sé cómo se te ha ocurrido lo de contratar a esa chica.

—Ha sido una idea repentina —dijo Pierre—. Yo no me pregunto de dónde vienen esas ideas repentinas. Simplemente, las sigo.

—Pero este trabajo es serio —dijo Joaquín, tan afectado, tan pálido, tan

transfigurado por la desilusión que no podía casi ni hablar—. Para mí, por lo menos...

—Yo lo que digo es que esos cien euros debería devolverlos —insistió Josefina—. Es que si no, es una tomadura de pelo...

—Yo no le devuelvo nada, señora —dijo Margarita, marcando mucho la palabra «señora».

Cuando se fue por fin, todos nos sentíamos mal, ligeramente revueltos, como si de un modo o de otro no hubiéramos dado la talla. Nos sentíamos ridículos, que es lo peor que puede sentirse un buscador de la Montaña. Sentíamos que aquella primera ascensión, que tan fácil nos había parecido en un principio, había terminado siendo un fracaso estrepitoso. Hablamos poco en el camino de vuelta, y creo que todos nos sentíamos furiosos los unos con los otros. Buscábamos la Montaña de las Montañas, la cumbre más alta de la cordillera más lejana, y ni siquiera éramos capaces de ascender el cerro Garabitas.

ALGUNAS VECES, EN LAS TEMPRANAS horas de la mañana, la nostalgia de la Montaña se hace casi insoportable. La ascensión al cerro Garabitas tuvo la virtud, según creo, de mostrarnos a cada uno de nosotros nuestra debilidad principal y de hacernos comprobar lo evidente y lo frágil que era nuestra máscara. Los secretos más íntimos de nuestra alma se asoman siempre a nuestros ojos, donde quedan a la vista de todos. Es el maquillaje lo que mejor revela nuestra verdadera edad, y nuestros modales delicados los que más claramente anuncian la íntima vulgaridad de nuestra alma.

Cuánto hablamos siempre, cuánto nos quejamos por todo, cuánto nos esforzamos por explicar las cosas, qué elocuentes somos siempre para intentar expresar esa grandeza que nadie nos reconoce, pero luego morimos, uno tras otro, todos morimos, y entonces nuestras palabras quedan sonando como esa espuma amarillenta que bate una y otra vez en las playas desiertas en las que no hay nadie más que el viento, las gaviotas y los restos desvencijados de antiguos naufragios. Cuánto sufrimos inútilmente, cuánto lloramos inútilmente.

El descubrimiento de que Julián estaba pasando por una depresión me impresionó profundamente, ya que para mí él era el parangón de los hombres afortunados. Él me dijo que, en efecto, llevaba arrastrando aquel estado desde hacía unos meses o unos años y que finalmente, tras la aparición de su tercer libro, todos los diques de contención se habían roto. Se pasaba el día pensando en el fracaso: fracasado, fracasado, fracasado, esta era la palabra que oía en el interior de su cabeza de la mañana a la noche. ¿Por qué? ¿Porque su tercer libro había vendido menos de cuatrocientos ejemplares? La idea de que a lo mejor debería tener un poco más de paciencia parecía enfurecerle todavía más.

—¿Paciencia? —me chilló casi cuando me atreví a decirle lo que pensaba en voz alta—. ¿Cuánta paciencia? ¿Cuánta paciencia más?

—Eres joven todavía —le dije.

—No tengo más paciencia —me dijo—. Tampoco tengo más esperanza. No tengo esperanza, y no tengo tampoco fe en mí mismo. Y entonces, ¿qué queda?

—El amor —dije yo, algo tontamente.

—¿El amor? —dijo él con gesto de resentimiento—. ¿El amor? ¿Qué amor?

—Tu vida está llena de amor —le dije—. Tienes a tu mujer, tienes a tus hijos...

—Sí, pero eso no basta —dijo él—. Soy un maldito hijo de puta lleno de ambiciones mundanas, un cabrón deseoso de honores, lo reconozco, lo veo en mí, pero ¿qué puedo hacer? Es lo que mi alma desea, es lo que deseo desde que era un niño, lo que me ha movido a través de todos estos años...

—¿El deseo de fama? —dije yo con incredulidad.

—No la fama a cualquier precio —dijo—. La fama por haber hecho algo grande. No la fama, ¡la gloria!

—¡La gloria! —repetí arrebatado y caso sobrecogido por esta explosión de sinceridad—. Pero a veces llega después de muerto.

—¡No, no, eso no me interesa! Quiero la gloria ahora, la gloria, la admiración, el reconocimiento, esa mierda es lo que mi alma desea, ese veneno, Esteban...

—Pero... pero el Club... —comencé a decir tímidamente.

—Sí, claro, los Buscadores de la Montaña pretenden ir más allá del ego, librarse de las cadenas de la identificación para encontrar al doble de luz, a ese al que llamamos el otro *que sigue caminando*, pero eso ¿cómo puede hacerse? ¿Cómo puede hacerse, Esteban?

—No lo sé.

—Estamos en el Valle de las Lágrimas —dijo Julián con pasión—. Pero estamos allí, hundidos en la sombra, no es una metáfora, *es la verdad desnuda*. Y la única manera de salir del Valle del Dolor es recorrerlo, vadear sus ríos oscuros, atravesar los parajes embarrados... La única forma de librarse del deseo es saciarlo. La única manera de ir más allá del mundo es atravesar el mundo. ¿No es esa la razón por la que hemos venido aquí?

—Vamos, Julián —le dije yo, tímidamente—. Ya sabes que eso no es cierto. La saciedad de los deseos no existe. Uno se muere deseando...

—Claro que existe —dijo Julián—. Yo he saciado unos cuantos, y me he librado de ellos. Pero uno no puede mentirle a su alma y decirse «no, en realidad no deseo nada, soy tan elevado, tan espiritual...». Como esos curas que juran el celibato y acaban manoseando a los niños... Los que intentan ser sublimes siempre terminan siendo ridículos. Tenemos que ser lo que somos, vernos como somos, atrevernos a ver lo que realmente somos, y comenzar a partir de allí... Yo podría mentirme y decir a los otros que en realidad no deseo la fama ni la gloria, que sé perfectamente que la felicidad nunca puede provenir del exterior ni de las circunstancias, pero estaría mintiendo porque sí deseo la fama y la gloria... No la fama por la fama, sino la fama por haber creado algo hermoso, algo sólido y perdurable como una roca que resiste los embates del mar... una obra... una obra hermosa, en la que otras personas puedan reconocer también su tristeza y su miedo, y saciar su deseo de armonía, y *recordar la felicidad*...

—Pero eso llegará —le dije yo—. Es simplemente que no ha llegado todavía, pero no debes desesperar.

Él negó con la cabeza, perdido en el país de helechos grises de su desilusión gigantesca.

—Tres novelas, tres fracasos —dijo—. Veinte años perdidos.

—¡Veinte años! —me sorprendí yo.

—Mira, Esteban —me dijo—. Todo lo que yo deseo hacer en la vida es escribir. Si no puedo escribir, entonces vivir no me interesa.

Algo más tarde, Matilde me explicó la razón de la desesperación de Julián. Al parecer acababa de recibir la liquidación de su última novela, que se había publicado

a principios del año anterior. Los editores mandan las liquidaciones en los tres primeros meses del año, y en estos documentos se refleja la cantidad de libros vendidos, de ejemplares regalados a instituciones, para promoción, etc., así como el estado de las finanzas, que siempre suele ser negativo para el autor. Al parecer, la tercera novela de Julián, en la que él había puesto tantas expectativas, había vendido, en el año de su lanzamiento, la cantidad de 392 ejemplares, y aquello había bastado para hundir a mi amigo en la desesperación.

—Él había puesto mucha fe en ese libro —me explicó Matilde—. Es un libro precioso, y está escrito de manera que puedan leerlo todo tipo de lectores, hasta los niños... Sus libros anteriores eran más difíciles, más raros, pero este... Julián pensaba que iba a ser un éxito...

—Le veo muy desanimado —dije yo.

—Sí, los dos lo estamos —me confesó Matilde.

Yo no acababa de entender la razón de tanto desánimo. Aquello era, al fin y al cabo, solo una parte de la vida, algo relativo al trabajo, a la profesión. ¿Cómo podía afectarles tanto?

[19]

¿Y MI DESEO, MI DESEO SECRETO? ¿Cuál era el deseo secreto del hombre de madera? Yo siempre me había dicho a mí mismo que mi deseo secreto, secreto y público, grande y pequeño, mi deseo abrasador y único, era convertirme en una verdadera persona, igual que Pinocchio quería convertirse en un niño de verdad, igual que Sócrates quería conocerse a sí mismo, pero si algún día encontrara el camino de la Habitación de los Deseos, ¿qué sería lo que mi alma pediría?

¿Riqueza? ¿Poder? ¿Mujeres? No, solamente una mujer, solamente el amor de una mujer. Y ni siquiera el amor, porque nadie puede forzar el amor de otro. Simplemente su cuerpo. Yacer con ella. Hacerla mía, aunque fuera solo una noche, una noche de vino y rosas en medio del gran silencio de los quásars y la lenta floración de las estrellas de neutrones, una noche como un gran grito de amor en medio de las nubes de polvo de millones de años luz que se extienden en el vacío del cosmos, una noche en que nuestros cuerpos se encontraran, se conocieran, se destruyeran, se desfloraran, se fundieran, y se separaran sabiendo (al menos el mío) que nada más habría ya que esperar ni que amar ni que gustar en el camino que conduce al final de la vida y a la sima de los huesos y a la evaporación y al olvido... Y por esa noche de amor, yo estaría dispuesto a dar... ¿qué? ¿Mi juventud, que desaparece como arena entre los dedos? ¿El alma que no tengo? ¿Toda mi esperanza? ¿Toda mi luz? ¿La eternidad? Sí, yo creo que lo daría todo gustosamente, y luego otra vez todo, y otra vez más, y si tuviera un planeta atado al extremo de un hilo de oro lo daría también, y si tuviera el secreto de la muerte lo daría también, y otra vez lo daría con tal de lograr que mi forma se encontrara en su forma, el metal líquido en su cairel profundo, la ola en el seno de su océano, la semilla en la inmensidad de la historia del perfume de su flor...

HE HABLADO, UN TANTO AL DESGAIRE, del concepto del «otro que sigue caminando», y lo he dejado por ahí colgando igual que uno de esos genios que, en las pinturas chinas, descubrimos de pronto paseando por lo alto de una nube, ajenos al delicado caos de tinta aguada (que representa la lluvia o, quizá, una cascada) que emborrona, por debajo de sus plantas flotantes, el paisaje del valle.

El «otro que sigue caminando» viene de un poema que para Julián tenía una importancia casi excepcional, «El pabellón del vacío», que es el último poema del último libro de Lezama Lima, que se llama, muy adecuadamente, *Fragmentos a su imán*. En el poema de Lezama, solo cuando uno encuentra el vacío es posible liberar al otro que sigue caminando. El vacío es descubrir la zona vacía dentro de uno mismo y también descubrir que uno mismo no es sino un vacío. En este poema, según me explicó Julián, Lezama se eleva hasta las más altas cumbres místicas y casi va, él solo y guiado por la sola fuerza de su genial intuición mitopoética, más allá del budismo. Porque el budismo, especialmente el Zen, tiende a quedarse en el vacío: establece un culto a la vaciedad que es también un culto a la paz y a la Verdad en su forma más universal, más pura, más pacífica, pero olvida, o parece querer olvidar, que al alcanzar el vacío se produce precisamente la aparición del otro que sigue caminando.

No puedo decir que yo entienda del todo esto que estoy escribiendo.

—Los que identifican el yo con la mente creen que al detener la mente debería cesar toda noción de «yo» —me explicaba Julián—. El ideal de la meditación, que consiste en detener la mente, estos ignorantes cartesianos lo identifican con el estado vegetativo o, incluso, con el sueño. Lo que no saben es que solo cuando la mente se detiene puede, verdaderamente, aparecer el yo. Porque mi yo no está hecho de pensamientos, y es solo cuando se detienen los pensamientos cuando aparece el yo.

—¿No está hecho de pensamientos? —pregunté yo, sorprendido.

—Hay un yo hecho de pensamientos —dijo Julián—. Pero no es el verdadero yo. No es, en verdad, nada más que un agregado de pensamientos, como una pelusa, que no es más que un agregado de pelos y suciedad, y al soplarla se deshace completamente.

—Todo esto es muy importante, ¿no? —pregunté yo, poseído por un extraño latido, contagiado por la resonancia casi hipnótica de las palabras de Julián.

—Esto es el centro de todo —dijo Julián—. Esto es lo más importante. No tenemos yo. Es decir, tenemos un yo, pero jamás lo experimentamos. El yo que experimentamos es un mero agregado de sensaciones, irritaciones nerviosas, recuerdos, ideas, pensamientos. Es como una gran pelusa que va creciendo y creciendo hasta que toma la forma de un hombre, y tiene hasta ojos, dos ojitos negros y brillantes, y pelo, y una pipa en los labios, y se sienta en el centro del sofá para ver la televisión y comer pasteles, y allí le tenemos a nuestro hombre feliz, hombre dignísimo que vuelve del banco todos los días con el periódico doblado en dos debajo

del brazo y resopla como dulce marsopa tropical cuando entra en casa y luego se quita los zapatos y se sienta en su sofá, y viene su dulce esposa taconeando por el pasillo, pletórica de noticias de la jornada, y él admira sus piernas sonrosadas y piensa con pereza en hacerla rodar sobre la cama, con lascivia piensa en olisquearla y en besarla aquí y allá pero enseguida la pereza lo vence, se dirige a la cocina, y ambos escuchan los *Estudios Sinfónicos* de Schumann en la radio, que les encantan a pesar de que no entienden una palabra de música, y este hombre ideal, este prócer, quizá sea ministro, y su dulce esposa quizá sea directora gerente de una cadena de grandes almacenes, y quizá tengan niños, y él tiene una preocupación secreta porque unos días atrás estuvo donde no debiera y ahora tiene un picor sospechoso y rabioso en aquellas partes de las que no se habla abiertamente y ella, su dulce esposa, le mira con cara de revolcón, quizá ya escamada por la poca atención que le presta su amorcito en los últimos tiempos, quizá deseosa, llena de efluvios de la primavera que entra por la ventana, lasciva, con grandes palomas que llenan todo de cagarrutas amarillentas, y la vecina esa, una mujer mayor, de cabellos blancos, totalmente enloquecida, siempre vestida con una bata que ya se trasparenta de gastada y devota de las palomas, a las que alimenta desde su ventana, y el zureo de las palomas, el olor de la madreSelva, las glicinas en flor, la primavera en fin, y entonces él propone salir a cenar fuera, el ilustre prócer, desesperado por rascarse, tan desesperado que piensa incluso en decirle a su dulce esposa lo que le sucede (y una voz interior, compuesta por cierto por innumerables amigos y amigotes y compañeros de trabajo y compañeros de faena y subordinados y coordinados le grita que no, que eso jamás, que a la esposa jamás hay que contarle nada, que hay que resistir como un hombre esas ganas de contárselo todo que le pueden asaltar a uno en ciertos momentos de debilidad o de picor malsano o de culpabilidad enfermiza), y todos, el ilustre prócer, la esposa deseosa, los amigos y amigotes, la sacerdotisa del templo de Venus, la anciana colombófila, todos ellos, no son más que pelusas, grandes pelusas con forma de personas, en el país de las pelusas, en el planeta de las pelusas, y bastaría un soplo al maridito sentado en medio del sofá para convertirlo en un montón de pelusas y un soplidito para convertir a la esposa que avanza por el pasillo taconeando para convertirla en un puñadito de pelusas, y a la suripanta contagiosa, y la anciana promotora de los ácidos ornitológicos, todos pelusas, y tú y yo, pelusas que han ido creciendo con los años hasta llenar los zapatos, los calcetines, los pantalones, las camisas y lograr un cierto aplomo, una cierta prestancia, pero pelusas nada más...

Yo estaba asombrado, porque nunca le había oído hablar así.

—Eso es lo que hace el Maestro —continuó Julián—, se acerca a nosotros y nos sopla. Suavemente, delicadamente, pero nos sopla, e inmediatamente la pelusa se deshace y nos miramos la mano y empezamos a ver a través...

—Pero todavía hay esperanza... —dije yo.

—Claro, porque cuando toda la pelusa cae, entonces algo mágico sucede... Aparece otro que sigue caminando... Caminando ¿hacia dónde, amigo Esteban?

Caminando hacia la Montaña del Alma, claro está.

—¿Sí? ¿Es eso lo que sucede cuando cae la pelusa?

—Sí... pero no es tan fácil... hace falta un largo soplido, un soplido mantenido durante largo rato... y todo es inútil si uno mismo no puede verlo... somos pelusa, pero nos creemos reales...

Esa noche, en mi casa, tumbado en la cama con el pijama puesto y con la luz de la mesilla encendida, me puse a observar la palma de mi mano. Siempre me fascinan todas esas rayas entrecruzadas que, tal como supongo, no han de significar nada en absoluto, pero me fascinan de todas formas porque a uno le cuesta imaginar que la naturaleza gaste tanto esfuerzo en crear y mantener a lo largo de tantos años algo que no signifique nada en absoluto (claro está que si las rayas de la mano esconden algún código secreto o mensaje en clave, ¿por qué no las piedras de los ríos o las nervaduras de las hojas?, ¿por qué no los dibujos de las alas de las moscas o las telas de todas las arañas del mundo?, ¿por qué no las laminillas de las setas y las anfractuosidades de la roja corteza de los pinos?), y entonces de pronto me descubrí a mí mismo soplando suavemente en la palma de mi mano, soplando, soplando, y como esperando a ver cómo la pelusa de la que yo estaba hecho comenzaba a volarse en vaporosos fragmentos grises...

Y sin embargo... ¡Mi mano parecía tan sólida, tan real!

UNA TARDE, EL MAESTRO PRONUNCIÓ un discurso en la Sociedad Teosófica de Madrid, y nos invitó a todos a asistir. El título de su discurso era «Las relaciones sexuales en la época de la física cuántica», un tema bien sugestivo que arrancó más de una sonrisa y un enarcamiento de cejas a los miembros del Club. La convocatoria era el siguiente miércoles a las seis y media de la tarde, y el Maestro nos sugirió que fuéramos bien vestidos, ya que los teósofos son, al parecer, muy atildados en su apariencia. Chaqueta y corbata para los hombres no era obligatorio, pero sí recomendado.

La mañana del miércoles, cuando aparecí en la librería con mi traje nuevo y una corbata en la mano como una serpiente muerta, a Alicia casi le da un síncope. Sara, la mujer de Sabino, estaba esa tarde allí también, fumando como siempre, aunque ella nunca va más allá de los cigarrillos sin filtro. Sara es francesa, y a pesar de que lleva media vida en España, todavía tiene un suave, agradable acento francés cuando habla.

—¡Esteban! —me dijo, acentuando mi nombre en la última sílaba—. ¿A dónde vas tan elegante?

Pero yo iba, pobre de mí, a que Sabino me ayudara a hacerme el nudo de la corbata. Sabino se hizo el nudo sobre sí mismo, y luego me entregó la corbata diciéndome que tirara simplemente del lado más corto para ajustármela. Y allí estaba yo, vuestro hombre de madera, vestido como si de verdad fuera una persona. Les expliqué que iba a una conferencia de un amigo y, quizá por ir tan elegantemente trajeado y encorbatado, perdí mi timidez habitual y les dije que la conferencia se iba a celebrar en la Sociedad Teosófica y que el tema era «Las relaciones sexuales en la época de la física cuántica».

Alicia y Sabino se quedaron mudos y boquiabiertos. Y al instante, Alicia dijo que le encantaría ir, que el tema le interesaba mucho, y le pidió permiso a Sabino para salir un poco antes esa tarde. Sabino le dijo que por supuesto, que se fuera, que le daba rabia no poder ir él también. Esto lo dijo en broma, supongo; no estoy seguro de entender siempre el sentido del humor de Sabino y a menudo me confundo, sonrío estúpidamente o me escandalizo, solo para darme cuenta, un segundo más tarde, de que Sabino está hablando en broma y que yo he picado una vez más.

—Tendrás que ponerte elegante —le dije a Alicia—. Y sé que no te gusta.

—Me pondré elegante —dijo Alicia—. ¿Cómo de elegante?

—Te compras un vestido y unos zapatos —le dijo Sara—. Y te vas a la peluquería. Es fácil. Es una magnífica oportunidad para que renueves un poquito tu guardarropa. Una chica tan preciosa como tú...

—Pero si yo no tengo un duro —dijo Alicia.

—Ah, no, reivindicaciones laborales ahora no, ¿eh? —dijo Sara con su acento francés—. Que yo te acompañe si quieres.

—Pero no conozco ninguna peluquería por aquí —dijo Alicia.

—Venga, cariño —le dijo Sara—, tú no conoces ninguna peluquería en ningún sitio. Hay una maravillosa en Apodaca, a diez minutos de aquí. Llamamos ahora mismo para ver si tienen sitio.

—Cojonudo —dijo Sabino—. Fiesta para todos. Cerramos la librería.

—Esteban —me dijo de pronto Alicia poniéndome la mano en el brazo—. Ni siquiera te he preguntado si te importa que vaya contigo...

—Claro, encantado —dije yo.

—Claro, pobre, ahora qué vas a decir.

La verdad es que aquello era muy extraño. ¿Por qué había decidido Alicia de pronto que todo lo que deseaba en el mundo era ir a la Sociedad Teosófica a escuchar una conferencia sobre «Las relaciones sexuales en la época de la física cuántica»? ¿Por qué Sara y Sabino la habían animado tanto a que lo hiciera? ¿Por qué había decidido Alicia en un segundo comprarse un traje, irse a la peluquería, cambiar todos sus hábitos de vida, y solo por una curiosidad repentina, por un color extraño que entra en la periferia del campo de atención? ¿Por qué nadie había hecho ningún comentario jocoso o irónico, o algo peor, al oír el absurdo título de la conferencia o al enterarse de que se iba a pronunciar nada menos que en la Sociedad Teosófica, uno de los centros más notorios del esoterismo de Madrid, que para Sara y Sabino debía de ser lo mismo que nombrar la guarida del propio Satanás? ¿Por qué de pronto a todo el mundo le parecía normal que el hombre de madera se vistiera como un petimetre para asistir a una conferencia en un centro ocultista? Sin duda Sabino y Sara habían decidido echarle una mano a su desesperada empleada, con la que tenían una relación ya como si fuera de la familia, y habían decidido animarla a que saliera y a que conociera personas nuevas y nuevos ambientes.

El hecho es que esa tarde a las seis me pasé por la librería y allí estaba Alicia con su traje nuevo, un traje oscuro, muy sencillo, y con medias y con unos zapatos nuevos, y con un peinado de peluquería bastante discreto y que le sentaba muy bien y los labios pintados de color carne, totalmente desconocida, con un collar de bisutería sobre las clavículas y unos aros dorados en las orejas, más alta de lo habitual ahora que llevaba tacones, un chicle en la boca como para no olvidar su viejo yo, un destello de juego y de aventura en sus ojos adormilados, los dos ligeramente violentos, los dos entrando en un taxi, ella con una chaqueta entre las manos, los dos contemplando el paisaje de las calles a través de las ventanillas del taxi como si estuviéramos en una ciudad nueva, el Madrid de nuestro nuevo yo recién estrenado. Es probable que ni ella misma supiera lo hermosa que estaba con aquel peinado, con aquel traje: ni su mirada y ni sus gestos traicionaban esa placidez gatuna que suelen tener las mujeres atractivas, y yo la sentía incluso un poco intimidada, quizá incluso un poco incómoda al ir tan elegante.

Hicimos una entrada razonablemente espectacular en el Salón de Actos de la Sociedad Teosófica, situado en un tercer piso de uno de esos majestuosos edificios de techos altísimos del barrio de Salamanca. Casi todos los del grupo estaban ya allí,

sentados en las primeras filas o charlando de pie y bebiendo las bebidas suaves que se prodigan en la Sociedad Teosófica, agua mineral, zumo de fruta, té verde o infusión de maravís. Yo iba presentando a Alicia a todos los miembros del Club con que me encontraba, con la ilusión de que a ella le cayeran todos tan bien que luego deseara unirse a nosotros. Al final nos quedamos los dos charlando solos en un rincón.

—Conoces a mucha gente en la Sociedad Teosófica —me dijo Alicia mirándome con un cierto asombro.

—No, no, aquí es la primera vez que vengo. Todos estos que te he presentado son de... bueno, hay un grupo con el que me reúno los jueves...

—Ah, el grupo de amantes de la montaña —me dijo Alicia.

—Sí, exacto —dije—. Pero no es exactamente un grupo de amantes de la montaña.

—Ah, ¿no?

—No, no —dije yo, ya peleándome con las palabras—. Es más bien...

A nuestro alrededor todo el mundo se sentaba ya, y las conversaciones se iban apagando. Alicia y yo nos sentamos en unos asientos libres de la última fila y enseguida apareció el Maestro y una dama con el pelo blanco que sería, sin duda, la encargada de presentarle. El Maestro iba con un traje gris y una corbata azul oscuro y tenía un aspecto ciertamente poco romántico. Parecía algún funcionario con un trabajo tedioso de algún país latinoamericano, alguien acostumbrado a revisar formularios y a lanzarlos distraídamente a la bandeja de salida después de estampar en ellos un sello de tinta color sepia. La mujer del pelo blanco le presentó como «nuestro conferenciante de esta noche», el «maestro» Sebastián Hirschner, un hombre cuyo compromiso con la búsqueda de la verdad había servido de inspiración a muchos y, ella esperaba, nos serviría de inspiración también esa noche a todos los presentes.

ESA NOCHE, ALICIA Y YO VOLVIMOS en un taxi. Ella vivía muy cerca de la librería, apenas a un par de calles de distancia de mi taller y de mi hogar, y a los dos nos inquietó levemente (según creí presentir) enterarnos de que éramos vecinos.

—¿Te apetece subir un rato? —me dijo ella cuando el taxi se detuvo frente a su portal—. No es tan tarde. Te invito a un té.

Lo único que yo deseaba era volver a casa, descalzarme y quitarme aquella corbata y aquel traje absurdo, pero no quería desairarla. Al fin y al cabo, ese día yo había sido algo así como su guía y su huésped. Era como si ella quisiera corresponder a mi amabilidad al llevarla a la Sociedad Teosófica, y sentí que no podía decirle que no.

La casa era una buhardilla de dos habitaciones con una cocina diminuta y un salón con el techo decreciente. No tenía terraza ni balcón, pero en medio del techo del salón había una buharda muy bohemia que se abría a la vista de los tejados de Madrid. La *babysitter*, una jovencita de aspecto hispano de largas piernas morenas, estaba dormida frente a una televisión sintonizada en un canal de deportes. Alicia entró para ver a la niña, que dormía también plácidamente en su cuarto, y luego salió y despertó a la *babysitter*, le pagó, y la despidió en la puerta. Una vez solos, me preguntó si quería un té o prefería algo más fuerte como un *whisky* o un *gin tonic*.

—No, no, no bebo alcohol —le dije.

—Qué barbaridad, Esteban —me dijo—. Eres como un ángel del cielo. No bebes, no fumas, no...

Dejó la frase en suspenso.

—¿Tienes una Coca-Cola? —pregunté, por preguntar algo, por afectar normalidad, porque tampoco había tomado muchas Coca-Colas en mi vida y ni siquiera estaba seguro de que esa extraña bebida burbujeante y color petróleo me gustara.

—No —dijo Alicia con gesto de frustración—. Yo nunca tengo nada.

—Tomaré lo que tú tomes —dije yo, una de esas frases absurdas y como de película que le vienen a uno a los labios cuando está nervioso.

—Yo me voy a hacer un *gin tonic* —dijo—. ¿Quieres un *gin tonic*?

—Vale —dije yo.

—Pero si no bebes, Esteban.

—Nunca he bebido —dijo—. Y tampoco planeo convertirme en un borracho, pero siento curiosidad...

—¿Nunca has bebido? —me preguntó sorprendida.

—No.

—Pero Esteban, ¿dónde has estado tú metido?

Estábamos los dos en la cocina, yo apoyado en la puerta con los brazos cruzados y ella ya con un cigarrillo encendido en la comisura de los labios y trajinando con

vasos, cubitos de hielo y botellas. Me sorprendió la violencia y la brusquedad con que se movía en su cocina, como si todo lo que hubiera allí fuera enemigo suyo.

La pregunta se quedó flotando en el aire, y yo de pronto pensé que muy bien podía contestarla, que no había ninguna razón para no hacerlo. Pero un instante después supe que eso no era cierto, y que no podía en modo alguno contarle la verdad sobre mí mismo. No era probable que ella imaginara nada demasiado horrible. Supondría que yo sería un ex seminarista, o quizá que habría estado en una secta, o que era o había sido mormón, o evangelista, o incluso podía imaginarse que yo era un teósofo abstemio o un naturista dedicado a la vida sana.

Nos sentamos en su salón diminuto y ella se quitó los zapatos de tacón y se quejó de que le hacían daño. Eran zapatos nuevos, y es raro que unos zapatos nuevos no dejen alguna marca roja en algún sitio. Me gustaron sus pies pálidos y los miré quizá un segundo más de lo debido, y de pronto ella pareció sentirse dolorosamente consciente de sus pantorrillas desnudas, y se sentó en una de las butacas doblándolas por debajo de ella y tirando de la falda de su vestido sobre las rodillas.

Probé mi *gin tonic*, apenas mojándome los labios, poseído por un temor reverente, y el sabor me resultó delicioso. Una sensación ardiente descendió por mi garganta, y algo así como los espíritus del alcohol ascendieron al mismo tiempo hasta nublarne suavemente la vista y envolverme en algo parecido a una nube que se disipó al instante en el aire. ¿Era esto el alcohol? ¿Era esta la sensación, la intimación de la sensación, el prelude voluptuoso y distante de la sensación de la ebriedad?

—Mmmmm —dije cerrando los ojos.

—Es la primera vez que tomas una bebida alcohólica.

—Sí, es la primera vez.

Ella me miró sin sonreír. Era una mirada extraña, una mirada desapasionada, incondicional. Era una simple mirada: ella me miraba.

—Espero que mis amigos no te hayan parecido muy raros —dije yo, intentando hacer conversación.

—No me han parecido raros —dijo ella—. Y ya me extraña, porque yo nunca había estado en un sitio parecido.

—Y él ¿qué te ha parecido? —pregunté.

—¿Él? ¿Quién?

—El Maestro. Sebastián, el conferenciante, quiero decir...

—¿Le llamáis el Maestro? —se extrañó ella.

—Sí —dije yo encogiéndome de hombros y poniendo gesto de niño—. Sí...

Hacía un rato que se oía a la niña murmurar y hablar en sueños. Las pupilas de Alicia se movían en dirección al cuartito de la niña una y otra vez.

—Esteban, perdona un segundo —dijo entonces.

—¿Una pesadilla?

—Seguro que han estado viendo cosas en la televisión... —dijo Alicia—. Esta Brenda es la pera.

Dio un trago de su *gin tonic*, luego una calada del cigarro y salió de la habitación. Entonces yo hice algo que a mí mismo me dejó sorprendido. Puse las manos en los brazos de mi butaca y permanecí así unos segundos, como preparándome para coger impulso. Finalmente me decidí: cogí el cigarrillo que ella acababa de dejar en el cenicero de la mesita, y lo observé. Estaba suavemente manchado del lápiz de labios color carne que ella se había puesto ese día por primera vez desde que la conocía. El extremo encendido humeaba lentamente, un largo filamento que se elevaba hacia el techo y se rizaba de pronto en una espiral acelerada. Dispuesto a romper todas las fronteras y a probar todas las delicias y todos los tormentos, me llevé el cigarrillo a los labios y succioné llenándome al mismo tiempo de aire los pulmones. Vi cómo una brasa roja se iluminaba en la punta y consumía uno o dos centímetros del cigarrillo y supe que había aspirado con demasiada fuerza. De pronto, tenía la boca llena de humo. ¿O quizá no? A pesar de que había dado una fuerte calada, no estaba seguro de tener nada dentro del cuerpo. Entonces abrí los labios y contemplé el espeso humo blanquecino que salía caudalosamente de mi boca, y sentí también el aroma intoxicante del tabaco, la sensación del humo, del calor, del fuego, del tabaco quemándose, de la hierba ardiendo y todo eso deslizándose por el velo de mi paladar e invadiendo mis fosas nasales y acariciando mi lengua y mis labios, y comprendí de pronto que fumar era sobre todo una cuestión de aroma, un placer del olfato, y me pareció que aquel aroma que acababa de experimentar como atravesándome de parte a parte era algo inconcebiblemente delicioso. Era algo brutal, áspero, seco, indefiniblemente sensual, una sensación paradéscente, como diría Julián, (es decir, dotada de una esencia paradójica) de poder y de abandono, de sensualidad y de ascetismo intelectual, de pureza y de corrupción. Era llenarse de humo, convertirse en parte de un incendio, transformarse en fantasma, experimentar una suerte de ardiente, perfumada desaparición, una momentánea transfiguración de la carne. Aquel humo, el sabor de aquel humo... Sabía que era la nicotina del tabaco lo que lo convertía en una droga, además de las sustancias que las compañías de tabaco ponen, al parecer, para hacer sus productos más adictivos todavía, pero no podía evitar pensar que era el humo, la pura sensación de tener humo dentro del cuerpo lo que hacía que fumar fuera una experiencia tan excitante. Probé a fumar de nuevo, aspirando con demasiada fuerza y esta vez exhalando el humo por la nariz y luego por los labios. Sí, me dije, debía de ser la pura sensación del humo la que hacía que fumar proporcionara aquella extraña sensación de pecado y de peligro. Había algo definitivamente sexual en aquel dejarse penetrar por un cuerpo extraño, algo malignamente sensual en dejarse atravesar y poseer por algo que es un gas, nosotros que somos tan notoriamente sólidos y líquidos, agua y carne. Ah, no era extraño que los que fumaban no pudieran parar de fumar, me dije maravillado. No era raro que aquello fuera un vicio, que resultara tan adictivo, que hubiera que castigarlo y perseguirlo. Y volví a llevarme el cigarrillo a los labios y aspiré, esta vez con suavidad, intentando fumar como se debe fumar. En esta ocasión intenté tragarme el

humo, y sentí como una llamarada que me recorría la garganta y entraba en mis pulmones, una sensación intensamente desagradable de ahogo y de fuego. Eché el aire de inmediato y dejé el cigarrillo en el cenicero. Me extrañó comprobar que en aquella ocasión brotaba mucho menos humo de mis labios que la primera vez, y me quedé con la desagradable sensación de que parte del espeso humo inhalado se había quedado atrapado en mis pulmones. Para asegurarme, inhalé y exhalé un par de veces profundamente. Como era de esperar, de mis labios no brotó nada en absoluto.

Alicia regresó en seguida. Volvió a sentarse en su butaca y hablamos durante un rato. Hablamos de la charla del Maestro, de algunas de las cosas que había dicho.

—No tengo claro si su punto de vista sobre la sexualidad es retrógrado y castrante o el más evolucionado que he oído en mi vida —dijo Alicia.

—No sé —dije yo.

—Dice que los fundamentalistas religiosos, la iglesia católica y los que asocian el sexo con el pecado están equivocados, y en eso todos estamos de acuerdo —continuó Alicia—. Pero luego asocia el sexo con unas sensaciones no sé... místicas...

—Sí —dije yo.

—Y entonces ya estamos de vuelta en la religión, ¿no?

—No, no —dije yo, sintiéndome aliviado al poder decir algo con una mínima seguridad en aquella conversación tan temible y resbaladiza para mí—. Eso que tú llamas «mística» no tiene nada que ver con la religión... Lo que él...

—Para mí, en el fondo, es todo lo mismo —afirmó ella.

Yo hubiera querido decirle que le faltaba mucha información, que estaba hablando desde el interior de un sistema de prejuicios, pero intuía complicaciones que no estaba seguro de saber sortear con elegancia, y preferí no decir nada.

—No sé, tío, Esteban —dijo aplastando un cigarrillo en el cenicero y cogiendo la cajetilla con dedos laxos y perezosos para sacar otro—. Me gustaría conocer nuevas cosas, conocer nuevos puntos de vista... pero ese rollo místico me da mucho miedo...

—Pero no es... —comencé a decir, y luego quedé callado.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre el sexo en la era cuántica.

—No sabría decirte —dije yo descorazonado—. No tengo mucha experiencia en el tema.

—Bueno, alguna tendrás, ¿no? —dijo ella.

—No, no —dije levantando las manos—. Absolutamente ninguna.

Entonces se hizo un silencio, uno de esos silencios incómodos en que de pronto algo parece cambiar en el aire, algo así como un cambio de velocidad.

—¿Nunca has estado con una mujer? —dijo ella con una voz muy tenue, casi quebradiza. Lo dijo casi sin mover los labios, mirándome a los ojos pero poseída por una intensa fragilidad. Yo comprendí que no me pidiera perdón por hacerme una

pregunta tan personal, que no me pidiera permiso, aunque fuera retóricamente, para hacerme una pregunta tan íntima, porque veía que para ella también era aquella una pregunta personal e íntima, y que si no me hubiera hecho la pregunta directamente y como a quemarropa, probablemente nunca se habría atrevido a hacérmela.

—No —dije yo.

—Y ¿te gustaría?

—Sí —dije yo—. Sí, me gustaría...

Los dos quedamos en silencio, y evitamos mirarnos a los ojos.

—Me gustaría contártelo —dije—. Pero no puedo.

—No, no —dijo ella—. Cuéntamelo si quieres, si eso te alivia, pero no hace falta...

—Me gustaría, pero no puedo —repetí—. De todas formas, no es que yo...

—¿Sí?

—Nunca he estado en la cárcel —dije, sintiendo que me ponía colorado—. Por si es eso lo que piensas. Y nunca he sido seminarista, ni he estado en ninguna secta religiosa... Que supongo que son las cosas que habrás pensado...

—La verdad es que no he pensado nada —dijo ella.

—¿No?

—No —dijo Alicia—. Suponía algo así, quiero decir, que no habías tenido nunca relaciones sexuales... no sé por qué, lo intuía... pero no me he puesto a pensar... no es mi estilo... a mí me gusta que me dejen en paz, y suelo dejar en paz a los demás...

—Tampoco se debe a ninguna enfermedad —dije yo, todavía completamente colorado y poniéndome más colorado todavía—. Mi condición física es normal, creo.

—Pero es algo que te preocupa.

—Un poco —dije.

—¿Y nunca has tenido novia?

—No.

—¿Ni has estado enamorado?

—Sí —dije, mintiendo suavemente con los tiempos verbales—. Sí, he estado enamorado.

—Perdona, Esteban, me estoy metiendo donde no me importa. Dime que me calle... a veces hay que decirme que me calle, me lo dices y en paz... a veces no me doy cuenta ni de lo que digo.

—No me molesta que me hagas preguntas —dije—. Me agrada.

—A lo mejor es que no te gustan las mujeres —dijo ella.

—Oh, sí —dije yo—. Te puedo asegurar que sí me gustan las mujeres.

—Y ¿nunca has pensado...?

—¿Qué?

—Nada, nada —dijo ella.

—No, dime.

—Es una tontería.

—No importa, dímelo.

—Es una tontería, una cosa que se me pasa por la cabeza y yo voy y lo suelto.

—Dímelo.

—Que si nunca has pensado en... en pagar a una mujer...

—¿Pagar?

—Sí, quiero decir, contratar a una...

—¿A una prostituta?

—Sí.

—No —dije yo—. No, no, claro que no. Me parecería horrible. Me parecería sórdido y horrible. No, no, nada de eso.

Ya se había hecho muy tarde, y me levanté para marcharme. La conversación, la hora tardía, el humo de tabaco, los sorbos de alcohol, la presencia cálida de Alicia, el aroma de sus cabellos, de su perfume, de su lápiz de labios cuando me acerqué a besarla en las mejillas, todo conspiraba para embriagarme y ponerme en un estado especial, ese en el que uno dice cosas que no debe y hace cosas que luego lamenta.

Alicia me acompañó a la puerta de la casa, me indicó dónde estaba la luz de la escalera y me dijo adiós, sonriendo, todavía sin cerrar la puerta.

—Adiós —dije yo.

Levanté la mano en un gesto de despedida e intentando aparentar soltura, aunque lo cierto es que me sentía totalmente aturdido. No estaba yo acostumbrado a beber ginebra, a inhalar humo ardiente en mis pulmones, a dejar que nadie, y menos aún una mujer, hollara en ciertas zonas recluidas y tiernas de mi malhadado corazón, a pasar un día entero acompañado del sonido de unos tacones y de un vuelo de seda sobre la piel y de perfume femenino, y cuando vi la empinada escalera frente a mí me agarré del pasamanos con fuerza temiendo que las piernas me fallaran. Hay ocasiones en que el terror se parece a la esperanza, y en que el mundo no parece un lugar bello, ni bueno, ni tranquilo.

Ya había bajado un piso por la vieja y crujiente escalera de madera cuando oí su voz que me llamaba desde arriba.

—Esteban, ¿puedes subir un momento?

—¿Qué pasa? —dije yo con extrañeza.

Debía de ser muy tarde, y los dos intentábamos hablar lo más bajo posible para no molestar a los vecinos o, quizá, por esa necesidad de sigilo que tienen siempre los que sienten que rozan un peligro. Subí de nuevo hasta su piso. Alicia había abierto la puerta del todo. Me hizo entrar en la casa.

—¿Quieres dormir conmigo? —dijo bajando los ojos.

—¿Dormir?

—Sí, dormir conmigo. Si quieres, podemos hacer el amor, si quieres no hacemos nada. Si quieres, simplemente dormimos juntos... Tengo una cama muy grande.

—No tengo pijama —dije yo.

Ella se echó a reír. De pronto, me parecía una niña, o más bien me parecía como

la niña que fue alguna vez. Tenía los dientes un poco estropeados, y en una de las muelas se veía una sombra grisácea, pero al mismo tiempo era una niña, una niña erguida y tensa como una margarita.

—Dices las cosas más increíbles, Esteban —dijo ella—. Puedes dormir en calzoncillos, y te dejo una camiseta.

—¿Tú crees? —dije yo.

Entonces Alicia se acercó a mí, se apoyó en mi cuerpo como el que se apoya en el tronco de un árbol o en una columna y me besó en los labios con una suavidad y una delicadeza que me sorprendieron.

—Quiero hacerte un regalo, Esteban —me dijo en susurros—. Si quieres, puedes hacer el amor conmigo. No tiene que ser ahora, puede ser cuando quieras...

Yo me había quedado sin respiración, y me sentía incapaz de contestar.

—Me caes bien y me gustas —dijo Alicia—. Si tú quieres, podemos hacer el amor. Si quieres quitarte esa espina, puedes hacerlo conmigo. Y te aseguro que no lo hago por lástima, porque me apetece, me apetece mucho. Solo quería que lo supieras.

Yo me sentía como un pez fuera del agua. Nunca me había sentido así: era como si me hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago y el aire no entrara en mis pulmones ni pudiera obligar a los músculos de la respiración y de la fonación a ponerse en marcha de nuevo. Entonces comprendí a qué se referían los autores de novelas cuando decían que este o aquel personaje «se quedó sin habla», porque así era exactamente como me sentía yo. A pesar de todo abrí los labios intentando formular palabras, aun sin saber qué era lo que diría exactamente.

Alicia parecía comprender cómo me sentía, y me puso un dedo en los labios para que no dijera nada.

—Ahora es mejor que te vayas a tu casa —dijo.

—Sí —dije yo por fin, el más torpe de los torpes, recuperando apenas el don de la palabra, la gracia de la respiración—. Gracias.

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, Alicia y yo nos evitamos. Luego, un día coincidimos con Sabino en Paolo, un jueves supongo, ya que los tres comimos paella. Ignoro lo que Sabino y Alicia habían hablado sobre el famoso día en que a Alicia le dio la locura de comprarse un vestido y unos zapatos y se metió en una peluquería y se vino conmigo nada menos que a la Sociedad Teosófica, pero Sabino estaba monotemático con el asunto de las sectas, los charlatanes y los cuentistas.

—No me digas, Esteban, que te has metido en el rollo ese de la Madame Blavatsky —me dijo enarbolando uno de sus puros mefíticos, signo seguro de su integridad ideológica y su desprecio a la represión de lo «políticamente correcto».

—Pero deja a Esteban que se meta donde quiera —dijo Alicia, saliendo en mi ayuda débilmente.

—Yo no me he metido en ningún sitio —dije yo.

Secretamente esperaba que Sabino abandonara el tema, porque no soy bueno en las discusiones, especialmente en las discusiones intelectuales.

—El capitalismo avanza rampante por el mundo —dijo Sabino—, la izquierda pierde sus ideales, la ilustración se va a tomar por culo y el irracionalismo surge de debajo de las ruinas de la razón...

¡Trompetas de ángeles apocalípticos, humo de colores, calaveras que danzan por las calles con el signo del dólar brillando en los ojos!

—Nada irreal existe —dije yo—. Los ideales que se pierden, ¿no será porque son ideales falsos?

—¿Cómo que «nada irreal existe»? —dijo Sabino—. Toda la sociedad posmoderna es el culto de lo irreal. ¿De dónde sacas esas ideas, Esteban?

—Del *Baghavad Gita*, según creo —dije yo, tímido pero valeroso a pesar de todo.

—El *Baghavad Gita* se supone que es lo que el dios Krishna le cuenta al guerrero Arjuna —dijo Sabino—. ¡Hablando de irrealidad!

—Pero ¿de qué tienes miedo, Sabino? —insistí yo—. ¿Tienes miedo de lo irracional? Y ¿qué tiene que ver la búsqueda interior con lo irracional?

Alicia me miraba con ojos muy atentos, y lo cierto es que aquella postura mía de oponerme a las ideas de Sabino y de discutirle en un terreno en el que le sabía muy superior, el terreno de los libros, de las ideas, del pensamiento, se debía seguramente a que los ojos de Alicia estaban fijos en mí y a que deseaba impresionarla.

—Cuando dices «búsqueda interior» suena muy bonito —dijo Sabino—. Sin embargo, ¿qué coño es esa famosa «búsqueda interior»? Búsqueda interior es lo que hacían los santos, que se evadían del mundo y se metían en una cueva y se pasaban allí años sin comer, sin hablar con nadie, buscando visiones. Búsqueda interior es lo que hacían los místicos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz. Búsqueda interior es lo que hace el jesuita con sus «composiciones de lugar» y sus «ejercicios espirituales», ese famoso «examen de conciencia» que nos enseñaban en el colegio, y que luego

debía ir seguido de «sincera contrición»... Y los budistas, esos monjes de túnica color tomate que se pasan desde que son niños metidos en un monasterio y repitiendo monótonamente textos en una lengua que no entienden y repitiendo y repitiendo las mismas palabras hasta que se convierte en un automatismo... Y esos monjes Zen que se sientan delante de una pared vacía y se pasan horas y horas mirando la pared, todo eso es lo que tú llamas «búsqueda interior»... Y en occidente ¿qué es la «búsqueda interior»? El psicoanálisis, coño, un argentino que te cobra cien euros a la hora y que no para de preguntarte «¿y tú cómo lo ves?», como si fuera él el que paga y acaba convenciéndote de que todo lo malo que te pasa es por culpa de tus padres... Unas teorías que están cada día más en entredicho y que resultan cada día más sospechosas desde el punto de vista de la ciencia, porque todo Freud no es más que la vieja idea del «alma» disfrazada de palabras nuevas... O sea, que eso de la «búsqueda interior» no es más que palabrería religiosa, es mística, es religión, y la religión es irracionalidad pura.

—Entonces, para ti... —comencé a decir.

—Para mí, querido Esteban —continuó Sabino, que estaba en vena—, para mí la «búsqueda interior» es como la búsqueda del tesoro de John Silver. Es algo que no existe, y que por eso precisamente hay que buscarlo tanto, porque no existe, porque no hay nada que buscar.

»¿Búsqueda de qué? ¿Del alma? ¿De tu yo? Pero tú ya sabes quién eres, y si no lo sabes es que estás más loco que una gallina.

»Cuando tú buscas en el interior, cuando abres el cuerpo humano y miras el interior, lo que encuentras son venas, huesos, músculos, nervios y órganos. Eso es lo que hay en el interior, amigo Esteban, y eso es lo que somos: huesos y sangre, grasa y tejidos. Somos química y reacciones eléctricas de las neuronas, somos una suma de impulsos eléctricos y de reacciones químicas.

»No hay nada “interior”. No hay alma, amigo Esteban, no hay espíritu, ni hay nada que no sea material y no esté hecho de células o de átomos. No hay “pensamiento” separado de las células, ni “mente” que exista independientemente de las neuronas, ni “yo” ni “individualidad” ni “personalidad” separada de mis huesos y de mis nervios. Todo eso del yo, el alma, el espíritu, la mente, el pensamiento, no son más que palabras vacías. Además, querido Esteban, te vas acercando a la edad del Gran Descubrimiento. Yo ya pasé la edad del Gran Descubrimiento hace unos años, pero a ti te faltan unos pocos años todavía. Suele suceder alrededor de los cuarenta, aunque a mí me pasó cuando tenía treinta y siete, para ser exactos. Ahí fue cuando el Gran Descubrimiento me golpeó en la cabeza, como si me hubiera dado un rayo en la frente... Se sobrevive, desde luego, pero a partir de entonces ya nada vuelve a ser igual que antes. A partir de entonces el mundo parece un lugar mucho menos misterioso, pero créeme, la vida se vuelve si cabe más interesante, porque ahora uno está en posesión de una de las claves para comprender las cosas, quiero decir, una de las verdaderas claves...

—¿Y el Gran Descubrimiento es...? —pregunté yo.

—Lo descubrirás tú solo, Esteban. Y Alicia también lo descubrirá enseguida, aunque no estoy seguro de que ella no lo sepa ya, porque las mujeres son muy listas, mucho más listas que nosotros, y más rápidas, y más implacables. Pero aunque lo descubrirás tú solo sin duda, tarde o temprano, no creo que haga daño que yo te dé un anticipo de las revelaciones que te traerá el Gran Descubrimiento, amigo Esteban. Y es lo siguiente: que en el mundo no hay ningún misterio, y que las cosas son lo que parecen...

—¿Que las cosas no son...? —comenzó a decir Alicia.

—No, no, que las cosas *son* lo que parecen —afirmó Sabino, que a pesar del contenido de su discurso parecía estar de un excelente humor—. En otras palabras, *que las apariencias no engañan*. ¡Esas son las noticias que vengo a traeros hoy! Las cosas son lo que parecen ser, porque vivimos en medio de evidencias, Esteban y Alicia, que ya os queda poco tiempo de vivir en la inocencia. Lo que nos rodea es tan evidente, está tan claro, que nos pasamos años y años negándonos a verlo, como si estuviéramos convencidos de que solo de ese modo, negando lo que ven nuestros ojos con toda claridad y lo que sabemos de manera intuitiva sin duda posible, lograremos que la vida sea más interesante y sorprendente. Y es todo lo contrario, porque la vida solo se hace de verdad interesante cuando nos damos cuenta de que no vivimos en un mundo de apariencias, sino en un mundo real, y que las cosas que a nosotros nos parecen son exactamente lo que son.

»Nadie ha visto nunca un alma, y además no hace falta suponer que existe un alma para explicar mis acciones y mis reacciones. Entonces, ¿para qué empeñarse en suponer que existe? Es como si yo supusiera que un coche tiene un alma, y que cuando arranca, o gira, o avanza, o frena, es porque hay una presencia invisible en su motor que le impulsa a hacer todas esas cosas.

»No hay nada que buscar, ningún misterio que resolver. Nuestros motivos son transparentes, y surgen prácticamente todos del miedo. No hay cielo, ni salvación, ni más allá. Cuando morimos, regresamos al humus y nos convertimos en fertilizante. No es un destino tan malo, después de todo, y a mí algunas mañanas me parece que la posibilidad de que no termine todo después de la muerte resulta mucho más terrorífica que la perspectiva de una tranquila y honrosa desaparición para alimentar unos arándanos silvestres o un peral, quizá, un bonito peral de peras amarillas.

»No hay nada que buscar. No hay “dios dentro de la máquina”, no hay “espíritu en el mecanismo” ni *ghost in the shell* —continuó Sabino como paladeando las palabras—. Las pretensiones de los budistas, de los cristianos, o de los ocultistas, surgen todas del miedo. Son leyenda, poesía, mitología, igual que el dragón de San Jorge, o que las historias del gatito Pumbly, o que la cigüeña o que los tres Reyes Magos.

—Entonces para ti —dijo Alicia, que le escuchaba vagamente divertida, vagamente alarmada—, los seres humanos somos igual que máquinas.

—Exactamente —dijo Sabino, rubricando sus palabras con un movimiento en el aire de su puro—. Pero quita el «igual que». Los seres humanos somos máquinas. ¡Nada más que máquinas!

—Entonces para ti —dije yo—, no solo la religión es un engaño y una tomadura de pelo, sino también la psicología, y la filosofía...

—La filosofía no —dijo Sabino—. No confundamos las cosas. La filosofía es el arte de razonar. La psicología tampoco, si pensamos en la psicología clínica o en la que trata las patologías, pero la psicología trascendental no solo es un engaño y una tomadura de pelo, sino que es un engaño reaccionario y sangriento, como la religión.

—¿Y el arte, la literatura, la poesía?

—La literatura, la poesía —repitió Sabino—. ¿Qué es lo que dice siempre la gran literatura? Dice que la vida humana es horrenda, y que en el interior del ser humano existe una maldad que jamás será perdonada. Eso lo dice el Yukio Mishima, y yo estoy de acuerdo cien por cien. Porque si estudiaras de verdad el interior, amigo Esteban, esto es lo que encontrarías. Si fueras consecuente en tu búsqueda interior, lo que encontraras te asustaría tanto que ya no desearías buscar más. Porque lo que los seres humanos tienen dentro no es más que odio, miedo y deseo de venganza. Y todos estos que cierran los ojos y cantan y hacen yoga y salen transfigurados no son más que unos babiecas. Mira tu interior, pero míralo de verdad, practica la «búsqueda interior» en ti mismo y dime lo que encuentras: rencor, envidia, frustración, ira, miedo, lujuria, un terror miserable a morir, un lancinante sentimiento de humillación y un deseo absolutamente irracional de destruir y de quemar y de violar y de matar.

—Sabino, me estás asustando —dijo Alicia.

—Es que somos así —dijo Sabino—. Por eso se ha inventado la ley y la civilización, para controlar a la bestia. Deseamos destruir, violar y matar porque tenemos miedo, miedo a que nos hagan daño, miedo a sufrir, miedo a morir. Y este miedo nos hace bestias pero también nos hace humanos, porque los animales no conocen este terror ni este deseo continuo de venganza que nos consume a nosotros. Lo que nos hace humanos, la diferenciación individuada y la conciencia de que somos transitorios, es también el origen de nuestro miedo y de nuestro odio sin límites. Sabemos que vamos a morir, y que antes de morir sufriremos padecimientos inconcebibles y sabemos que ya los sufrimos, y esa certeza nos convierte en criminales enloquecidos. Coge a un animal y tortúralo y verás cómo se vuelve loco, cómo sus ojos giran desorbitados, cómo luego tiene miedo hasta de su sombra y cómo al verte aparecer se convierte en una piltrafa gimoteante. ¡Y es un animal, que no tiene conciencia, que no sabe lo que es la muerte, que no sufre la congoja de la esperanza ni conoce la sensación del tiempo! Considera, entonces, la situación de los seres humanos, que se pasan en el potro de tortura desde que nacen, pero que son conscientes y que sufren con una intensidad mil veces mayor por el hecho de ser conscientes y de saber lo que les espera y que no tienen la menor esperanza. Locos furiosos todos, todos deseosos de infligir a otros el dolor que nos han infligido a

nosotros, el dolor de nacer, el dolor de tener cuerpo, el dolor de sentir deseo, el dolor de ver nuestro rostro en el espejo, el dolor de ver nuestra propia sangre y comprobar nuestra mortalidad a cada paso y lo breve que es esto y lo horriblemente decepcionante que es y lo pobre y lo mediocre que es todo lo que vivimos si lo comparamos con nuestros sueños exaltados y de qué forma el destino se ríe de nosotros y cómo todo nos pasa por el lado sin que podamos cogerlo, y la horrible sensación de pérdida, de vacío, de miedo, de frustración que nos deja cada una de las horas que pasamos en este mundo, como si en cada hora hubiera un ángel mezquino que mueve una bola de madera del ábaco que cuenta nuestro horror y nuestro innumerable deseo de venganza.

—¿Entonces? —dijo Alicia—. Para ti, ¿no hay esperanza?

—Hay cosas buenas —dijo Sabino—. El amor, si lo encuentras y si lo sabes mantener. Los amigos. Y los placeres de la carne, una buena comida, el vino, el sexo si no te cansas de él o él no se cansa de ti. Y los puros habanos. Y Fidel Castro, que los tiene bien puestos. Y los libros. Un libro de J. M. Cain, o de Camus, me da igual, o de Raymond Carver. Pero lo mejor de todo son los amigos —dijo, y levantó su copa de vino.

UNA VEZ AL AÑO TENGO QUE HACER un viaje a una localidad del sur a fin de que me hagan una revisión. Esto sucede desde hace siete años. Nunca ha habido ningún problema, pero en esta ocasión, voy con una pregunta.

Siempre voy en tren hasta la ciudad de M... (no me está permitido decir el nombre) y allí, en la pequeña estación, hay un coche del Instituto que me recoge.

Mi visita anual fue uno de aquellos días. Un inspector se presentó en casa y me lo recordó. Fue muy amable, simplemente porque no sabe quién soy yo. Casi nadie en el Instituto sabe quién soy yo.

En aquella ocasión el viaje fue algo más triste que las veces anteriores porque esta vez tenía más recuerdos. Me llevé un libro para leer pero no podía concentrar mi atención en las páginas. El paisaje corría a toda velocidad a ambos lados, plano y monótono, como lo son casi siempre los paisajes del centro de España, especialmente los que pueden contemplarse desde el tren.

Cuando llegué a M... con mi pequeña maleta, el coche del Instituto me estaba esperando. El chófer es siempre el mismo, pero nunca se acuerda de mí. Debe de llevar a mucha gente, y mi cara, al fin y al cabo, no tiene nada de especial. Es siempre amable, muy charlatán. Tampoco tiene la menor idea de quién soy yo.

El Instituto está en mitad del campo, a unos treinta kilómetros de M..., en un valle apartado entre colinas de no mucha altura. Aquella vez el viaje fue como las otras veces, aburrido y excitante a la vez, y con una creciente sensación de terror que me sube desde el estómago a medida que nos acercamos al Instituto, cuyos edificios aparecen de pronto al fondo del valle después de una curva muy pronunciada de la carretera. Hay dos cabinas de seguridad, una en el perímetro que rodea las instalaciones, y otra en el perímetro interior. Los guardas de seguridad tampoco me recuerdan de un año a otro, y tampoco saben quién soy yo. Es posible que piensen, incluso, que soy una persona importante. Una «personalidad», como suele decirse. A continuación, el vehículo avanza por entre los edificios del Instituto, y después de pasar un tercer control de seguridad, en el que hay una puerta corrediza que los guardias abren para dejarnos pasar, se introduce en una especie de largo pasadizo que hay entre dos de los edificios principales. Pero nuestro destino no es ninguno de estos edificios de arquitectura moderna, tan elegantes, llenos de cristales negros y opacos, en los que jamás he entrado. Al final de este pasadizo hay una rampa y el vehículo se adentra en el interior de la tierra.

Siempre me asombra lo largo que es este pasadizo subterráneo. Debe de tener al menos dos kilómetros de longitud, y el coche avanza por él muy lentamente, lo cual hace que el trayecto se haga interminable. Una hilera de lámparas amarillas ilumina el largo trayecto rectilíneo, al final del cual hay otra rampa que se hunde aún más en la tierra. Así, finalmente, el coche llega a su destino, una redonda glorieta subterránea rodeada de una continua pared de hormigón en la que se abre una doble puerta

metálica. El viajero sale del coche. El coche da la vuelta girando lentamente por la glorieta y se va rampa arriba, por donde ha venido. Y entonces, se enciende una luz verde, suena un zumbido eléctrico y la puerta se abre.

Los que esperan al otro lado de la puerta ya no son tan amables. A partir de esta puerta, todos saben quién soy yo. Al otro lado de esta puerta está mi mundo, mi Tierra verdadera. Yo pertenezco a este lugar. Soy parte de este lugar de una forma tan íntima como una medusa transparente es parte del agua del mar. Normalmente, vienen a recogerme y me guían a través de las instalaciones, salones y salones llenos de máquinas y laboratorios y de hombres y mujeres vestidos con batas blancas. Este lugar es muy grande, y aunque ninguno de los que trabajan aquí pasan en este lugar días completos, sé que hay aquí restaurantes, piscinas, saunas y salas de lectura. Este es un sitio muy especial. No hay otro igual en la tierra. Es como un pequeño mundo subterráneo. Como una Subterra, una tierra subterránea.

No, miento, hay otros dos iguales. Uno de ellos está en Finlandia. El otro está en Utah, en Estados Unidos. Creo que en Nueva Zelanda se está construyendo un cuarto Instituto, o una cuarta sucursal del Instituto. De todas formas, ¿qué puedo saber yo de estas cosas? A lo mejor hay muchos más Institutos. A lo mejor hay cientos y cientos de Institutos por todo el mundo, no lo sé.

Aquí todos saben quién soy. Y por aquí no soy Esteban. Casi nadie me conoce por ese nombre. Aquí soy, simplemente, el modelo ZAM2000-36.

LA MONTAÑA... La montaña del Alma. Al amanecer, todas las cosas parecen espantosas. Uno abre los ojos y se encuentra de nuevo atrapado en esta realidad. A la izquierda está la izquierda. A la derecha, está la derecha. Por todas partes está el Espacio, hasta los vastos abismos infinitos. Y alrededor del Espacio, rodeándolo todo como un anillo de hierro, el Tiempo. Esa es la cárcel.

Anoche soñé con la montaña... No, es mentira. Yo no puedo soñar. No tengo alma. No tengo alma. No soy una verdadera persona. Solo soy un hombre de madera. Un muñeco con un reloj de cuco en el interior, y la ventanita del reloj se abre y el cuco sale y canta su canción. Es siempre la misma canción. Es siempre la misma canción.

—¿Un hombre de madera? —me dice Ron, mi ingeniero, con una sonrisa—. Amigo mío, en ti hay de todo, menos madera.

—Quizá por eso siento tanta atracción por la madera. La madera está viva, o estuvo viva alguna vez...

—Sí —dice Ron—. No entiendo por qué han puesto tanta poesía en ti. Pareces una especie de predicador de televisión.

Ron, me temo, no es una persona muy culta ni muy sensible. Y tampoco es especialmente cálido ni simpático. Al menos no lo es conmigo.

Tiene las manos cubiertas con finos guantes de látex blancos, y en este momento sus dos manos están dentro de mi cabeza. Es muy extraño verlo. Extraño y profundamente desagradable.

—Nunca he visto a ningún predicador de televisión —digo yo.

Estoy tendido en una camilla, lleno de cables por todas partes. Decir «estoy» no sería exacto. Mi cuerpo está en una camilla, pero «yo» no estoy allí. La unidad ZAM ha sido extraída del interior del cráneo, y ahora está separada varios metros del cuerpo.

—¿No me explicaste una vez que mi ZAM está hecha de «patrones y afinidades»? —le pregunto, intentando por todos los medios mantener la conversación para contrarrestar la náusea que me invade—. Pues la poesía también está hecha de patrones y afinidades.

—No me digas —dice distraídamente.

—Casi todo en la naturaleza lo está.

—¿Sí? Bueno, no sé mucho de poesía —dice Ron.

Está abstraído, concentrado en su trabajo técnico.

La puerta se abre y entra Mirza, otra de las investigadoras.

—ZAM-36 —me dice a bocajarro—, ¿planeas seguir investigando en sustancias dañinas?

Mirza es bastante joven, igual que Ron. No debe de tener más de treinta años, y es muy atractiva, con el pelo muy negro recogido en la nuca y grandes labios pintados y

enormes ojos que sus gafas cuadradas de pasta hacen más grandes aún. Ron es bastante jovial, pero Mirza no lo es. Es jovial y seductora con sus compañeros de trabajo, con los seres humanos, pero no lo es conmigo. La he visto flirtear con Ron, con Eusebio, con Granta y hasta con la gran jefa, Frances Villalta, pero Mirza jamás flirtearía ni bromearía con un ZAM. El poco calor humano que tiene lo gasta en los de su raza.

—¿Sustancias dañinas? —pregunto, haciéndome el despistado.

—Alcohol, tabaco... —dice mirando en la tabla que tiene en las manos—. Sabes que no podemos prohibirte que hagas nada. Cuando sales del Instituto eres libre de tomar tus propias decisiones. Pero, por favor, ¡alcohol!... ¿Para qué?

—Quería probar —dije—. Quiero probar las cosas.

—Pero el alcohol no puede actuar en ti. No puede producirte ningún efecto.

—¿Por qué no? Yo también tengo cerebro. Tengo neuronas.

Mirza hace un gesto de desesperación que consiste en negar con la cabeza y emitir una especie de resoplido en conjunción con un gruñido mientras deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo. No creo que ella «decida» conscientemente hacer un gesto tan complicado para expresar su frustración y su impaciencia.

—No me discutas esos temas, ZAM-36 —dice—. No tienes el nivel ni los conocimientos. Sí, tienes cerebro, pero tu verdadero «cerebro», tu unidad de ZAM es, como su propio nombre indica, artificial.

—De todos modos, sí produce efectos. Y el tabaco también.

—¿Por qué no pruebas cosas más interesantes? —me dice.

—¿Por ejemplo?

—No sé.

—Déjale —dice Ron—. No hay que interferir. Solo observar. El sistema no se verá afectado por el alcohol ni por el tabaco.

—El ZAM no, pero el cuerpo sí —dice Mirza, que al parecer está de muy mal humor.

Mi cuerpo está completamente desnudo sobre la camilla. No me agrada que Mirza me vea así, pero no puedo hacer nada. Para ellos no soy una persona, y mi cuerpo no es el cuerpo de una persona. Mirza mira con curiosidad mi pene. Lo mira de reojo, sin fijar la mirada, claro está. Ni siquiera es una mirada voluntaria. Es su sistema la que le impulsa a hacerlo.

—Ya estoy intentando probar otras cosas —digo yo entonces. Nunca he sido una persona muy lanzada, pero el hecho de poder ver mi propio cuerpo desnudo tendido sobre una camilla y abierto por varios lugares me da una especie de arrojo que normalmente no poseo.

—¿Sí? ¿Como qué? —pregunta Mirza, mirándome ahora a los ojos a pesar de que «yo» no estoy ahí en ese momento.

—Me gustaría casarme y tener hijos —digo—. Pero eso no puedo hacerlo.

—Puedes casarte. Tienes un DNI y un pasaporte, y puedes hacer lo mismo que

cualquier persona. Pero en efecto, no puedes tener hijos.

—Sé que puedo tener relaciones sexuales —digo yo—. Al menos en teoría.

—Tu cuerpo funciona exactamente igual que un cuerpo humano —dice Mirza—. Es un cuerpo humano, de hecho.

—Lo sé, pero ¿qué porcentaje de ZAM ha llegado a tener relaciones sexuales? —pregunto.

—Sabes que no podemos hablar de los otros ZAM contigo —dice Ron.

—Lo sé. No quiero saber información confidencial, solo preguntaba en general...

—No podemos hablar de eso —dice Mirza.

—Si tengo un cuerpo humano, ¿por qué no puedo tener hijos?

—Es complicado —dice Mirza—. No podemos replicar todo. Podemos hacer un simulacro bastante convincente, pero no un ser humano completo al 100%. No eres fértil. Los ZAM no son fértiles. Además, habría problemas legales. No nos permitirían crear ZAM fértiles, y no nos lo permitirán durante al menos cincuenta o cien años.

Hay una pausa. En el silencio, se siente pasar el tiempo. Es como un río lejano, como el rumor de un río lejano.

—Me interesan las sensaciones —digo yo—. El alcohol y el tabaco son sensaciones. Además, me he enamorado.

Ron y Mirza intercambian una rápida mirada.

—Vaya, ZAM-36 —dice Mirza—. Eso sí que es nuevo.

—¿Te molestaría mucho llamarme Esteban? —pregunto débilmente—. Así es como me llaman todos.

—Esteban —repite ella—. Siempre me olvido de tu nombre social. Bueno, te llamaré Esteban si quieres.

—Gracias.

—Cuéntame eso de que te has enamorado.

—¿Has estado enamorada alguna vez, doctora Mirza? —pregunto yo.

Ron levanta los ojos del interior de mi cabeza, donde está comprobando lo que sea que tengan que comprobar cada vez que vengo por aquí, y mira a su compañera de trabajo con gesto entre alarmado y divertido.

—Esa no es... —dice Mirza mirando fugazmente a Ron—. Bueno, esa no es la cuestión.

—Quiero saber si tenemos una base común de experiencias compartidas —digo—. Si no es así, ¿cómo podemos hablar de ello?

—Describe qué es lo que sientes cuando ves a esta... a esta mujer... Porque se trata de una mujer, ¿verdad?

—Claro —digo yo—. No me habéis hecho homosexual, según creo.

—La respuesta a esa pregunta sería, de nuevo, demasiado técnica —dice Mirza con un suspiro de cansancio—. Y no tendría ningún sentido para ti. Nosotros solo hacemos réplicas de series de ADN. Pero todavía no está claro hasta qué punto el

código genético determina el comportamiento. Determina algunas cosas y otras no.

—Esteban —dice entonces Ron—, ¿te apetece echarte un sueñecito? Tengo que apagarte durante unas horas, hombretón.

—Si no hay más remedio —digo—. Estaba disfrutando con nuestra conversación. Ron y Mirza intercambian una mirada de nuevo.

—Ya seguiremos hablando de ella —dice Mirza.

—¿De quién? —pregunto.

—De la mujer de la que te has enamorado. Luego hablaremos de ella.

—Muy bien.

—Voy a desconectarte —dice Ron.

—De acuerdo —digo—. Pero antes, me gustaría decir algo.

—Adelante —dice Ron sacando las manos del interior de mi cráneo.

—Quería expresar mi profundo entusiasmo por el proyecto ZAM. Quería decir una vez más que me siento absolutamente implicado en el proyecto, y que no me gustaría hacer nada que lo pusiera en peligro o que empañara el valor de los resultados.

Los dos investigadores intercambian una mirada de nuevo. Son miradas automáticas, inconscientes, movimientos absolutamente instintivos. En caso de duda, cuando un ser humano no sabe cómo evaluar una situación, se vuelve a mirar al ser humano que tiene más cerca para ver cómo ese otro ser humano evalúa la situación y tener, así, un marco de referencia. Es una acción típica de una máquina. Las máquinas «piensan» así, y escribo «piensan» entre comillas porque este tipo de acciones o de reacciones nada tienen que ver con el verdadero pensamiento. Los seres humanos están buscando continuamente patrones de referencia. Están buscando continuamente el sistema, la ordenación, la cuadrícula, y cuando la cuadrícula no existe, la inventan. Los seres humanos, dice el Maestro, son máquinas. Máquinas extraordinariamente complejas, pero máquinas al fin. Yo también soy una máquina. Desgraciadamente, eso no me hace humano.

—Bueno, gracias Esteban —dice Ron—. Nos alegra oír eso.

—Lo estás haciendo bien —dice Mirza, vagamente—. Gracias por colaborar.

No es una persona cálida ni amistosa y le cuesta mostrarse amable. O al menos le cuesta conmigo.

—Bueno, Esteban —dice Ron—. Te desconecto.

Sus manos enguantadas entran de nuevo en mi cráneo.

A VECES PIENSO QUE LO QUE DEBERÍA hacer es buscar a los míos, a los otros ZAM que viven como yo, perdidos por el mundo. Sería agradable encontrarlos y poder hablar libremente de lo que somos y de lo que nos preocupa, sin estar disimulando siempre, sin pasarnos la vida ocultando lo que somos. Supongo que eso era precisamente lo que me atrajo del grupo de los Buscadores de la Montaña. ¿Qué extraña fuerza misteriosa me guio hasta ellos? El Maestro enseña que los seres humanos son máquinas, pero que pueden dejar de serlo. Yo soy una máquina que desea dejar de serlo. Pero soy una máquina de verdad, lo soy en el sentido literal. Algunas veces sentí la tentación de mostrarle al maestro lo que sucede en el interior de mis pupilas. Con una luz y una lupa de mucho aumento se puede ver que lo que hay allí dentro no es lo que debería haber.

—Maestro Hirschner —le diría—. ¿Quiere conocer a la verdadera «máquina humana»?

Pero sabía que no debía hacerlo.

Sigo trabajando en mi taller, sigo fabricando mis relojes de cuco.

Debería buscar a los míos. Deberíamos buscarnos e irnos todos a vivir a un pequeño pueblo apartado, establecer una pequeña república de ZAM, una colectividad de «memorias artificiales tipo cero». Pero ¿para qué serviría? Nos deprimiríamos unos a otros. Nos aburriríamos con nuestras preocupaciones, con nuestras limitaciones. Sin duda es mejor vivir entre los seres humanos.

A veces pienso que quizá los verdaderos seres humanos no existan, y que es posible que todos los seres inteligentes de este planeta sean ZAM. Todos nos lo ocultamos los unos a los otros, y todos desaparecemos discretamente durante unos días una vez al año para que nos hagan una pequeña revisión. Todos pensamos que somos los únicos, los únicos seres del planeta que no somos verdaderas personas, pero en realidad las verdaderas personas desaparecieron hace mucho tiempo. Eso explicaría, de una forma curiosamente literal, el sentido de las enseñanzas del Maestro y también el sentido de las religiones. ¿Acaso no nos dicen todas que no somos seres completos, que no somos seres reales, que no nos hemos realizado verdaderamente, que hay algo que nos falta? ¿Acaso no insisten todas las tradiciones en que hay una luz que no está presente en nosotros, una realidad interior de la que carecemos? Es el Buda para los budistas, el Cristo para los cristianos, el Atman para los hindúes.

En otras ocasiones, cuando me siento menos místico, pienso que otra cosa es más probable. Que probablemente yo soy el único ZAM que existe. Que no hay otros ZAM por el mundo. Construir una máquina tan sofisticada no debe de resultar ni fácil ni barato. Sé que soy un experimento. Sé que soy un prototipo experimental, y uno no fabrica prototipos en masa. Quizá lo empiecen a hacer algún día, pero todavía no han empezado. Mi destino no está fijado. Todavía no saben de qué soy capaz. Soy un

experimento inconcluso.

Pero si esto es verdad, entonces soy único. Soy el único ZAM que existe, el único ser artificial dentro de un planeta lleno de animales y plantas y mujeres y hombres surgidos espontáneamente de la naturaleza. Este pensamiento no me enorgullece especialmente. Tampoco me hace sentirme más solo de lo que estoy. Porque siempre me he sentido solo. Solo y triste. Sí, una máquina puede estar triste. Esta máquina, al menos, conoce la tristeza tanto como conoce el amor y la alegría.

Sé que soy un experimento, pero ¿qué clase de experimento exactamente? ¿En qué consiste el experimento llamado ZAM2000-36, qué busca demostrar? Supongo que soy el resultado de una larguísima serie de prototipos fallidos y que el experimento ZAM2000-36 consiste en averiguar si el prototipo es capaz de llevar una vida normal exactamente igual que lo haría un verdadero ser humano, es decir, teniendo que tomar todas sus decisiones por su cuenta. Sin embargo, ¿no habría sido más interesante enviarme a una guerra, o proporcionarme una educación universitaria y orientarme hacia la carrera artística, o hacia la política?

Ah, es hablar por hablar. Es posible que no hayan sido capaces de hacerme más brillante de lo que soy y que el prototipo ZAM2000-36 no pueda aspirar a mucho más que a convertirse en un buen artesano y en un hombre querido y respetado en la tienda de la esquina y en el bar de enfrente. O a lo mejor es eso precisamente lo que buscan, crear una raza de hombres (y mujeres también, supongo) pacíficos, sedentarios y constantes en su trabajo. Una perfecta raza de esclavos dóciles que hacen lo que les dicen y se quedan quietos toda la vida en el rincón donde los colocan, del mismo modo que esperamos que una lámpara se quede quieta en la mesa donde la ponemos o una lavadora en la esquina de la cocina donde encaja perfectamente.

Sin embargo, un experimento tan caro como debo de ser yo, ¿cómo es que no tiene un seguimiento más continuado? Una simple revisión anual no parece suficiente. Además, cuando vengo al Instituto tampoco me hacen muchas preguntas. La charla con los investigadores, ingenieros y genetistas del Instituto siempre es casual y meramente circunstancial. Todo lo que desean saber de mí está, al parecer, en mis circuitos. Ellos tienen acceso directo a mi memoria ZAM, de modo que saben de mí mucho más que yo mismo. No, no es hablando como me comunico con mis creadores. Ellos no están interesados en mis impresiones ni en mi vida. Están interesados en ZAM2000-36, no en Esteban. De hecho, aunque tengan pleno acceso a mi ZAM, es probable que no sepan mucho de Esteban.

Mi vida apacible, solitaria, recubierta de grandes sombras, iluminada de pasajeros claros de sol, no le importa a nadie. Esto es lo que parece desde fuera. Julián llevaba años yendo a la librería de Sabino, por ejemplo, sin haberse fijado nunca en el pequeño taller de madera que hay en la misma calle. Y sin embargo, esa vida anónima y monótona es una de las más extraordinarias que existen sobre la tierra. Y me parece imposible creer que los investigadores del Instituto no intenten tener

información continua y precisa de lo que sucede en esa vida. ¿Qué clase de experimento científico sería ese en el que el objeto de estudio desaparece de la vista durante un año? Así solo se estudian las estrellas o los cometas, que están a miles de años luz y son inalcanzables.

De todos los pensamientos que me asaltan, este es el que más me obsesiona. La idea persistente de que en realidad mi vida apacible y anónima no es tal, porque no puede serlo. La sospecha de que todos los actos de mi vida son minuciosamente grabados y observados durante las veinticuatro horas del día. No creo tener un temperamento paranoico, pero ¿es que no es lógico tener esta sospecha? Si uno se pone a pensarlo, ¿no es inevitable llegar a esta conclusión?

He investigado, dentro de mis pobres posibilidades, todas las circunstancias de mi vida sin lograr encontrar nada sospechoso. Sé que mi pasaporte y mi carné de identidad son falsos, y que yo no nací ni en el lugar ni en la fecha que allí aparece. También son falsos mis certificados de estudios primarios y mi partida de nacimiento, como es evidente. Pero la librería de Sabino, por ejemplo, ¿es una verdadera librería? ¿Y el restaurante de Paolo? ¿Es un verdadero restaurante o una simple tapadera? ¿Es Paolo de verdad el propietario de un restaurante de barrio, o es un agente del Instituto? ¿Y Sabino? ¿Y Julián? ¿Y Alicia?

He buscado micrófonos o cámaras ocultas en mi casa y en el taller sin lograr encontrar nada. He llegado a abrir paredes y a desmontar el espejo empotrado del baño, he revisado el teléfono y las lámparas y las conexiones eléctricas, y no he logrado encontrar nada en ningún sitio. Lo que sucede dentro de mi casa cuando corro las cortinas es cosa mía, y nadie en el mundo sabe lo que se hace ni lo que se dice allí dentro. También es posible suponer que el Instituto, que ha logrado crear a un ser humano inteligente en un laboratorio, puede tener la capacidad de entrometerse en mi intimidad con unos recursos tecnológicos que me resulten indetectables. Pero, sinceramente, lo dudo.

En realidad, hay una explicación más sencilla. Las cámaras y los micrófonos existen, pero no están en las paredes ni en los espejos. Están en mí. Están en mis ojos y en mis oídos, y en las terminaciones nerviosas de mi piel. Yo soy mi propio espía. Es mi propia memoria ZAM la que espía a Esteban día y noche, la que guarda información, la que archiva todos mis secretos, incluso aquellos de los que no tengo noticia. Por eso no necesitan espías, por eso Paolo es Paolo y Sabino es Sabino, porque el único espía que necesitan para saber lo que hace y lo que piensa Esteban es el propio Esteban. Cada año, durante la revisión, recuperan la memoria de mi ZAM y disponen de un año entero para investigar lo que he hecho en el año anterior.

Sin embargo, las dudas no me abandonan. Observo mi vida, y me doy cuenta de que existen ciertas pautas que se repiten. Patrones, repeticiones musicales, algo así como los dibujos de una tela, como si mi vida no fuera una vida real, dejada a las influencias del azar, sino que estuviera dominada por un cierto diseño impuesto desde fuera. Observo que estoy lleno de manías, de tics, de hábitos, pero en mucha mayor

medida que la mayoría de la gente que conozco. Supongo que tener este temperamento metódico ayuda a que el sistema ahorre energía, como esos dibujos animados en los que en realidad solo se mueve la boca del muñeco o las nubes que se deslizan rígidamente sobre el paisaje.

Hago todos los días lo mismo a la misma hora. Incluso los domingos, cuando no voy al taller, me levanto a la misma hora y hago exactamente la misma rutina mañanera. Cuando paseo, voy siempre por el mismo lado de la calle. Entro en el Retiro y doy una vuelta al estanque, y entro siempre por la misma puerta y doy siempre la misma vuelta y en el mismo sentido. Por supuesto, podría cambiar todas estas cosas si quisiera. Gran parte del trabajo de los Buscadores de la Montaña consiste, precisamente, en romper hábitos y en hacerse consciente de las cosas que se hacen mecánicamente.

Encuentro además que mi vida está llena de casualidades. Estas casualidades se me hacen muy sospechosas. ¿No es una casualidad, por ejemplo, que me encontrara con Julián y con sus hijos en el Museo de Ciencias Naturales? Una casualidad que sirvió para que él y yo nos pusiéramos a hablar fuera del grupo, lo cual condujo a que yo le invitara a mi taller y a que él me encargara varios muebles, de forma que empecé a ir a su casa y terminamos por hacernos amigos. Si esa mañana hubiera decidido hacer cualquier otra cosa en vez de dirigirme al Museo de Ciencias Naturales, mi vida sería diferente. ¿Trabajarán Julián y Matilde para el Instituto? ¿Serán ellos parte del experimento?

¿No es casualidad, también, que mi taller se encuentre casi enfrente de una librería a la que Julián solía ir a menudo? ¿Y no es casualidad que en la librería trabajara Alicia? ¿Y no es casualidad que justo el día en que el Maestro hablaba en la Sociedad Teosófica yo fuera a la librería para...? No, realmente aquello no fue una casualidad: tenía que ir para que Sabino me ayudara a hacerme el nudo de la corbata, pero ¿acaso no fue extraña la reacción de todos los presentes cuando les conté adónde iba? Incluso estaba allí Sara, la mujer de Sabino, que raramente se deja ver en la librería. Y de pronto, Alicia se venía conmigo a escuchar la conferencia del Maestro, y todos la estaban animando, y se iba de compras y se iba a la peluquería, y Sabino no hizo la menor observación sobre aquello del «Sexo en la era cuántica» y sobre aquello de la sociedad teosófica, que para él debería ser como nombrar al demonio (como ya se vio unos días más tarde, con toda aquella charla en defensa de la ilustración que me dio en Paolo)... Todo aquello me resultó muy extraño ya en el momento en que sucedía, pero al volver sobre ello me parece más que extraño. Me parece (ahora lo veo con claridad) una escena meticulosamente preparada y ensayada, una forma de impulsarme en dirección a Alicia.

Su invitación, por la noche, de que subiera a tomar algo. Y su ofrecimiento. Su generoso ofrecimiento. El ofrecimiento de dormir conmigo. ¿Era algo real, o algo pactado y preparado de antemano?

¿Es real la vida del hombre de madera, o es todo una escenografía teatral

organizada por el Instituto? ¿Me mienten todos? ¿Saben todos quién soy?

He aceptado el mundo. He aceptado mi trabajo, mi taller, mi casa, la calle donde vivo, el barrio, la ciudad de Madrid, pero a lo mejor todo es un decorado. Un día tengo que viajar a los suburbios de la ciudad, para ver hasta qué punto han sido meticulosos en la construcción del decorado. Pienso en meterme en el metro y bajarme en una parada cualquiera, muy lejos de mi casa. ¿Qué habrá fuera cuando salga? ¿La ciudad, todavía la ciudad? ¿Hasta qué punto habrán sido meticulosos? ¿Habrá realmente gente viviendo en todas esas casas? A veces sospecho que la mitad están vacías. A veces me parece reconocer a los transeúntes de una calle, como si fueran los mismos extras de una película que actúan en varias escenas y que se pasan el día subiendo y bajando por los bulevares y las avenidas y creando el ambiente cotidiano de la ciudad para mí, solo para mí.

Pienso muchas cosas, como puede verse, no todas ellas agradables. Paso de la angustia más atormentada a la alegría más absurda. Me siento feliz y al instante siguiente, una duda terrible se apodera de mí. Me siento confiado, recibido por los aires y los cielos, feliz en este mundo y de pronto la mirada furtiva de un transeúnte, unos pasos que me siguen en una calle solitaria, la repetición de una palabra en un camión que pasa, en el cartel de una película y en el nombre de un comercio (porque la imaginación de los que han creado este decorado gigantesco debe de tener sus límites), hacen saltar la sospecha de nuevo. La sospecha de vivir engañado, la sospecha de que nada es lo que parece y que nadie de los que me rodean son quienes dicen ser.

¿Será así la vida de los seres humanos verdaderos? ¿Se pasarán todo el día ellos también intentando descubrir a su alrededor las señales de la impostura? ¿Aceptan ellos confiadamente su vida, o sienten alguna vez la sospecha de que no sea una vida de verdad?

Una de las muchas cosas que he pensado es que entrar en contacto con el Maestro Sebastián Hirschner y con el círculo de los Buscadores de la Montaña tampoco debió de ser casual. Seguramente había algo en aquel anuncio del periódico, una especie de señal secreta, que me hizo sentirme interesado al instante.

He reflexionado mucho sobre el Maestro y sobre los otros miembros del grupo. Tanta insistencia en que somos «mecánicos», en que los seres humanos son «máquinas» se me hace sospechosa. ¿Será el Maestro también un ZAM? ¿Serán todos los del grupo de Buscadores de la Montaña un grupo de robots inteligentes? ¿Nos habremos encontrado los ZAM sin pretenderlo, unidos por un anhelo común?

SUPONGO QUE RON UTILIZA ESOS PERÍODOS de «desconexión» para recuperar mi memoria. No tengo la menor idea de cuánto duran, aunque me da la impresión de que paso entre dos o tres horas desconectado. Al regresar, mi ZAM está de nuevo dentro del cuerpo, y yo vuelvo a ser yo.

—Puedes levantarte y vestirme —me dice Ron.

Le obedezco moviéndome lentamente, y buscando en mi cerebro cansado y aparentemente ralentizado la forma de hacerle la pregunta que quiero hacerle.

—Ron.

—Dime, Esteban.

—Quisiera hablar con la jefa suprema.

Ron suspira profundamente y se mira la punta de los zapatos.

—¿Otra vez con eso?

—Creo que tengo derecho a pedirlo —afirmo.

—Derecho... —dice él, murmurando como para sí—. Derecho... No sé si es una cuestión de derecho...

Ahora ya estoy vestido de nuevo, ya vuelvo a ser una persona. Termino de abrocharme los cordones de los zapatos, me abrocho los botones de los puños de la camisa. Ya está. Suspiro.

—Tiene que haber una forma de hacerlo —digo.

—El problema —dice Ron—. Es que ella no quiere realizar ese tipo de entrevistas. No serviría para nada. No hay nada de qué hablar. Mira, Esteban... Yo no soy un filósofo, soy un ingeniero. Ella no es tu «creadora» ni nada parecido. Es, simplemente, la directora del Instituto.

—Entonces ¿quién es mi «creador»? —pregunto, y siento que me tiembla la voz.

—No hay «un» creador. Hay muchos. Yo no soy más que un técnico de mantenimiento, pero mis informes también contribuyen al proceso... La ciencia moderna es siempre una labor de equipo. Equipos en distintos países, que trabajan en diferentes aspectos... Ya hemos hablado de esto.

—No quieres contestarme.

—Incluso Mirza sabe más que yo —dice Ron—. Mirza estuvo en Connecticut.

—Pero tú eres americano —digo yo.

—Sí, sí —dice él—. Pero nunca he estado en Connecticut. Yo estuve en el proyecto de Dallas.

—¿Qué hay en Connecticut? —pregunto—. ¿Cuál es el proyecto de Connecticut?

—No tengo libertad para... —dice Ron—. Esas son materias restringidas, Esteban. No puedo...

—Pero yo también soy materia restringida —digo—. Yo soy el mayor secreto que existe, y no digo nada, no le cuento a nadie... Soy absolutamente discreto... Y podría...

—¿Podrías...?

—Podría decirlo... Contárselo a la gente.

—Nadie te creería —dice Ron—. Solo serviría para que te tomaran por loco.

En ese momento la puerta se abre y entra Mirza.

—Debes de tener hambre —me dice a modo de saludo.

—Mirza —digo—, tú estuviste en Connecticut.

Ella se detiene, sin haber atravesado la puerta del todo, sosteniendo la puerta abierta con la mano. Enarca las cejas, y su preciosa boca pintada se abre ligeramente en una «o» de asombro. Estos movimientos, la cesación súbita de movimientos, el movimiento ascendente de las cejas, la apertura de los labios, tampoco son acciones voluntarias. Son puramente mecánicas, una reacción a un estímulo inesperado. El cuerpo se queda parado instintivamente para no hacer ningún movimiento inadecuado, supongo, y poder decidir, estando inmóvil, cuál es la acción que corresponde para mejor responder al estímulo.

Mirza se pone de nuevo en movimiento, deja que la puerta se cierre tras ella y sigue avanzando en dirección a nosotros.

—Habéis estado hablando de nuevo —dice.

—¿Cuál es el proyecto de Connecticut? —pregunto.

—Vamos a ver, ZAM-36 —dice ella—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Esteban.

—¿Cómo?

—Esteban.

—Quiere que le llamemos «Esteban» —explica Ron, un poco incómodo.

—Ah, es cierto, discúlpame —dice Mirza—. Esteban. ¿Qué es lo que te preocupa?

La enormidad de lo que me pregunta me abruma. Me abruma la situación, su absoluta inconsciencia, la indiferencia con que tratan la materia que a mí más me obsesiona y más me fascina: el milagro de mi propia existencia.

—Vengo aquí todos los años —comienzo a decir, y siento que me tiembla la voz y que a lo mejor no podré hablar durante mucho rato de forma coherente—. Vengo aquí todos los años, y vengo voluntariamente además... Y es todo horriblemente decepcionante... Me examináis, nadie me explica nada... Me siento tratado como un coche al que llevan al taller... Nadie le dice al coche lo que le pasa, nadie le explica, nadie habla con él...

—No «te pasa» nada especial, Esteban —dice Mirza—. Son revisiones de rutina. Estás perfectamente.

—Incluso eso ayudaría —digo yo—. Incluso eso ayudaría. «Estás perfectamente, Esteban, todo va bien».

Mirza suspira profundamente, y parece que una emoción diferente aflora a sus ojos, como si de pronto se hubiera hecho más humana.

—Lo siento, Esteban —dice ella—. A veces nos olvidamos de que tú «tienes

sentimientos». El experimento está siendo un éxito. Todo está bien. No hay nada de qué preocuparse.

—Sí, pero eso no es suficiente —digo yo—. Necesito saber más.

—¿Qué quieres saber? En el curso de adaptación recibiste muchísima información. Toda la información, creo yo.

—Sí, aquellos fueron días interesantes —digo yo, recordando—. La sorpresa de oír todo aquello... Que soy prácticamente inmortal... Que cuando este cuerpo comience a fallar, mi ZAM-2000 puede ser transferido... Ese pensamiento me resulta inquietante... Me da miedo pensarlo. Es como asomarse a un abismo...

—Tienes más que lo que tiene cualquier persona —dice Ron.

—¿A ti te gustaría ser inmortal? —le pregunto.

De nuevo Ron y Mirza intercambian una rápida mirada. Ninguno se atreve a contestar esa pregunta.

—Pero tengo otras preguntas —digo—. ¿Hay otros como yo? ¿Cuántos ZAM existen en el mundo?

—Esteban —me dice Mirza, de nuevo con voz cortante—. Ya sabes que hay otros como tú. Pero sabes que no te podemos decir más.

—Me he propuesto encontrar a los otros ZAM —digo—. Quiero hablar con los que son como yo. Quiero encontrarme con los míos. Estoy harto de vivir en medio de personas que no saben quién soy ni lo que soy.

Estoy mintiendo, por supuesto. Estoy improvisando y mintiendo. La desesperación me hace comportarme así, intentando forzar una respuesta de mis dos carceleros implacables.

—Hay otros ZAM —dice Mirza—. Pero no debes buscarlos.

—Además, ¿cómo ibas a buscarlos? —dice Ron—. ¿Poniendo un anuncio en el periódico?

—Hay otra cosa que deseo saber —digo—. ¿Tengo un GPS dentro?

De nuevo se miran entré sí, y esta vez detecto un gesto de alarma en los ojos de ambos. Están decidiendo rápidamente si decir la verdad o si mentir.

—¿Quieres decir si tienes un *tracking device* en tu sistema? —pregunta Ron—. ¿Un chip que nos permite siempre saber dónde estás...?

—Sí.

Hay una pausa. Alguien que pasa por el pasillo, un hombre, dice en voz alta «y entonces salieron todos gritando», y una voz de mujer ríe discretamente. Las dos voces se alejan pasillo abajo.

—Bueno, pues sí —dice Ron—. Sí, tienes un *tracking device*.

—O sea que si decido perderme en el Himalaya, vosotros siempre sabrías dónde estoy.

—Sí —dice Ron.

—La mayoría de los hombres habría pensado antes en un club de alterne que en el Himalaya —dice Mirza con una risita.

—¿Cómo?

—Sí —dice Ron—, o en un *peep club*...

—Ya, bueno —digo yo—. Pero ya sabéis que yo no soy un hombre como los demás...

RECUERDO LOS DÍAS DE MI despertar. Fue exactamente así, como despertar después de un largo sueño. Abrí los ojos. Me estiré. Bostecé. Era la primera vez que abría los ojos, la primera vez que bostezaba. El cuerpo, mi cuerpo, hacía lo que tenía que hacer.

Estaba en una cama, en un dormitorio, dentro de la zona del Instituto que llaman «La Residencia», y que tiene todo el aspecto de una vivienda normal. Me levanté de la cama. Me sentía un poco mareado. Recuerdo que fui al baño, oriné, y luego me acerqué al espejo para mirarme. Mi rostro me resultaba familiar. Recuerdo que me miré las palmas de las manos. Y luego pensé: «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Dónde estoy?». Miré a mi alrededor, abrí el armario del baño. Estaba vacío. Luego regresé a la habitación, que no tenía ventana, ya que, como el resto de las instalaciones donde fui creado, estaba bajo tierra. Abrí el armario y vi ropas colgadas y varios pares de zapatos. En la mesilla había un libro de bricolaje. ¿Qué hacía allí? Muchas veces me he preguntado qué hacía aquel libro allí, quién lo habría puesto y con qué propósito. Es posible que las primeras impresiones que uno recibe al despertar se graben con una fuerza especial en la memoria. Supongo que no es una casualidad que cuando llegó el momento de elegir una profesión o actividad me decidiera por la ebanistería. ¿Sería a consecuencia de aquel libro que estaba allí, al lado de la cama, en el momento de mi despertar? En la portada se veía una reproducción fotográfica de un banco de carpintero y varios tablones de diferentes maderas.

Me vestí, mirando a todas partes, intrigado por aquella habitación que no había visto nunca. No recordaba cómo había llegado allí. Por más que me esforzaba por recordar, no recordaba qué hacía allí, ni cómo había llegado a aquella habitación. Recuerdo que me preguntaba si aquella sería mi casa y me daba cuenta de que no, de que no podía serlo, e intentaba recordar si había llegado allí por mi pie, si alguien me había traído. Sí, es todo muy extraño, porque durante un largo rato mi sensación de extrañeza y desplazamiento se debió únicamente al hecho de que no sabía dónde estaba. El hecho de que yo no sabía quién era yo y no podía recordar ni mi nombre ni tampoco ni un solo hecho de mi vida pasada, todavía no había entrado en la esfera de mi atención. Fue solo entonces, después de quitarme el pijama y elegir una ropa entre las prendas que había colgadas en el armario, después de ponerme unos calcetines y unos zapatos, fue solo entonces cuando me vino a la cabeza el pensamiento de que en realidad yo no sabía quién era y que no recordaba mi propio nombre. Y este pensamiento ni siquiera me preocupó mucho en un principio. Uno no suele pensar en su propio nombre cuando está solo, y además la memoria es traicionera. A veces, en situaciones de estrés, uno puede hasta olvidar el nombre de su propio padre. En cuanto a no recordar quién era yo, he de decir que era una sensación mucho más vaga y mucho menos angustiada que la de no saber dónde estaba ni cómo había llegado a aquel lugar.

De cualquier modo no tuve ocasión de angustiarme mucho ni de preguntarme una y otra vez cómo era posible que no recordara absolutamente nada de lo sucedido antes de dormirme, ni ayer, ni antes de ayer, ni hace un mes, ya que las malas noticias llegaron en seguida. El llamado «curso de adaptación» empezó ese mismo día. Era un curso personal, en el que yo era el único asistente, el único alumno.

Tuve tres instructores: Mirza, el doctor Langden y la doctora Estébanez, que era psicóloga. Su parte fue la que más disfruté. Es una lástima que la doctora haya dejado el Instituto, porque me pareció una profesional excelente. A menudo pregunto por ella, pero me dicen invariablemente que la rama de «psicología ZAM» está en fase experimental y que los que participaban en ella han sido «relocados», uno de esos horribles neologismos que son mitad inglés y mitad español y forman parte de la jerga corriente del Instituto. Al parecer, todavía no existe una verdadera «psicología ZAM». ¿Qué clase de ayuda, qué tipo de consejos se le puede dar a un ZAM? ¿Cómo se le debe tratar? ¿Como a un ZAM o como a un ser humano corriente? El experimento ZAM-2000 consiste en la creación de un ser humano artificial que sea en todo igual a los seres humanos naturales, y por esa razón se pretende que la intervención del Instituto en la vida corriente de los ZAM sea mínima y quede restringida a los dos o tres días de la revisión anual. Cada vez que pido hablar con la doctora Estébanez o con cualquier otro psicólogo que haya en el Instituto me responden invariablemente que la doctora ya no trabaja allí, que ha sido «relocada», que el departamento de psicología todavía está en fase de investigación y desarrollo y que si siento que necesito un psicólogo, lo que debo hacer es buscar la ayuda de un terapeuta normal en la ciudad donde vivo.

Pero ¿qué puede saber un psicólogo normal, o un psiquiatra, o un sacerdote, de los problemas que puede tener un hombre de madera?

Como le dije a Mirza, aquellos días del cursillo de adaptación fueron *interesantes*.

Lo más interesante de todo es cuando te explican, prácticamente al principio de todo, que tú no eres realmente una «persona», sino que eres parte de un gran experimento, el proyecto científico más asombroso jamás intentado por la raza humana. ¡Te piden, de hecho, tu colaboración! Sí, porque nos hacen libres, y nadie puede impedirnos (al menos en teoría) que nos suicidemos arrojándonos a un tren nada más salir del Instituto. Lo más interesante es cuando te dicen que es normal que no recuerdes quién eres porque no eres nadie, porque eres, de hecho, un modelo ZAM-2000, un sofisticado sistema de IA, inteligencia artificial, con un soporte orgánico. Ellos no utilizan la palabra *cyborg*, que consideran acientífica y que tiene, según dicen, connotaciones indeseables de monstruo de ciencia ficción. Yo no soy un robot, ni un *cyborg*. Soy un modelo ZAM-2000, una «memoria artificial tipo cero».

Sí, esa es la parte más interesante, cuando te explican que eres una máquina. Es un golpe brutal. Mienten los que sugieren que los ZAM no sienten dolor al descubrir lo que son. Sientes sorpresa, indignación, sientes dolor. Sientes un terror infinito. Porque estamos bien hechos, porque somos inteligentes, porque entendemos lo que

nos pasa.

Esto te lo dicen el primer día. También te explican que aunque puedes contraer enfermedades, coger resfriados o indigestiones, sufrir accidentes, desmayarte o sangrar, y a pesar de que tienes un cuerpo físico que es una réplica genética (no, no somos realmente clones) de un cuerpo humano normal y podemos por tanto sentir el dolor en la misma medida que puede sentirlo cualquier ser humano corriente, a pesar de todo eso eres prácticamente invulnerable siempre que tu unidad ZAM siga intacta. Dicho en otras palabras: en la misma sesión te sueltan a bocajarro que no eres realmente una persona, y a continuación, y como una especie de premio de consolación, que eres inmortal. Supongo que el propósito es suavizar el *shock* que produce la primera información por medio de la segunda. Pero el efecto combinado de ambas noticias no resulta ni catártico ni tranquilizador en modo alguno. Todo lo contrario. Ser una máquina es malo, pero ser inmortal... ¿Habría alguien que lo desee de verdad? Piénsalo, lector. Vivir siempre, siempre, siempre, sin poder desaparecer jamás, sin poder dormir, sin poder descansar...

A VECES SUEÑO. No, tampoco es cierto que no pueda soñar. Sueño, y en los últimos años mis sueños se han hecho más claros, más nítidos. Pero soñar no quiere decir que uno sea humano, o que uno tenga alma, un alma real capaz de transformarse y vivir por su cuenta. En muchos relatos de ciencia ficción o de fantasía, la criatura sabe que es real cuando es capaz de soñar. Pero ¿qué es soñar? Es parte del funcionamiento de la máquina. Hablar es mucho más asombroso que soñar. Recordar es mucho más asombroso que soñar. Ser capaz de hacer un reloj de cuco es más asombroso que soñar. Y ¿qué decir de enamorarse?

¿Es enamorarse la medida de la humanidad? ¿Solo los que son humanos se enamoran? ¿Solo los que se enamoran son humanos?

Me acerco al final de mis Memorias. Son muy breves, es verdad, como corresponden a una vida, por el momento, muy breve. Es una vida, la mía, tan simple como la de un pájaro. En realidad, de acuerdo con la medida humana, no he dejado de ser un niño.

Hace tres años que no voy a realizar mi revisión anual. Este tercer año, el representante del Instituto ni siquiera ha aparecido por el taller. No he recibido cartas ni llamadas de ningún tipo. Si no vuelvo a saber de ellos nunca, mucho mejor. Eso es lo que pretendo, vivir mi vida como una persona más, intentar olvidarme de que soy un ZAM.

El temor de que una noche aparecerán y vendrán a por mí no me abandona nunca. Sé que tengo un GPS en mi interior y que ellos pueden saber en todo momento dónde me encuentro. A veces, al caminar por un barrio apartado, siento el temor de que será allí, precisamente, donde se producirá el rapto. Siempre imagino que el Instituto querrá recuperar a su costosísima creación. Pero es posible que nunca me hayan perdido, y que este deseo mío de anonimato y de olvidarme de ellos sea precisamente parte del experimento. A lo mejor es lo que el experimento pretendía. A lo mejor el experimento ha sido un éxito. A lo mejor el ZAM-2000 ha resultado un éxito y el Instituto se prepara para la fabricación en serie. No tengo ni la menor idea, e intento pensar en esos temas lo menos posible.

El grupo del Maestro Sebastián Hirschner se deshizo al cabo de un año y medio. El Maestro ya nos había anunciado que su paso por Madrid sería fugaz, y que más tarde o más temprano tendría que regresar a su país. Nos recomendó que siguiéramos reuniéndonos por nuestra cuenta y nos enseñó una meditación y unos movimientos que podíamos hacer juntos. A partir de entonces, Joaquín, Julián y Matilde quedaron al cargo de las meditaciones, que comenzaron a celebrarse en casa de Joaquín todos los jueves por la tarde.

Todavía voy algunos jueves, aunque el grupo es ahora mucho más reducido. La mayoría de los componentes han seguido buscando en otras escuelas o tradiciones. Algunos en el Instituto Gurdjieff-Ouspensky, otros en el Zen, otros en el

chamanismo. Creo que el único que sigue yendo a las meditaciones todos los jueves sin faltar ni uno solo es Goyo, el amante de la montaña. Es posible que de todos los Buscadores de la Montaña sea él el buscador más verdadero, él que es también el buscador más inocente.

Pero ¿no soy yo el buscador más inocente?

Mi búsqueda se ha hecho, si cabe, más acuciante, más intensa que antes. Leo los libros que me recomienda Julián sin acabar de entenderlos del todo, pero entendiéndolo a pesar de todo que el ser humano tiene dentro de sí la posibilidad de la transformación, y que es posible realizar en uno mismo un cambio de conciencia. Frente al mantra de Sabino «las cosas son lo que parecen», está el mantra de Julián: «No conocemos todo lo que es posible conocer». ¿Quién tiene razón? Puede que los dos la tengan *en el momento en que hablan*. Puede que los dos tengan razón a su manera, y que la realidad sea tan compleja, tan multiforme, que admita esas dos versiones de la verdad pero admita también otras versiones en las que ambas formas de ver el mundo sean en realidad la misma. Al fin y al cabo, ¿no insistía el Maestro una y otra vez en que debíamos luchar contra la «falsa imaginación»? ¿No insistía en que todo lo que necesitamos ya lo tenemos, que «el reino de Dios está entre nosotros», como se dice en el Evangelio de Tomás, pero que nosotros no podemos verlo? Y eso, ¿no es en realidad lo mismo que dice Sabino, que «las cosas son lo que parecen»?

No, no lo es porque la intención de Sabino y la de Julián son diferentes. Sabino se ha resignado. Julián no se resigna. Aunque todos vivimos en una descripción de las cosas y no en las cosas realmente, la descripción de Sabino es más antigua y más limitada que la de Julián, porque Julián ya conoce la descripción de Sabino y entiende de qué habla Sabino, pero Sabino no conoce la descripción de Julián y tampoco entiende de qué habla Julián. Cuando hablo con Sabino la fuerza de sus argumentos me abruma y me hace dudar, pero luego hablo con Julián y él me dice que casi siempre tenemos razón en lo que afirmamos y nos equivocamos en lo que negamos, y que Sabino tiene razón en todas sus afirmaciones, pero que se equivoca en lo que niega, sobre todo porque niega cosas de las que no tiene conocimiento directo.

Y el hombre de madera, ¿en qué cree? ¿En qué se equivoca? ¿Qué acepta? ¿Qué niega? ¿Puede el hombre de madera evolucionar, transformarse en otra cosa? ¿Hay algo en él capaz de transformarse? Si lo han fabricado tan parecido a los seres humanos, debería haberlo.

SIN DARSE CUENTA, Ron me dio una idea fabulosa: la de poner un anuncio en el periódico para intentar ponerme en contacto con otros ZAM. Él lo dijo como una broma absurda, como por hacer una gracia, pero más tarde, reflexionando sobre el tema me di cuenta de que aquello tenía sentido y que podía funcionar. De modo que alquilé un buzón privado en una oficina de Correos de un barrio alejado y puse un anuncio en dos periódicos importantes de Madrid. El anuncio decía algo así:

«ZAM. Si eres uno de los nuestros, me gustaría ponerme en contacto contigo». A continuación, ponía la referencia de mi lista de correo. Pago un suplemento para que el anuncio vaya rodeado de un marco y para que las palabras tengan un tamaño más grande del normal, especialmente la palabra ZAM. El anuncio va en la sección de «Varios», al final de los anuncios por palabras.

En este caso, tampoco el Instituto ha hecho nada en absoluto. No han saboteado el anuncio, ni se han puesto en contacto conmigo de forma alguna. ¿Será porque es un anuncio tan discreto que nadie se ha fijado en él? ¿Será porque no les importa? ¿Será porque saben perfectamente que no hay ningún otro ZAM en el mundo? Hace tres años que el anuncio aparece todos los días en dos de los más importantes periódicos del país. Todos los días, sin faltar uno solo. Bien sabido es que la constancia es una de mis mejores virtudes. Y todas las semanas, el viernes a última hora de la mañana me meto en el metro y viajo al otro lado de Madrid para abrir mi buzón privado, en espera de encontrar una carta que conteste a mi anuncio. Pero el buzón está siempre vacío. Lleva tres años vacío, y mucho me temo que siempre seguirá vacío, y que esa carta que espero, el mensaje de otro hombre o mujer que sea como yo, no llegará jamás.

AL FINAL DEL DÍA me siento cansado y feliz. El agotamiento me invade, pero siento una extraña resistencia a abandonarme al sueño. Siempre la he sentido. Voy por la casa apagando todas las luces, y finalmente me dirijo al dormitorio a oscuras. A oscuras entro en el dormitorio, ya invadido el aire por una especie de pesada y almizclada serenidad que me seduce y me llama, me dirijo a la cama y me deslizo debajo del edredón con un suspiro de placer. La cama es muy grande. Mi mano se extiende y enseguida encuentra las nalgas de ella, que duerme hecha un ovillo y dándome la espalda. Pero sé que no está dormida. Avanzo hacia ella, y nuestros dos cuerpos se acoplan perfectamente el uno en el otro, mis labios en su cuello cálido, mi vientre en su coxis, la Z de mis piernas encajando en la Z de las suyas, sus pies helados moviéndose nerviosamente y entrelazándose entre mis pies calientes. Mi brazo izquierdo pasa por debajo de su cuello y siento el calor de su mejilla sobre el bíceps. Mi brazo derecho rodea su cuerpo desnudo y mi mano grande y fuerte de artesano acaricia su vientre suave, maravillosamente suave y luego se desliza entre sus muslos y se queda allí, encajada en ese rincón cálido. Normalmente los dos estamos cansados al final del día, pero la mayoría de las noches terminamos haciendo el amor. Y luego hablamos y hablamos, y algunas veces volvemos a hacer el amor.

¿Es esto la felicidad? Alicia sigue trabajando en la librería de Sabino y yo sigo trabajando en mis muebles y en mis relojes de cuco. Sobre todo juguetes y relojes de cuco últimamente. Los muebles los estoy abandonando: los relojes se pagan mucho mejor y el trabajo es más delicado y mucho más entretenido. Además, es justo que el hombre de madera, que no es otra cosa que un delicado mecanismo, se dedique también a crear pequeños, delicados mecanismos que a ciertas horas, movidos por un juego de resortes, salen de la casita donde permanecen a oscuras y cantan, cantan, cantan, para luego volver a recluirse en el interior de su caja y permanecer de nuevo en la oscuridad, sin esperanza, sin impaciencia. Los mecanismos no sienten esperanza ni impaciencia.

Alicia y yo nos casamos hace un año. Ahora vivimos los tres en mi piso, que es más grande que su buhardilla y en el que Vita, la hija de Alicia, mi hija adoptiva, puede tener su propia habitación. Sí, esto sin duda es la felicidad. Los días pasan tranquilos y como atravesados por una luz apacible que yo nunca antes había visto en las fachadas de las casas, en las pálidas aceras de este barrio de Madrid donde vivimos. Es una luz muy amigable esta que ilumina los jardines del Arquitecto Ribera, al lado de la calle Barceló, donde a veces salimos los tres para que Vita juegue con sus amigos después de clase, y un cielo muy grande el que se extiende sobre la torre octogonal del Museo de Historia, un cielo casi infinito en el que giran los vencejos al atardecer, en esos interminables atardeceres de Madrid en los que parece que el mundo se ha detenido y que nunca llegará la noche. Alicia y yo nos sentamos en un banco, y yo apoyo mi mano sobre su rodilla, justo encima de su

rodilla, en el nacimiento del muslo, y tengo la sensación de que puedo sentirla a toda ella con solo tocar esa parte de su cuerpo; que ahí, en ese lugar donde cruzan músculos y tendones y laten venas y arterias tiembla ella entera, sus paseos, su caminar por el mundo, su desnudo, su respiración, su entrega en el amor, su misterio femenino y la felicidad cotidiana que derrama sobre mí como una diosa que portara un cuerno de la abundancia y se paseara con él volcando flores en mis días. Siento, al apoyar mi mano justo encima de su rodilla, que ella existe, y que es mía, y que mi cuerpo reconoce su presencia, y que ella está viva. Es esta una sensación tan deliciosa, tan exultante, que no podría expresarla con palabras.

TODAVÍA PIENSO EN MATILDE alguna vez, y cada vez que la veo siento la misma admiración que antes. Pero es como un bello recuerdo de un bello sentimiento. Las cosas han cambiado mucho desde aquella época en que yo comenzaba a abrirme a las complejas emociones humanas. Entonces era como un pajarito: cualquier cosa me llenaba de tristeza o de asombro. No tenía defensa ninguna contra mis emociones. Tampoco ninguna distancia.

Me gusta ver juntas a Alicia y a Matilde. Se llevan bien, y cuando salimos todos juntos las dos se ríen mucho, sobre todo (me temo) a expensas de Julián y de mí. El verano pasado pasamos una semana juntos al lado del mar. Era muy hermoso verlas a las dos desnudas frente al mar, sus cuerpos dorados y curiosamente simétricos, tan parecidas como si fueran hermanas.

Terminemos así. Los tres niños jugando en la arena, Julián y yo tendidos a la sombra de dos palmeras, y Matilde y Alicia charlando una al lado de otra en la orilla del mar, con las olas bañando sus pies, el gran mar Mediterráneo extendiéndose hacia el horizonte, y el gran cielo sin nubes.

—Son como dos ninfas del paraíso —dice Julián mirándolas.

—Parecen hermanas —digo yo.

—Sí, es cierto —dice Julián riendo.

Vita, mi hija, viene corriendo con cara de enfado.

—¡Valentín me ha desabrochado el bikini otra vez! —dice de muy mal humor. Y se arrodilla a mi lado para que le abroche de nuevo la parte de arriba.

—Pero si no necesitas parte de arriba —le digo, dándole un beso en su hombro ardiente.

—Las chicas llevan parte de arriba —dice ella—. Hazme un nudo fuerte.

—Tu madre va sin parte de arriba —le digo—. Y Matilde también.

—Bueno, chao —dice, y sale disparada, corriendo sobre la arena.

Lo cierto es que estamos en una playa nudista donde todos podríamos estar desnudos. Pero solo Matilde y Alicia se han desnudado.

—Tengo una idea para un libro —me dice Julián.

—Ah ¿sí? —pregunto—. ¿De qué trata?

—Se llamaría *Memorias de un hombre de madera*.

—Ah, vaya.

—El «hombre de madera» es en realidad un hombre artificial, no es un hombre de verdad.

—Vaya —digo—. Algo así como un *golem*.

—Sí. Un robot. Un robot muy sofisticado, inteligencia artificial. Pero este robot lleva una existencia muy pacífica y completamente normal. Es ebanista, y le gusta hacer relojes de cuco.

—¡Diantres! —digo yo—. Eso me suena mucho.

—Tengo que usar el material que conozco.

—¿Estás diciendo que soy un robot? —pregunto.

—No —dice Julián—. Estoy diciendo que si alguna vez pudiera crearse un hombre artificial, me gustaría que fuera como tú.

A partir de entonces, empecé a llamarme a mí mismo «el hombre de madera».

Por lo que yo sé, Julián nunca llegó a empezar aquella novela. Según me explicó, cuando está en el mar siempre tiene muchas ideas. Muchas historias, me dijo «revolotean» hacia él, se posan unos minutos en su cabeza, y luego se van. Algunas dejan plumas. Algunas, muy pocas, se quedan unos días, unas semanas. Algunas hacen un nido.

La historia del hombre de madera se posó durante unos días, creo, y luego se marchó. Pero es mucho mejor así. Con su intuición de novelista, no sé hasta dónde podría llegar Julián. No sé cuánto podría descubrir. No sé cuánto sabe ya, de hecho, o cuánto intuye, o cuánto sospecha.

Mi admiración por su mujer, me digo, debe de haber sido transparente para él desde el principio.

SÍ, SUEÑO, SOY CAPAZ DE SOÑAR. Y hay un sueño que se repite muchas noches, a menudo con pequeñas variaciones. Sufro un accidente, me hago una herida o me rompo un brazo o se me incrusta una enorme pieza metálica en el vientre y entonces me llevan al hospital. Algunas veces estoy semiconsciente y no puedo hablar, y me doy cuenta con horror de que me llevan al lugar donde descubrirán mi secreto y no puedo decir nada, intento hablar y no me salen las palabras. Otras veces puedo hablar perfectamente y digo que no me lleven al hospital, que no es eso lo que necesito, que los médicos no pueden hacer nada por mí. Pero no me hacen caso, me meten en una ambulancia y me llevan al servicio de urgencias y los médicos comienzan a examinarme. Entonces empiezan a poner cara de asombro. Me hacen radiografías y comienzan a ver que mi interior está lleno de piezas metálicas y de circuitos. En otras versiones tienen que operarme, y al abrirme el brazo, o la pierna, o el vientre, se encuentran que está todo lleno de cables y de circuitos impresos. Cables llenos de sangre, máquinas que surgen entre los trozos de carne sanguinolenta. A veces, mi carne comienza a caerse a pedazos entre los gritos y el espanto de los asistentes, y de entre los trozos de carne surjo yo, yo reducido a lo que realmente soy, un robot metálico manchado de sangre, una ridícula y terrorífica marioneta.

Siempre me despierto asustado de estos sueños espantosos. A veces grito. A veces, incluso, me despierto llorando. Entonces Alicia se despierta también y me rodea con sus brazos, me envuelve con su cálido amor y me lleva de nuevo al país del sueño, a la región de la dulce inconsciencia. Nunca he conocido a nadie que duerma tanto ni tan profundamente como ella. Y la profundidad de su sueño me atrae como un imán, como si su sueño fuera una de esas simas marinas que se adentran hacia las profundidades de la tierra. Su calma, su inmovilidad perfecta, la placidez de su respiración, la hermosura impersonal de su rostro cuando está perfectamente relajado, la forma en que su cuerpo parece fundirse con la cama, y con la habitación, y con el mundo, y con mi propio cuerpo, como si yo y mi cuerpo fuéramos ahora, gracias a su amor y a la poderosa calma de su respiración, una parte de pleno derecho del mundo, todo eso me tranquiliza y me hace suspirar profundamente y me hace regresar de nuevo al sueño con una confianza y un abandono como el que deben de sentir los niños, supongo, cuando se abandonan al cansancio y dejan que su espíritu vuele fuera del cuerpo sin miedo ni preocupación alguna.



ANDRÉS IBÁÑEZ, (Madrid, 1961). Estudió piano en el Conservatorio Superior de Música de Madrid y Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid. La música y la literatura siempre han estado en el centro de su actividad. Residió en Nueva York, donde escribió varias obras de teatro en inglés, dos de las cuales (*Nympho Lake* y *Ophelia*) se representaron en el circuito *off off Broadway*. Gran aficionado a la música, ejerce la crítica de conciertos de música clásica en el periódico *ABC*, en cuyo suplemento cultural también mantiene una columna semanal. Ha sido pianista de *jazz* durante muchos años. Trabaja como profesor de español en la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid.

En 1995 publicó su primera novela, *La música del mundo*, que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Radio Nacional y fue recibida con grandes alabanzas por los principales críticos españoles. Posteriormente ha publicado varias novelas más: *El mundo en la Era de Varick* (1999), *La sombra del pájaro lira* (2003), *El parque prohibido* (2005), su primera incursión en la literatura juvenil. *Memorias de un hombre de madera* (2009), IV Premio Tristana de novela fantástica) y *La lluvia de los inocentes* (2012). Además de la novela, Ibáñez ha cultivado también otros géneros. En 1994, su relato *No esperes* fue recogido en la antología *Páginas amarillas*. Su libro de relatos *El perfume del cardamomo* obtuvo el premio NH de relatos inéditos, y ha sido publicado por la Editorial Impedimenta, en 2008. Su libro de poesía *El bulevar del crimen* fue accésit del premio Rafael Morales. Es también un destacado articulista, colaborador habitual de *Revista de Libros* y del suplemento cultural del diario madrileño *ABC*,

donde publica una columna titulada *Comunicados de la tortuga celeste*.